

PRÓCERES DEL INSTITUTO

Clemente Díaz de la Vega



Universidad Autónoma
del Estado de México

PRÓCERES DEL INSTITUTO

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca
Rector

Dr. en A. José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

M. en A. Jorge E. Robles Álvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Próceres del Instituto

CLEMENTE DÍAZ DE LA VEGA



Universidad Autónoma del Estado de México

"2019, Año del 75 Aniversario de la Autonomía ICLA-UAEM"

Primera edición, octubre 2019

Próceres del Instituto
Clemente Díaz de la Vega

Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote.
Toluca, Estado de México
C.P. 50000
Tel: (52) 722 277 38 35 y 36
<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Reconocimiento 4.0 Internacional. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Díaz de la Vega, Clemente (2019). *Próceres del Instituto*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN: 978-607-633-081-4

Hecho en México
Made in Mexico

CONTENIDO

PRÓLOGO	9
PRESENTACIÓN	11
VICENTE MENDIOLA	29
Un esteta	
RAMÍREZ Y ALTAMIRANO	35
Dos maestros	
ISIDRO MARTÍNEZ	51
El varón de la ternura	
PROTASIO I. GÓMEZ	59
La virtud de la firmeza	
JULIO BERNAL	75
Un artista frustrado	
LADISLAO S. BADILLO	85
Protomártir de la autonomía	
JOSUÉ MIRLO	93
El poeta del campo	
MAXIMILIANO RUIZ CASTAÑEDA	133
Premio Nacional de Ciencias	
ADOLFO LÓPEZ MATEOS	139
De la universidad al poder	
JOSÉ LUIS ALAMO	159
La juventud que canta	

PRÓLOGO

Próceres del Instituto es un legado cívico para la juventud del Estado de México y el país. |9

Los universitarios de hoy como los de ayer deberán abreviar del humanismo y los altos ideales patrióticos que dieron vida al Instituto Científico y Literario de Toluca, que hoy es la orgullosa UAEM, una de las más prestigiadas del país.

En la Casa de los Cien Arcos, como la llamara Adolfo López Mateos, transitaron los pasos y los afanes de hombres como José Luis Alamo, el egregio poeta de Toluca, autor de la inmortal “Epístola a Toluca”; Josué Mirlo el gran poeta de Capulhuac; Ignacio Ramírez *El Nigromante*, Manuel Altamirano, Ladislao Badillo y muchos más.

Clemente Díaz de la Vega, autor de este libro, biógrafo por excelencia del Estado de México, sigue la huella de Stefan Zweig, Thomas Carlyle y Plutarco, creando paradigmas y exaltando las virtudes de nuestros próceres mexiquenses.

En las ciencias, las artes, la abogacía y la literatura, el Instituto aportó grandes frondas al árbol de la patria.

Como afirmaba Carlos Mercado Tovar, quien fuera líder por la autonomía y posteriormente rector, esta es la historia de un espíritu que no deben olvidar los universitarios de hoy. Espíritu que marca derroteros y senderos a seguir, porque los profesionistas, antes que nada, deben tener la mística de servicio al pueblo.

Hoy en un México convulso, con tremendos contrastes y lacerantes realidades, que busca el camino del cambio, es tiempo de detener el camino y reflexionar, abreviar el ejemplo íntegro de nuestros próceres que nos darán directrices para el porvenir. El humanismo debe cobrar renovada vigencia, como faro de luz en estos tormentosos tiempos.

PRESENTACIÓN

*Soy hombre: duro poco
y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba:
las estrellas escriben.
Sin entender comprendo:
también soy escritura
y en este mismo instante
alguien me deletrea.*

Octavio Paz

| 11

Cada época histórica trae consigo anécdotas, personajes y una límpida flor de enseñanzas. Cada instante, chispas de luz refulgen en rededor de nuestra historia como un suave brío de entereza cincelada por hombres y mujeres de bien que lucharon por una patria más fuerte y próspera.

Es este el momento de apuntar el sello característico de nuestra época, los motivos por los que las nuevas generaciones recordarán nuestro transitar por esta patria chica; porque reconocer a nuestros prohombres es engrandecer nuestra existencia, es edificar los cimientos de nuestro engrandecimiento al darle potencia a las ideas que nos han legado un porvenir venturoso.

Pasar lista a los hombres y mujeres que han dado lustre a nuestra nación resulta un deber patriótico, de lealtad e identidad con la tierra que nos ha visto nacer. Sin temor a equivocarnos, es abonar a nuestra propia historia que, cual árbol frondoso, se endereza y crece en la medida que aprendemos de lo que somos

y lo que creemos. A la manera aristotélica: aprendamos de las virtudes de la historia y construyamos una patria más próspera de la que nos legaron nuestros personajes ilustres.

12 | Y es que el hombre trasciende el tiempo y el espacio con sus ideas, da brillo a su existencia a través de sus actos; pero es la magnificencia de su palabra –convertida en crisol de luz para quien le rodea– el sello infinito que marca su paso por el mundo, transformando realidades, recreando consciencias, conquistando voluntades. Porque el hombre es la medida de sus circunstancias y la capacidad de repicar con jolgorio diáfano e imponente el camino del progreso por el que ha andado, incitando a que sigan sus pasos marcados en el polvo de ventura.

Gracias a don Clemente Díaz de la Vega conocemos el gran caleidoscopio de formas y colores con que se reviste el suelo mexiquense; su obra no puede pasar desapercibida para el lector asiduo a conocer los hechos y fechas en que la vida se torna eslabón de su destino. Escritor, historiador, periodista, locutor, profuso cronista de la vida mexiquense, pero ante todo un humanista que legara a través de sus letras las más suaves muestras de identidad y pertenencia a la tierra mexiquense.

El firmamento mexicano fue testigo del alumbramiento de don Clemente Díaz de la Vega un 22 de junio de 1917 en Zacualpan, Real de Minas; lugar de paisajes enarbolados en el Estado de México. Estudiante del Instituto Científico y Literario Autónomo de Toluca, hoy Universidad Autónoma del Estado de México, vive el deleite de pertenecer a la prestigiada institución humanista que dio cobijo a los grandes hombres de la época. Ahí abreva de sus maestros el gusto por lo descriptivo y descubre la importancia de una formación que le permitiera extender las ramas del gran árbol cultural que cobija bajo su sombra a los espíritus preclaros de su tiempo.

A temprana edad tramonta la senda de la palabra libre, incursionando en la radiodifusión a través de la creación de la primera estación de radio del Instituto, la XEXS, que con gran éxito funge como estación de radio cultural. Posteriormente dirige la estación de radio comercial XECH, misma que en nuestros días sigue transmitiendo y tiene la huella indeleble de la libertad cultural, del análisis certero y que por mucho tiempo ha sido en el Valle de Toluca referente del periodismo independiente.

| 13

Hombres de la estatura moral e intelectual de don Clemente hacen falta en nuestros días, dispuestos a trabajar por la cultura de su estado, a engrandecer la historia de su país a través de sus actos y la exaltación del valor humano; personas que como él estén preocupados por el hilo conductor de la espiral en la que hombres y mujeres de generación tras generación abrevan las letras de la identidad institutense, luchadores incansables que defienden el orgullo institucional de nuestra laureada Universidad Autónoma del Estado de México: la autonomía universitaria, símbolo de libertad e integridad.

A don Clemente le reconocemos la finura de su pluma, la majestuosa claridad de su escritura, pues en cada artículo periodístico deja nota de su grandeza de miras, de su pertenencia universitaria y de su exaltación patriótica. El amor profesado al campo tiene cabida en su famosa revista *Agro*, donde a la sazón de compartir artículos sobre la realidad del campo mexicano —estigma social de nuestro México— abrevan de la cultura para iluminar espíritus e incendiar consciencias. Hace gala de su ánimo biográfico al dejarnos notas de esplendor de personajes que han dejado sus nombres inscritos en el pináculo de la inmortalidad, porque las almas buenas nunca mueren, porque los que sirven a su país desde su trinchera tiñen de luz su epitafio.

El autor de esta obra es un ejemplo de la palabra vivificada, redentora en favor del humanismo. No tenemos duda que la contribución de Clemente Díaz de la Vega a la cultura y el legado mexiquense ha sido profusa; desde el periodismo, indagando para recrear en las letras la vida de un tiempo diáfano y vehemente; desde las ondas sonoras de la radio mediante las cuales multiplicó las ideas de identidad nacional, humanismo y libertad; desde la escritura donde ha dejado pinceladas de su tiempo y su espacio; hasta la defensa aguerrida del campo mexicano donde hacen falta voces libres que postulen el resguardo de la tierra y, por supuesto, en la oratoria, donde fue voz del pueblo mexicano, apoyando el paso atronador de Isidro Fabela Alfaro.

Debemos reconocer a un hombre que deja en el alma universitaria un legado a perpetuidad. Reconocer a los hombres y mujeres que han crecido a nuestro Instituto –hoy universidad–, es sin duda acrisolar centellas de gratuidad. Esa fue la misión más grande de don Clemente. Definir al bardo de Toluca como el Savonarola laico es sinónimo de elegancia cultural, y sí, el maestro Horacio Zúñiga fue un Savonarola, guía de almas que cree que en la cultura está el epígrafe redentor de la humanidad. Recrear en una de las más connotadas biografías al presidente orador Adolfo López Mateos le da el sustento de un hombre que alumbró al lector con su pluma, haciéndose acreedor de innumerables reconocimientos. No dudamos que don Clemente “el biógrafo ensayista” tiene ya reservado un sitio entre los personajes ilustres de nuestro estado, confiamos en que la sonrisa de Hermes le vuelva el rostro y se le otorgue la fama que ya tiene merecida.

Por eso, *Próceres del Instituto* no puede ser la excepción al reconocimiento de Clemente Díaz de la Vega, quien ha ganado el prestigio de ser considerado un cronista que relata con creces

la vida de los grandes hombres que han forjado su destino en el trabajo cotidiano, en la entrega generosa de sus vidas a la sociedad, la enseñanza, la administración gubernamental, en síntesis, al apostolado del servicio; hombres con espíritu franciscano y una cosmovisión erudita de su tiempo. A esa clase de hombres hace referencia Clemente Díaz de la Vega en esta obra que tiene ya más de 40 años de existencia y que sigue arrojando luces a quienes asiduos acudimos a su lectura para aprender de nuestra historia universitaria.

| 15

Próceres del Instituto es una obra que nos ubica en diversas épocas de la historia universitaria, con un eje rector que guía su contenido: el candor por la vida institutense. Y es que pertenecer a las filas del ICLA –hoy UAEM–, casa del liberalismo mexicano, es sin duda un honor. Esta bella obra narrativa enmarca con brillantez la vida apoteósica de once prohombres de nuestro Instituto; es el espíritu gambusino de páginas del pasado que hoy troquelan el joyel de nuevas generaciones, y creemos a la manera de Adolfo López Mateos que: “Esta Universidad va a vivir mucho. Hagamos votos porque sea vigorosa y fuerte, que no la manche la torpeza, que sea blanca y cándida y que todos sus hijos expresemos: Salve, Madre, eres Nuestra”.

El ICLA fue receptáculo del pensamiento, casa histórica del humanismo, antorcha sublime de la consciencia juvenil, legado del tiempo y presencia estoica de la historia de nuestro estado; en ella y a través de ella se han escrito páginas de gallardía, de transformación social con sentido de pertenencia universal. El pasado taumaturgo de nuestro instituto se convirtió en el resonar de hombres y mujeres preclaros que forjaron la historia misma de nuestro estado y nuestro país.

Como paraninfo de la ciencia y la cultura, el Instituto llevó en sus labios la luz del conocimiento, haciendo de la palabra el

instrumento predilecto de la enseñanza, arma para la libertad del pensamiento, sello del tiempo que va desperdigando en su transitar el engrandecimiento del hombre en todas sus facultades. Por eso, humildemente, venimos a pasar lista a esta obra, *Próceres del Instituto*, que es y será semillero del libre pensamiento; espejo de nuestras raíces y cápsula del tiempo en la que podrán abreviar las nuevas generaciones para entender nuestro devenir, repensar nuestra historia, comulgar con la filosofía de la universidad pública y, por supuesto, reforzar nuestra identidad institutense y universitaria. Aquí honramos nuestro pasado para acrisolar en nuestros actos un mejor destino del que nuestros pares se sientan orgullosos.

Así nos adentramos en la vida y época de cada personaje que se ha delimitado en esta obra, conociendo el medio que les sostuvo para alcanzar la excelsitud de su actuar, la gente con la que se rodearon y les impulsó su crecimiento personal y profesional, pero sobre todo la aspiración sublime que los inspiraba; pues si bien el ser humano es buscador permanente de la verdad, hay hechos, circunstancias o motivos que le dan vida a nuestro actuar y nos motivan a alcanzar la estrella que ilumine nuestros pasos.

Si por la palabra el hombre existe, por su conocimiento y vocación el Instituto se magnificó; se convirtió en presencia y esencia de las necesidades sociales. Esto propició que personajes como Vicente Mendiola Quezada, el hombre luz que mezcla los elementos de la naturaleza con la fuerza creadora del espíritu, edificara las más excelsas obras arquitectónicas de su tiempo; lo mismo para la administración pública que las habitacionales y las religiosas; siempre dejando un legado a perpetuidad a favor de la sociedad, porque los hombres de su estatura no sólo ven el arte mecanizado de edificar con el cincel y el arco, sino ven en las

necesidades sociales un abanico de posibilidades de servir, recrear y expandir el universo.

Como promotor de la belleza de la humanidad y abrevando de los colores del alma, fue un impulsor de la ninfa iridiscente que alegra el alma y recorre mediante la acuarela los hilos de la sensibilidad humana; acuarelista paradigmático, que en la cátedra de dibujo que impartía en el ICLA hacía gala de su habilidad psicomotora, pero sobre todo de la grandeza de su alma. Su obra escultórica tiene el suave vergel de la inmortalidad, el reconocimiento y el prodigio de la utilidad pública, pues entre sus destacamentos se encuentran la Diana Cazadora, la Fuente de Petróleos Mexicanos —esculturas que se encuentran en la Ciudad de México—, la Rotonda de los Hombres Ilustres en Guadalajara, el Monumento a los Niños Héroe y el Hemiciclo a Juárez en la ciudad de Toluca; destacando por su valor religioso la Catedral de la Diócesis de Toluca; en su valor cívico, ético y cultural el Monumento al Maestro del Instituto Científico y Literario de Toluca, el cual se edifica gracias a la propuesta del maestro Horacio Zúñiga para honrar a las almas fuertes que alumbran a la humanidad.

Su estilo arquitectónico *art déco* es un aporte no sólo a los mexiquenses, sino a la humanidad; además de ello, su espíritu docto se refleja en la fundación del Colegio de Arquitectos del Estado de México, donde sin duda se reúnen aún las columnas edificadoras de grandes obras arquitectónicas. El maestro Mendiola dejó a la vista su obra arquitectónica pero también nos regaló, por medio de su pluma, bellas letras a través de la revista *Juventud* que él mismo fundó y donde permanentemente alentó el auge de la cultura universal.

Las letras, llenas de júbilo, levantaron luminarias que incendiaron la consciencia de los mexicanos, despertando de su

letargo a los gigantes; mujeres y hombres grandes en estatura moral que abrieron sus labios para pronunciar verdades y animar el espíritu abatido del pueblo mexicano. La palabra se volvió ciclón y arrancó la indiferencia y tartamudez de un país edificando colosalmente una antorcha centellante que libró batallas pero encendió la esperanza.

18 | De ese esplendor fueron las voces que cruzaron el umbral de las aulas y arcos palaciegos del Instituto Literario; grandes las ideas que llevaron a construir el discurso académico; colosal y cincelado de verdad que es, fue y será el discurso institutense, denunciando con estruendo el sentir de la juventud mexiquense, que clarificó las necesidades sociales y dio a través de su compromiso social respuesta a los anhelos de una patria más justa, próspera y humana.

Como cantos que engalanan el universo centellan en el recuerdo de los universitarios las enseñanzas y los discursos plagados de razón de los institutenses que han labrado con su vida misma la magnificencia de nuestro amado ICLA; dándole sentido de pertenencia, identidad propia y un legado que marca el derrotero a seguir para lograr el engrandecimiento del ser humano a través del conocimiento, del trabajo constante en pro de la patria. “Abejas de lumbre” que visionara el insigne maestro orador Horacio Zúñiga Anaya, que cautivaban con su enseñanza enciclopédica y predicaban cómo alcanzar la plenitud humana.

Maestro y alumno, como hilván de una espiral infinita –porque así es la vida de nuestra universidad– fueron los liberares Ignacio Ramírez Calzada e Ignacio Manuel Altamirano, institutenses que pusieron en la mira nacional e internacional la imagen del ICLA. Sus palabras, cual cincel, formaron la consciencia nacionalista.

Ramírez, el maestro, denunciando en cátedra las malas prácticas del gobierno, forja en la mente del alumnado la

inquietud de aprender, de cuestionar el universo que le rodea, de hablar honrando la palabra y depositando en el estudio el anhelo más grande por el engrandecimiento de México. Desde su juventud fue partidario del periodismo combativo, ocupación que le llevó en reiteradas ocasiones a ser encarcelado; defensor de los grupos más desprotegidos acusaba al gobierno por su falta de sensibilidad para quien en su sangre llevaba la estirpe de nuestro origen nacional: los indios, para quienes propugnaba un reiterado proteccionismo que le llevó a proclamar la sentencia: “La tierra es de quien la trabaja y los frutos de la misma también”, lema que después fuera enarbolado por el caudillo revolucionario del sur, Emiliano Zapata Salazar.

| 19

Altamirano, el alumno, el mexicano orgulloso de sus raíces, decidido novelista que pinta los paisajes del México de sus tiempos e inspira odas a la amada, él, a través de su genio sensible, denuncia que la libertad política está en peligro. Incitador de los anhelos de superación en el ser humano, verbo de fuego que llevara a la tribuna los recuerdos lúcidos de nuestro Instituto. “El barón de Tixtla” Ignacio Manuel Altamirano otorga laureles desde el extranjero a la literatura mexicana llevándola a una cúspide grandilocuente, no sin antes hablar por México en la máxima tribuna de la nación, postulando a través de su vasta cultura ideas para impulsar el esplendor mexicano. En palabras de Horacio Zúñiga, fue: “El más sugestivo... porque es la fuerza, pero la fuerza que enseña; es la inteligencia, pero la inteligencia que guía; es la imaginación, pero la imaginación que exalta y más que nada, primero que nada, el amor que todo lo ilumina, que todo lo embellece, que todo lo alcanza”.

Titanes de la palabra que llevaron sobre sus hombros el peso de las necesidades mexicanas, que engrandecieron con su nombre

las causas más justas del país, defendiendo ante el anhelo rapaz del extranjero la soberanía nacional y demostrando sobre la tribuna y bajo de ella la legitimidad de un gobierno que transformó el rostro de la nación. Fueron estos hombres los creadores de un estado de derecho que impulsó leyes más equitativas y justas, leyes tatuadas en el espíritu de nuestra nación, pues sólo al amparo de la ley el hombre es realmente libre.

El espíritu de libertad hace que el ser humano se reconstruya, se edifique, y se magnifique en su potencia creadora, porque a través de ella el hombre trasciende. Muestra de ello es el legado de Isidro Martínez *Martinitos*, varón originario de Toluca que recibe su mote por la forma tan afectuosa con que sus alumnos le conciben y le acogen en la cátedra. Hombre bonachón, preocupado por difundir el arte mexicano plasmado en sus retratos indigenistas. “Magnífico retratista, extraordinario en la miniatura, genial en el dibujo de pluma. Un santo y un artista que no sólo enseñaba con las delicadas líneas del trazo, sino con la limpia conducta de su vida...”, así define Clemente Díaz de la Vega a *Martinitos*, un hombre de enseñanza y aprendizaje que a edad mozuela gana una beca para estudiar en la Academia Nacional de San Carlos.

Después de copiosos estudios genera un estilo muy particular que lo individualiza y lo distingue, pues el arte requiere que quien lo ejerza prepare su espíritu para extasiarlo y magnificarlo en su máxima potencia y con ello darse a los demás, dejando plasmados los anhelos más puros de la libertad. Por ello a Isidro Martínez lo conocen como “el varón de la ternura”. Ciertamente, la educación, desde la academia clásica hasta nuestros días, es el claro motor de cambio y crecimiento que beneficia a todos los sectores de la sociedad y permite una mejor calidad de vida. Por eso creemos, junto con Clemente Díaz de la Vega, que los hombres de prosapia

como *Martinitos*, han ayudado a darle lustre a nuestro país y por supuesto al Estado de México.

Porque los hijos de la patria educaron y modelaron su espíritu en la cultura universal y el conocimiento del mundo que les rodea, siempre prestos a mitificar su alma en los caudales de la esperanza, en llaves de redención del pueblo, y ahí en los anales de la historia mexiquense se escuchó vibrar no solamente a los literatos, a los amantes de Themis, sino también se encrespó el talento de los hombres de ciencia como nuestro institutense Protasio I. Gómez Vega.

Oriundo de Capulhuac, Estado de México, se vuelve un espíritu aguerrido, culto y polifacético, hombre con “sensibilidad delicada encuadrada en un carácter a toda prueba”. Un apóstol del magisterio que abraza la cruz nazarena de la redención educativa para exaltar los exiguos espíritus de los jóvenes estudiantes y convertirlos en diamantes de policromía cultural. Su entereza lo lleva desde temprana edad a impartir cátedra de geografía en el Instituto, para después, dada su preocupación por la academia y la juventud, ocupar honrosamente en dos ocasiones la dirección del Instituto. Y es que de hombres como él se vale la historia para rezar el credo de bondad que Ricardo Flores Magón anunciara en las épocas revolucionarias: “¡Adelante! ¡Adelante!, como palabra taumaturga que embruja las consciencias y pide luchar desde la trinchera más serena hasta el pebetero de las entrañas mexicanas por las causas de igualdad y libertad.”

Porque sí, adelante deben seguir caminando las almas gigantescas de los institutenses para continuar en la encrucijada por la educación y la superación personal. Don Protasio, un hombre de su tiempo, además de su preocupación magisterial se preocupa por la certeza del patrimonio tangible de la sociedad

mexiquense y se convierte en notario público y en diputado constituyente en el Congreso 1916-1917, que da origen a nuestra actual Constitución Política Mexicana.

22 | El reto que claramente vemos en la sociedad, en nuestros maestros, en los hombres y mujeres de bien, en los que pretenden guiar las almas del alumnado, es hacer efectiva la palabra, dándole rumbo, sentido y por su puesto acción. Acción que edifique, que permita transitar de los ideales a los hechos, pasar de pronunciarla con oropel a ceñirnos con guirnaldas de olivo las sienes de la patria para construir su engrandecimiento con trabajo e impulso. Julio Bernal, el maestro de teoría musical admirado por don Clemente Díaz, nos incita a redefinir la relación armónica que debe existir entre el maestro y el alumno, pues no se entiende el uno sin la presencia del otro. Y cómo no redefinir la relación cuando el alumno prendado al corazón benevolente del maestro transmuta su pensamiento para aprender de las grandes almas y llevarlas a un punto de alabanza enfática.

Generaciones pasadas y venideras del ICLA –hoy universidad– han hecho y harán sinergia en el binomio alumno-maestro como hijo-padre, pues tanta es la admiración de ciertos pupilos con sus mentores que los sienten muy cercanos a los lazos familiares. De eso trata don Clemente al referenciar a su maestro Julio Bernal, de un alumno que aprende del maestro y como pago moral por su contribución al espíritu le ofrenda la protección al hombre que con creces ha desmoronado la ignorancia rutilante.

Somos un estado de tradición y de prestigio, que ve en su gente un motor de lucha, una fuerza creadora que lo mantiene a la vanguardia; día a día los mexiquenses edifican su historia. Un estado fuerte y vigoroso donde sus hijos propugnamos por ser uno y levantar juntos la frente para ceñir en sus sienes la guirnalda de

olivo –símbolo de victoria– resultado del trabajo que encabeza uno, pero que les corresponde en hechos a todos.

Ladislao S. Badillo fue un líder estudiantil que enarboló por primera vez la causa más justa de una casa de estudios: su autonomía. Esa lucha, que nos corresponde defender a los que vestimos el alma de tinta verde y oro, su lucha, convirtió a Ladislao en “pro mártir de la autonomía”, líder por excelencia que educaba con el ejemplo a la manera nazarena, profesor de matemáticas que no recibía estipendio alguno por los servicios prestados a quien denostado en la ciencia exacta acudía a su auxilio. En palabras de Inocente Peñaloza: “Joven líder de sorprendente carisma, capaz de movilizar a diversos sectores en torno a una idea”.

Luchador incansable de las ideas de izquierda, de una ideología política que permita que el pueblo sea líder de su destino, que efectivamente los grupos desprotegidos tengan voz y puedan levantar la mano; Ladislao forja con su liderazgo las bases de la organización sindical del magisterio. Da voz lo mismo a alumnos que a maestros, lo mismo a obreros que a los más conspicuos sectores del pueblo. Siempre al frente arriesgando su integridad y poniendo el rostro como escudo de autenticidad, no se achica ni se intimida, por el contrario; el empuje de su convocatoria lo lleva a ensanchar el alma y prenderla de valor social. Para definirle citaremos las palabras de Ignacio Manuel Altamirano: “Los grandes apóstoles de una idea, no escriben jamás libros, no tienen tiempo, se ven obligados a mezclar la acción con la palabra”.

En este caudal de ideas iluminadas de lucha, de entrega y entereza no puede faltar la cita de un hombre que hizo de su vida una ofrenda de dolor, poeta del campo que muestra el lustre de sus rimas y versos a través de sus experiencias llenas de melancolía. Genaro Robles Barrera, conocido en el mundo cultural como

Josué Mirlo, es el hombre que ve en la cátedra el brazo redentor que lo alivia del mundo, un mundo que le vuelve el rostro cada que humanamente decide alzar las alas y anclar su vida a la esperanza.

24 | Estudiando los primeros años de medicina decide dedicarse a la literatura como forma de dar un remanso de paz a su alma, amigo de don Clemente Díaz de la Vega y de José Muñoz Cota, celebraba con ambos sendas tertulias culturales; acompañado por el talento del mexiquense López Mateos su espíritu se nutría y reverdecía; siempre al amparo de la cultura escribe para prolongar su existencia y retar al mundo con la posibilidad de adosar el dolor de quien pierde pero no sabe vencerse, usando metafóricamente unos lentes que le permiten ver un mundo diferente, un mundo que tiene la alegría de la esperanza. Por eso decide usar como bastión la educación rural, pues son muchos los que necesitan palabras de verdad y la fuerza de la esperanza para crecer y cambiar el mundo.

Modelado en el corazón de la Revolución mexicana, la vida de Josué Mirlo se resume en las palabras apoteósicas de Juan Sarabia, periodista revolucionario, y toman un sentido profético para su vida: “Volvemos al combate como siempre hemos vuelto después de cada golpe: con nuestra fe agigantada, con nuestras esperanzas no marchitas y con nuestro espíritu templado por la adversidad y caldeado por el entusiasmo. La convicción de que cumplimos con un alto deber, sirviendo a nuestra patria, nos infunde ese entusiasmo vigorosamente, y si acaso sentimos una tristeza, es la de vivir alejados de la patria querida y separados de la comunión con nuestros hermanos de México.” Con esa anchura de miras es indiscutible que Josué Mirlo merece su sitio entre los hombres ilustres del estado, por su ejemplo de lucha y los resabios con que mancilla a la ignorancia rural. Sin duda, quien trabaja por la

educación y exalta con la poesía el espíritu humano: trabaja por la patria.

Así, entendemos que no sólo la literatura rinde sus frutos a la patria, que si bien alimenta el alma es un ave de tempestad que se acompasa de disciplinas del saber que hacen el bien en la humanidad. La ciencia, siempre al servicio del hombre, es un eslabón fundamental en el desarrollo humano, pues diáfánamente contribuye a que la vida sea más práctica con menor esfuerzo. Y precisamente entre los hombres que dieron luz al ICLA se encuentra Maximiliano Ruiz Castañeda, un hombre nacido cerca de los “Peñascos de Dios” en la ciudad de los verdes valles, el municipio de Acambay.

Ruiz Castañeda es considerado uno de los investigadores mexicanos más distinguidos internacionalmente por sus contribuciones al servicio de la humanidad. Médico, científico, investigador y político hace de su actividad una férrea batalla por engrandecer a la humanidad al dominar la ciencia. Sus trabajos académicos lo llevan a descubrir la vacuna contra el tifo, labor por la cual le es otorgado el Premio Nacional de Ciencias en 1948. Su obra es tan importante que sigue teniendo influencia en el campo de la medicina. Seguramente el amor por la sabiduría y la ciencia lo llevaron a enlazar amistad con el doctor Gustavo Baz Prada, egregios espíritus que pusieron su sapiencia al servicio de la sociedad mexiquense en el campo de la salud, materia que tan profundamente resuena en las exigencias sociales.

Sin duda, hablar de Maximiliano Ruiz Castañeda es hablar de compromiso, de entrega generosa como sello de ofrenda a favor de las necesidades sociales, pues si bien es cierto que Ruiz Castañeda fue un apóstol institutense de la ciencia, también es sabido que, preocupado por los males sociales, luchó por difundir

la cultura, por enarbolar la bandera de la fe en el arte, y se apropió el concepto de justicia a través de la política donde todos tienen voz. Ciencia y cultura, civilización de una raza que reclama desde sus raíces el resurgimiento para ensanchar su presencia humanista.

26 | Orientados por el velero de la responsabilidad, evocamos en el ajuar del espíritu institutense a uno de sus hijos predilectos, Adolfo López Mateos. Prosiguiendo la tradición del ICILA y guiado por la senda de la inmortalidad que prodigarán los maestros del Instituto, se matricula iniciando así una escalada profesional que lo conduciría a los más altos honores académicos en el ámbito educativo nacional.

Cautivado por la pasión verbo-motora del maestro orador de la lengua castellana Horacio Salvador Zúñiga Anaya, estudia y practica la oratoria, torrente intelectual que desborda el resto de su vida. Inmortalizando en la palabra las luces sublimes y perpetuas de un alma prometeica, motivado por la sabiduría de su maestro y guiado por su espíritu de lucha profiere afablemente: “La lengua castellana es lengua de bronce, lengua de campanas y de cañones, pero también es lengua de oro y de metal que ha traducido los éxtasis místicos y los deliquios amorosos de una raza mística, guerrera y apasionada”.

López Mateos hace de la palabra el arma de libertad del pensamiento, el sello inefable del tiempo que va desperdigando por su transitar el engrandecimiento del hombre en todas sus facultades. Palabra que es luz en el momento de quebranto intelectual; palabra que edifica el alma de la humanidad y combate por medio de la verdad la tartamudez que nubla las virtudes del hombre; por eso, en el centro de su pensamiento, encumbra al hombre en toda su magnificencia.

Siguiendo la añoranza de los maestros institutenses, convierte su mente en un panal de ideas, alimentando a las abejas de lumbre

que incendiaran el alma mexicana. López Mateos, el estudiante, el bibliotecario, el catedrático, el director honorario a perpetuidad, el estadista, insigne benefactor de nuestra Universidad Autónoma del Estado de México, fue, es y será una voz que transforma con su ejemplo la vida de nuestro país.

Cerrando con dintel de oro, don Clemente Díaz de la Vega enarbola en *Próceres del Instituto* la vida de un hombre que nos enseñó a amar a Toluca, que nos mostró la vida desde el punto de vista de la inspiración, porque se ama lo que se es, lo que se vive, lo que se comparte y lo que se anhela, y ahí en el capitel de las ideas taciturnas del remanso de amor por el solar nativo, se presenta José Luis Alamo el hombre de letras gambusinas, del néctar de Hermes, pues parece que su escritura viene guiada por el dedo índice que nos conduce a Dios.

Por eso nos entrega su amada epístola, en la que fragmenta su corazón para entregarlo a quien lo consume. “Epístola a Toluca” es un poema de luz que nos recuerda los años mozos y el anhelo de quienes pisamos su suelo sintiendo el halo redentor de la ciudad con olor a sacristía. Valga la pena reproducir un fragmento:

Y tú, Toluca amada, tú la bella,
¡Reina de los geranios y la nieve!
Apártame un rectángulo de tierra,
para que cuando llegue a su occidente
mi corazón, ya silencioso pueda
¡dormir en tu regazo para siempre!

Esa sensibilidad que es candor del crepúsculo solar no puede verse en su magnitud sin entender que José Luis Alamo fue cobijado en espíritu por dos grandes de la prosa y el verso: Josué Mirlo y Horacio

Zúñiga. Así, la espiral de hombres y mujeres del Instituto crece, se magnifica y se potencia para dar luz a nuevas generaciones. Alamo se convierte en un propagador de ideas, funge como pionero de la comunicación social, productor y locutor de radio, pero sobre todo como centella que alumbra la inmortalidad del pensamiento.

28 | Grandes han sido los hombres que la historia destina para justipreciar a las voces que dieron prestigio al ICLA, que colectaron la miel del conocimiento para ser sorbida por las abejas ávidas de aprendizaje; abejas que anhelan entonar desde el espíritu la forma lírica del pensamiento.

Con su contribución literaria, Díaz de la Vega sitúa en la memoria de los mexiquenses a los hombres que construyeron con dedicación, entrega y pasión un instituto fuerte y armónico, sobre el cual se sentaron las bases de nuestra universidad.

Nuestra historia universitaria no puede callarse, jubilosa evoca los recuerdos y los pasos de quienes con su profundidad en el lenguaje han hecho que la palabra se vuelva universal. Sirvan estas líneas para reconocer la labor de quienes desde sus encargos públicos, desde la docencia y el compromiso con la palabra libre han dado lustre a la universidad mexiquense.

Salves y loas a los titanes institutenses, que su canto sonoro se convierta en escudo de combate ante la inconsciencia; que se levante el monumento de la verdad para defender a la patria y que juntos con voz de ciclón entonemos el cántico que nos identifica y nos hermana en torno a la palabra: “Los cerebros son jaulas de ideas con zenzontles de gorjas de miel”.

José Fernando Juárez Dávila

VICENTE MENDIOLA

Un esteta

Cuando muere cualquier ser humano algo muere también dentro de nosotros, o como lo decía Hemingway en su gran novela: "Por quién doblan las campanas. Doblan por ti".

El 25 de junio de 1986 pasó a formar parte de los inmortales el arquitecto, el esteta, el artista, el maestro, el hombre íntegro y bueno don Vicente Mendiola.

Lo conocimos allá por los años cincuenta, gracias a otro hombre simpático, entusiasta, amante del arte y fundador del grupo que aún pervive "Los Carolinos". Un día nos invitó –con su clásica bonhomía– a conocer al artista. Él, en plena madurez, nos recibió en el café con una sonrisa de complacencia mientras nos invitaba un cognac de esos que ya no están en el mercado, francés auténtico. Después, gozamos de la amenidad de una charla suave, matizada con anécdotas y humorismo, de donde emanaba su educación y refinado gusto por las cosas bellas de la vida.

Estábamos frente a uno de esos seres inolvidables que había pasado por las aulas del Instituto de Toluca, cuna de altos intelectos, de seres esclarecidos. Originario de Chalco, Vicente Mendiola haría una carrera brillante, extraordinaria.

Se graduó de arquitecto en la Escuela Nacional de Bellas Artes, entonces dependiente de la Universidad Nacional, y pronto, muy joven, debido a sus méritos profesionales, en 1926 forma parte del cuerpo docente de la Facultad de Arquitectura.

Su profunda inclinación al pasado histórico del país lo impele a especializarse en la arquitectura mexicana de los siglos XVI al XIX, así se convierte en una autoridad en la materia. Interviene después en una monumental obra escrita sobre el patrimonio cultural de la nación encomendada por el gobierno federal, y publica allí algunos de sus notables dibujos.

32 | Como actividad coetánea a su profesión, es ya un magnífico pintor al óleo, pastel y acuarela, actividad que practicara toda su vida. Intensamente sigue trabajando en los campos de la estética: filosofía general, materialismo histórico y la teoría teilhardiana del fenómeno humano son estudios que emprende para elevar la calidad de las cátedras que imparte en la Universidad Nacional y que ya para ese entonces, suman nueve.

Pero interrumpamos este currículum para asomarnos al hombre, para entenderlo con su cotidiano devenir, que es la mejor forma de evaluar un carácter.

Cuando trabaja en Petróleos Mexicanos, don Antonio Bermúdez, el director, le encomienda realizar un conjunto escultórico que traduzca en belleza ese singular acto que devolvió a México el uso de sus recursos petroleros; un monumento que honrara el acto audaz que realizó el presidente Cárdenas, expropiando la industria petrolera.

Mendiola trabajó intensamente. Realizó bocetos, dibujos, maquetas y por fin, el proyecto fue aprobado. Una vez que lo culminó, allá en el Bosque de Chapultepec, se conoció como la Fuente de Petróleos. Su jefe –sumamente complacido– lo llamó y el diálogo más o menos fue éste:

—Lo llamé, señor arquitecto Mendiola, para felicitarlo calurosamente por la magnífica obra que ha realizado, honrando así el gran acto del general Cárdenas al expropiar la industria petrolera.

Mendiola, con su característica modestia, cualidad de grandes hombres, replicó:

—Gracias señor, puse en la tarea que me encomendó toda mi modesta capacidad.

La conversación varió de rumbo:

—Señor arquitecto, tenga la bondad de decirme el monto de sus honorarios por obra. Dijo Bermúdez.

Mendiola de inmediato respondió.

—No don Antonio. La institución no me debe nada. Yo soy empleado de ella y no voy a cobrar aparte del sueldo que tengo asignado.

La sorpresa del director de Pémex fue extraordinaria. No podía concebir la singular muestra de decencia y honradez del arquitecto. Insistió una y otra vez; y ante la firmeza de Mendiola, encareció:

—Bueno arquitecto, ya que no desea usted cobrar honorarios, por lo menos permita que le paguemos, en agradecimiento, un viaje al extranjero, a donde usted señale.

El arquitecto Mendiola tuvo que aceptar un viaje de estudio a Europa, con sede en Francia.

Allá en el país de Zolá, de Anatole France, de Verlain, de André Maurois y de tantos otros, Mendiola realizó una gran obra pictórica que trajo a México y que su estado natal debe rescatar.

Pero continuemos, como maestro don Vicente llegó a cumplir 55 años de impartir cátedras, 22 de ellas en la Universidad Nacional y 29 en universidades militarizadas.

Sus obras arquitectónicas fueron más de cien, todas de una gran belleza y funcionalidad social. Se inició con el airoso monumento al maestro desaparecido, en la Universidad del Estado, inaugurado cuando ésta cumplió su centenario. Otras obras debidas a su

genio son el Palacio de Gobierno, el de la Cultura, el Municipal remodelado, el de Justicia, las fuentes de la plaza cívica y una obra realmente grandiosa: la monumental catedral de Toluca.

34 | El Distrito Federal no se privó de utilizar el gran genio del esteta por antonomasia, don Vicente Mendiola: la Fuente de la Diana Cazadora, esplendente en su belleza inmarcesible, la mencionada Fuente de Petróleos, obras en el Castillo de Chapultepec. En Guadalajara realizó una multitud de obras diversas.

Aunque en nuestro país, y sobre todo en el estado donde nació, hemos sido sumamente parcos en honrar al gran hombre, en contraste, en el extranjero se le han tributado un sinnúmero de reconocimientos a su talento.

Tuve la honra de sentir, por última vez, la luz que irradiaba este gran hombre, en una comida que organizamos con motivo de la fundación del Ateneo del Estado de México, cuya fundación se debe al que esto escribe.

Degustaba uno de esos elíxires nativos que le agradaban, mientras su conversación encantaba a todos, después de haber pronunciado un hermoso discurso. Generoso, cogió un cartón y allí, plasmó para mí un dibujo que guardo con unción.

Debemos honrar a este genio mexiquense de la estética, héroe del trabajo, artífice de la vida, humanista, esteta, que entregó su vida entera por servir a sus semejantes y hacerles sentir a través del arte que la vida no es todo materialismo, sino una permanente acción por alumbrar, por hacer mejores a los hombres, a través de la belleza.

RAMÍREZ Y ALTAMIRANO

Dos maestros

De pronto se animan los amplios corredores del Viejo Caserón, el Instituto de Toluca. Los alumnos que acaban de salir de las aulas imponentes que ostentan nombres de maestros queridos, forman animados grupos que charlan y se hacen bromas.

Mañana primaveral, clara y transparente que discurre en el encanto de la provincia. El coro estudiantil semeja el parloteo de aves que juegan en la huerta cercana, en la torre del observatorio y en los nidos ocultos de las cornisas, hogares fugaces de golondrinas que vienen y van.

La atención se ha concentrado en un aula cuya puerta, no obstante haber sonado ya la campana que marca el término de las clases de esa hora, permanece obstinadamente cerrada. Se puede percibir a través de ella el murmullo de una voz varonil que explica intrincados problemas de jurisprudencia. Sólo ella domina. Enfatiza un periodo. Se hace lenta en un término latino o fluye diáfana y segura en la desarticulación de un argumento.

Los alumnos no existen. Sólo la voz bien timbrada, clara, fraseando con atildada práctica; sugerente, apasionada a veces, recorre los senderos floridos del buen decir. Es completo el silencio en torno a ella, a pesar de que la escuchan varias decenas de muchachos que han decidido recorrer, a costa de mil tropiezos, los ásperos caminos de la ley.

La voz se ha apagado. Se escucha ahora la explosión confundida de las palabras de los discípulos, el golpear de sus toscos botines en el piso y en las bancas de madera; después, ruido de pasos que no precisan rumbo. No tardará en abrirse la puerta.

38 | Jóvenes de otras aulas, situadas en el patio de los arcos monumentales, cerca del salón de solfeo, ahí donde estaba el temido "calabozo" en otros tiempos, han venido para rodear al director del plantel, un hombre ilustre: don Felipe Sánchez Solís —que ha llegado hace poco— y que también espera.

—Es un gran orador. Lo conoceremos.

—Su fama corre pareja a su sabiduría.

—Virilmente ha mantenido la bandera del liberalismo.

—Dicen que es irreconciliable y valiente. Honrado y justo.

La curiosidad, como las olas del mar, se agita en todos los ánimos. Toma reflejos brillantes en los ojos jóvenes, tensión en los músculos de los rostros e impaciencia. Cada quien piensa de acuerdo con su naturaleza: unos creen ver a un hombre alto y vigoroso, de perfil atlético. Otros se conforman con imaginar que verán una figura delgada de baja estatura, de hombros encorvados y con gruesos espejuelos que se clavan con insistencia en la atrevida nariz aguileña.

Nadie acierta realmente cómo es —el hombre de la voz sugerente y varonil— que ahora debe conversar en amigable camaradería con sus discípulos, comunicándoles el magnetismo de su personalidad.

Flota en el ambiente un olor a frescas rosas, viene del jardín, allá abajo, en donde está la pequeña fuente rodeada de prados verdes y cuidadosamente conservados. Locos, como niños, los pájaros al tocar la superficie del agua con sus picos, producen una multitud de círculos concéntricos que se van agrandando más y

más, hasta perderse en el límite de la cantera tosca. Todo respira vida y juventud en esta mañana de primavera.

En el grupo de alumnos que habla y se mueve constantemente en el corredor hay un muchacho indígena que permanece apartado. Su indumentaria es pobre, casi rural. El rebelde pelo lacio amenaza con caer sobre la frente. Rostro moreno en donde los labios firmes y los pómulos salientes, bajo el fulgor de unos ojos de rara viveza, dan la impresión de energía y de serenidad. De regular estatura y no muy delgado, su mirada retadora se pierde a veces en los rincones para elevarse después sobre los seres y las cosas, como inquiriendo o tratando de dar forma a pensamientos recónditos. Su espera no está marcada con el sello de la impaciencia como todos. Diríase que sabe lo que va a pasar o que ya conoce al maestro que aparecerá, en breve, saliendo del aula.

| 39

Por esos amplios corredores del Instituto soñaron, meditaron y sufrieron muchos grandes hombres...

El joven aquel acaba de llegar del sur del estado. Su familia es de humildes campesinos y ha conseguido una beca para estudiar. Es verdad que ya conoce al maestro que va a salir, sólo que como a los elegidos, por haberle cumplido un anhelo de niño, vago e impreciso entonces, y una aspiración de joven firme y definida: estudiar. Al maestro, cuyos pasos se advierten ya cerca del dintel del aula, se debe la presencia de este joven taciturno allí. Su familia no hubiera tenido dinero para pagarle los estudios que con verdadera devoción efectúa, sin perder un instante. Hurgando constantemente aquí y allá. Perfeccionándose en el pensamiento y en la acción.

Hace honor a la oportunidad que el gobierno de don Francisco Modesto de Olaguíbel le ha concedido hace algún tiempo, atendiendo una iniciativa del hombre cuya figura se recorta a través de los cristales opacos del aula.

Este joven indígena es Ignacio Manuel Altamirano. El niño que al concluir la primaria deseó ser herrero, después pintor y afortunadamente no lo logró.

40 | De las agrestes montañas del sur todavía trae en la memoria la impresión de los imponentes bosques y de las lánguidas praderas de su tierra natal, Tixtla, en donde naciera el 13 de noviembre de 1834. Habrá de dedicarse devotamente al servicio de la patria. Será hombre tan humano que cuando ocupe importantes puestos no se avergonzará de su origen y que siendo diplomático en París, ante los más conspicuos representantes de los diversos países del orbe, pronunciara brillante discurso en idioma náhuatl; y que después para aliviar el estupor de sus oyentes, que no habían entendido nada, dirá: —Usé la lengua de mis mayores... pero no se preocupen que ahora voy a decírlas la versión en francés.

Pero ya ha salido el maestro de la voz varonil, don Felipe Sánchez Solís, director del plantel, lo abraza conmovido. Expectación. Voces quedas que se confunden en murmullos de admiración. La grey estudiantil institutense desde ese día levanta en su corazón un altar de veneración, de cariño y lealtad al maestro: él es Ignacio Ramírez.

Manuel Altamirano escruta el rostro del que toda su vida, después, será su guía, y sus límpidos ojos, acostumbrados a mirar en las noches serenas y estrelladas de la campiña el fulgor de otros mundos, se han llenado de cariño.

Quedamente se va alejando por los corredores del plantel para gozar a solas aquel instante, único en su vida.

Ese niño campesino, que más tarde dará lustre a la patria como embajador de México en San Remo, Italia; que alcanzará las cumbres más altas de la literatura y cuya oratoria será la admiración de su tiempo, en aquel instante, conmovido, tal vez

haya bosquejado en lo más íntimo la semblanza que después escribirá de su protector. Recordará aquel instante después, como si lo volviera a vivir otra vez.

II

Dice Altamirano en su estudio biográfico sobre Ramírez que en 1850, "era un joven de 32 años de edad, pero su cuerpo delgado y su talla más que mediana, se encorbaba ya como el de un anciano. Su semblante moreno, pálido y de facciones regulares, tenía la gravedad melancólica que es como una característica de la raza indígena; pero sus ojos, que parecían de topacio, deslumbraban por el brillo de las pupilas; la nariz aguileña y ligeramente deprimida en el extremo, denunciaba gran energía y los labios sombreados por un escaso bigote, se contraían en una leve sonrisa irónica".

Realmente intuimos que el semblante de *El Nigromante* es de los que no se olvidan nunca: "fisonomías de profeta, de apóstol, de tribuno, con rasgos extraordinarios, y que decididamente no pertenecen al género vulgar".

En el azaroso acontecer de su vida eso fue Ramírez, un nigromante, porque predijo muchos acontecimientos que se efectuarían después; porque de su actuación laboriosa, incansable, siempre en defensa de la razón y del derecho, hizo un auténtico apostolado; y porque en la tribuna no sólo producía en los oyentes el escalofrío de su verbo flamígero y convincente, sino que denotaba la cultura enciclopédica que tal vez pocos han llegado a igualar.

"Ramírez –prosigue Altamirano– contra lo que se usaba entonces, llevaba los cabellos cortos, de modo que con su semblante bronceado y envuelto como estaba en una ancha capa

de paño verde oscuro, parecía una estatua clásica, animada, allí, en medio de nosotros".

42 | Comprendemos fácilmente el entusiasmo desbordado de Altamirano, porque en aquella época –no como ahora sucede– se idealizaba a los maestros; una veneración sin límites animaba a los estudiantes que pasaban por el Instituto, reputado entonces como el más importante de la República, y en el caso particular de Altamirano, se mezclaba esa veneración con el agradecimiento.

En aquella ocasión, el director de la escuela lo presentó a los muchachos. Ramírez les habló con la afabilidad y la dulzura que debe haber puesto después en el trato con sus hijos. Una vez que se retiró, tanto los maestros como los alumnos estaban asombrados del magnífico preámbulo que al curso de jurisprudencia había hecho el maestro.

Pero retrocedamos para tratar de fijar con mayor precisión la figura del patricio.

Nació Ramírez en San Miguel de Allende, Guanajuato, el 22 de junio de 1818. Fue su padre –don Lino Ramírez– apasionado liberal, militante del partido federalista que sostuvo la Constitución de 1824 y que después como gobernador de su estado, a la caída de Bustamante, en la administración de don Valentín Gómez Farías, puso en observancia las "atrevidas leyes" emanadas del Congreso de 1833; teniendo que luchar contra un clero pujante que alentaba sublevaciones que él, enérgicamente, tuvo que dominar.

Por estos antecedentes, fácil es colegir que Ignacio Ramírez tuvo en su propio hogar la mejor escuela de liberalismo y allí tal vez recogió la semilla que había de germinar más tarde en la lucha contra el fanatismo y los prejuicios, que culmina en una explosión inusitada para el tiempo, cuando al presentar tesis para su ingreso a la Academia de San Juan de Letrán, asombra a los

conspicuos intelectuales de su tiempo al iniciar su disertación con una afirmación incendiaria: "No hay Dios...".

Estamos de acuerdo con Altamirano cuando afirma que allí en el hogar se templó el espíritu de *El Nigromante* para las luchas futuras. Exactamente, fue fiel a la trayectoria marcada por su padre al luchar denodadamente durante toda su vida contra las facciones reaccionarias del obscurantismo.

| 43

Por causas políticas emigra su padre de Guanajuato hacia la capital de la República. Ramírez estudiaba ya el curso de artes en una escuela cuyo director, don Juan Rodríguez Puebla, además de ser amigo y correligionario de su padre, se ha destacado por ser protector decidido de la raza indígena.

Empieza en la ciudad el peregrinar de Ramírez por las mejores bibliotecas, principalmente las de Catedral y la anexa a su colegio. Una insaciable sed de saber, de investigar, de conocer, lo posee con un ardor que no conoce horas de descanso ni distracciones. En tal medida que, después de ocho años, según el decir de Altamirano, se esparció entre los colegas de aquella época el concepto de que Ramírez, quien "había entrado en las bibliotecas erguido y esbelto, salió de ellas encorvado y enfermo; pero erudito y sabio, eminentemente sabio".

En su afán de ser un hombre de ciencia completo, Ramírez alternaba el agotador estudio de claustro con sus estadías en los laboratorios, gabinetes de investigación, observatorios; tratando de comprobar con la experimentación todo lo que aprendía en los libros.

Justos en aquel tiempo fueron los títulos que se le adjudicaron por su sapiencia, por sus grandes dotes de polemista, de iconoclasta, en el buen sentido de la palabra.

Precursor de la Reforma, debía asistir al triunfo del gran movimiento de los hombres sabios, honestos, patriotas,

incorruptibles. Grupo selecto de hombres que aún no tienen paralelo en toda la historia de México, ni en grandeza de espíritu, ni en preparación tan integral y menos en la honestidad acrisolada que fue la esencia de sus vidas y que sigue siendo, junto con otras relevantes cualidades, el ideal del político mexicano.

44 | Por ser un gran ejemplo para las nuevas generaciones es conveniente transcribir aquel momento culminante en que el gran sabio joven a los 26 años, sin terminar sus estudios de jurisprudencia, tras haber sido admitido como socio de número en la Academia de San Juan de Letrán, fue visto por don Hilarión Frías y Soto así: "A pesar de que reinaba un altivo exclusivismo en el seno de la Academia, que no dejaba ingresar a ella a los neófitos de las letras sino después de algunas pruebas, un día se vio penetrar en aquel recinto a un joven de aspecto sombrío de rostro prolongado, cuyo color obscuro tenía reflejos verdosos del bronce por la infiltración biliar, cuyos pómulos prominentes denunciaban la raza azteca, cuyo labio grueso se plegaba por una sonrisa burlona y sarcástica, y cuyos ojos centelleaban por unas pupilas brillantes de inteligencia y rodeados con una esclerótica inyectada de sangre y de bilis".

Y refiriéndose a la humildad de su vestimenta sigue diciendo el citado: "El traje del joven revelaba su pobreza, y sus maneras el encogimiento propio de un colegial".

"Según el reglamento de la Academia, el candidato tenía que presentar una tesis de introducción. Ramírez ocupó la tribuna y al leer el tema de su discurso, aquellas cabezas cubiertas de canas y de lauros se levantaron con asombro, fijándose todas las miradas con avidez en el joven orador, que acaba de lanzar en aquel santuario de la ciencia un pensamiento que fulminaba las creencias y los dioses de aquel areópago: "La tesis de Ignacio Ramírez versaba

sobre este principio: "No hay Dios; los seres de la Naturaleza se sostienen por sí mismos".

Narra después el historiador que cuando Ramírez acabó de hablar, los académicos, debe haber sido con una muestra de admiración y de desconfianza, se levantaron de sus asientos para felicitar a aquel colegial oscuro, que envuelto en una capa de sopista (estudiante pobre que realizaba estudios valiéndose de la caridad), se anunciaba como apóstol de una revolución religiosa y filosófica que destruía toda la ciencia universitaria. Uno de los académicos, más entusiasmado que otros, Lacunza, dijo estrechando a Ramírez entre sus brazos: "Voltaire no hubiera hablado mejor sobre este asunto".

| 45

Tratando de destruir tantas miserias y vicios de aquella época de cuartelazos y de motines, Ramírez, en una sociedad que sólo veía al pasado, fue quedándose solo, secundado apenas por un corto grupo de jóvenes.

En 1845 toma forma la inquietud fogosa de proyectar sus tesis al mayor número de ciudadanos en un periódico que llama *Don Simplicio*, siendo a la sazón presidente Joaquín Herrera. Las ideas que sostuvo siempre, su credo político, aparecen en el primer artículo que publica, adoptando por vez primera el seudónimo de *El Nigromante*. Se intitula "A los viejos", y en él narra las grandes penalidades del pueblo, reta a los legisladores que han faltado a su deber, se pronuncia contra las clases explotadoras; fustiga a los falsos sabios, a los sacerdotes embaucadores, a los grandes propietarios feudales y truena contra todos los explotadores del pueblo. Al condenar a las constituciones que se redactaban como programas de espectáculos, es incisivo y duro. Dice: "En más de media docena de constituciones, que en menos de medio siglo hemos jurado y destruido, no veo sino infecundos sentimientos

de libertad y corrompidas fuentes de ilustración, brotando bajo la luz y el fuego de la moderna filosofía de corazones monárquicos y espíritus aristotélicos".

Más tarde, al fundar el Club Popular, expone con su poderosa oratoria las ideas que dieron fundamento a la Constitución de 1847 y a las Leyes de Reforma.

46 |

III

La invasión norteamericana –un golpe a mano de nuestros vecinos aprovechándose de la situación anárquica del país– nos arrebató para siempre la alta California y algunos otros territorios fronterizos. Ya es gobernador del Estado de México don Francisco Modesto de Olaguíbel, y conocedor de las relevantes cualidades de Ramírez, lo nombra secretario de Guerra y Hacienda junto con otros liberales, del Valle, Iglesias, Escudero, y a la vez que contribuye a la defensa del país, organiza la administración estatal.

Ramírez asiste a la acción de Padierna contra los americanos, acompañando al gobernador. A pesar de que la guerra se llevaba la mayoría de los presupuestos, Ramírez realiza meritorias obras educativas, como el restablecimiento del Instituto Científico y Literario de Toluca, cuya dirección se encargó al destacado educador Sánchez Solís.

En medio del diario batallar y planear para darle una mejor situación al pueblo, Ramírez recibe el dardo del destino en sus más hondos sentimientos. Está en Toluca –ciudad limpia, quieta, de ambiente transparente y cielo intensamente azul– en donde el patricio conoce a la que ha de ser su esposa, una bella joven dueña de grandes virtudes, Soledad Mateos.

Ramírez, fogoso y ávido de afecto, se lo da íntegro a su esposa. Hacen un hogar modelo. Procrean, al correr la vida, cinco hijos: Ricardo, Román, José, Manuel y Juan.

El gran batallador, el tribuno, el destructor del pasado, el gran creyente en el porvenir de México, el defensor más apasionado del pueblo, encuentra momentos de tregua y bienaventuranza al lado de su cónyuge.

Es en el año de 1847 cuando Olaguíbel, por inspiración de Ramírez, en un supremo esfuerzo por capacitar a la raza indígena, expide una ley que permite que cada municipio del estado envíe al alumno más apto –pobre y de raza indígena– para que haga sus estudios en el glorioso Instituto de Toluca, pagando, la comuna respectiva, íntegramente los gastos del becario.

Honda sinceridad de Altamirano al declarar en la obra mencionada, con gran emoción y agradecimiento: "Gracias a esa ley, verdaderamente trascendental y que no ha tenido imitación en tiempos posteriores, muchos indígenas, hijos de familias pobrísimas, como el que esto escribe, vinieron a estudiar al Instituto Literario de Toluca, pensionados por sus municipios".

En aquella misma época, Ramírez robándole al domingo el merecido descanso, imparte clases gratuitas de literatura en las quietas aulas institutenses. Allí el poeta brilla en excelsas latitudes, mientras Altamirano, el humilde, escucha arrobado desde el dintel de la puerta.

Grandes hombres como el maestro Justo Sierra llaman a Ramírez "el sublime destructor del pasado y el obrero de la Revolución". Le otorgan también otro título honroso: "El Voltaire de México", debido a que profesa la religión de la verdad, que arrebatara con su palabra a sabios y a multitudes y que –con valor espartano– derriba ídolos e imágenes caducas, tuvo el inmenso

honor que nadie ha tenido, de vencer en singular polémica al gran talento español Emilio Castelar: laurel internacional a su talento y a sus grandes virtudes ciudadanas. Tres años después de esa singular polémica, Castelar, que fue presidente de la primera República Española, le dedica una fotografía en la que anota: "A D. Ignacio Ramírez, en recuerdo de una polémica en que la elocuencia y el talento estuvieron siempre de su parte. El vencido, Emilio Castelar".

Liberal puro, supo imponerse a persecuciones y a enemigos poderosos, para brillar entre los hombres más esclarecidos de su tiempo. Era un gladiador al estilo griego: fuerte e inteligente, no obstante su constitución minada por las vigiliyas y el estudio excesivo.

Ramírez fue también el prototipo del funcionario honesto, recto, austero, sensible. Cuando muere el 15 de julio de 1879, el estado tiene que costear sus funerales porque su pobreza es extrema. Antes lo había herido el dolor más grande de su vida, su amada esposa toluqueña Soledad Mateos, habíalo precedido en el camino a la eternidad; y el marido modelo, que guardaba en su alma todo el amor y la veneración de que son capaces los espíritus apasionados y selectos, se quedó profundamente solo... ¿Solo?, no. Allí está con él su discípulo fiel, su entrañable amigo, su admirador, cerrándole los ojos para siempre: Ignacio Manuel Altamirano.

IV

La enorme extensión que tenía el Estado de México cuando tuvo la honra de que Ramírez lo sirviera, incluía parte del actual estado de Guerrero, que después perdió en 1849. A eso es debido que

hoy, esa entidad proclame con orgullo la oriundez del discípulo modelo, Altamirano; correspondiendo, en realidad, igual gloria al Estado de México, ya que en su seno se formó y enriqueció el intelecto del docto indígena, que había de proyectarlo después a las grandes alturas de la diplomacia y las letras.

Mucho se podría escribir de ambos hombres extraordinarios. En este opúsculo sólo se han tratado de destacar las condiciones y el tiempo en que se conocieron y cultivaron una amistad que duró toda la vida, ejemplo magnífico que es muy raro encontrar en el devenir moderno.

Ha sido intención también honrar con fervor al extinto Instituto de Toluca, una bendita madre prolífica hoy convertida en universidad por los notables servicios que prestó a la patria, a través de los recios varones que educó.

ISIDRO MARTÍNEZ
El varón de la ternura

La sensación que me invade al evocar la venerable figura de *Martinitos* sólo es comparable a aquella cuando leía en la silenciosa dimensión de la Biblioteca Pública de Toluca, la vida triste del personaje más sentido de Romain Rolland, Juan Cristóbal.

Y no es porque el maestro Isidro Martínez –delicadísimo en el trazo de la miniatura a pluma o al óleo– tenga alguna similitud con el personaje en el que se quiere adivinar a Beethoven, o porque el tiempo en que lo conocí, 1934, sea coetáneo a la lectura del libro. Llanamente, es la misma sensación; una oleada de ternura, de pensamientos buenos, de añoranzas sin mácula.

Entrábamos en la nebulosa época de la adolescencia con la sensibilidad virgen y el cerebro abierto a todo conocimiento. La clase de dibujo y modelado del Instituto era un respiro para las arduas materias que iniciábamos, como matemáticas o francés a las que debíamos poner una gran atención y gastarles tiempo, porque don Marcelino Suárez, *Chileno*, en el lenguaje nuestro de aquellos días, y el *Mesíé* don Ramón Pérez, a más de exigentes eran temidos y, por ello, respetados. O tal vez también porque la aritmética de la primaria nos parecía a aquellas alturas (prospectos de futuros bachilleres) un juego de niños; y el francés –en un clima de provincia que admiraba y quería a Francia– nos producía cierta sensación de grandeza que nos transportaba sin quererlo a la patria de los claros talentos que el profesor nos empezaba a descubrir, como Jean Jaurès o Stendhal.

Martinitos era un anciano de mínima estatura; siempre asistió a las clases enfundado en su traje negro de etiqueta con largos faldones. Colocaba con cuidado su sombrero de bohemio, de artista, en un perchero antiguo. Nos miraba con la ternura de sus pequeños ojos aún vivos y brillantes. Muy bella era su barba blanca y el sedoso cabello cano. Lentamente se paseaba de alumno en alumno corriendo aquí un dibujo, más allá un rasgo de escultura incipiente en plastilina, o acullá dando un consejo con su débil voz cariñosa y sedante. Aquel recinto nos parecía un oasis muy cerca del arte que empezábamos a entrever como una actividad creadora, pero a la vez quieta, sin regaños, sin altas voces; limpio espacio iluminado por la luz todavía esplendente del véspero en donde nuestras inquietudes se atenuaban para dar paso a una lasitud o un bienestar delicioso.

Pero no sólo era el clima físico el que encantaba, también lo era el clima espiritual creado por *Martinitos*: dejaba salir, a veces, las ríspidas manifestaciones juveniles sin fruncir nunca el ceño; permitía el coloquio con nuestras compañeras, dulces colegialas de primaverales cuerpos, sin encontrar la más pequeña malicia en ello. Estaba presto, siempre, a contestar la más insignificante pregunta, con ese dejo de apóstol o de fraile, con esa modestia sin afectaciones. No recuerdo que algún alumno, no obstante la mansedumbre franciscana del maestro, le haya cometido alguna grosería. Imponía un gran respeto aquella vida que tranquilamente, con resignada laboriosidad, iba llegando a su ocaso.

El clima espiritual, al primer contacto con el arte, creo que fue para nosotros una escuela de afinamiento de la sensibilidad al que debemos el goce posterior de todas las excelencias producidas por el corazón humano.

No obstante que en aquel tiempo, a presión de la influencia de nuestros compañeros de los últimos cursos, tratamos de penetrar en el socialismo leyendo a Marx en *El capital*, analizando el *Manifiesto del partido comunista*, o aprendiéndonos de memoria párrafos enteros de un libro de nombre rimbombante de Alexis Markoff, *El neomaquiavelismo o la enfermedad de nuestro siglo*, quizás el mundo bueno que vivíamos nos inclinaba más a sufrir al unísono de las desventuras de Juan Cristóbal o de las místicas tristezas de Amado Nervo. Ahora, meditando, creo que esta preparación anímica nos hacía apreciar tanto la clase del maestro Martínez, santo varón que a los 80 años ni pedía jubilación ni la necesitó jamás, ya que hasta el último instante de su vida nos presidió con su ejemplar conducta.

| 55

El equilibrio tan perfecto de las facultades del maestro lo demostraba claramente al dibujar perfectamente con las dos manos. Único maestro ambidiestro que conocimos.

La juventud no podrá nunca evitar salirse de tono, derribar imágenes o modificar usos. A pesar del gran respeto que profesábamos al maestro, un día a alguien se le ocurrió ocuparlo como correo.

Algunos de nosotros teníamos la novia en la Escuela Normal de Maestras, lugar obligado de cita en la más próxima esquina del edificio al final de nuestras clases, para esperar a la amada. De esta suerte, algunos muchachos urdieron esconder en el forro del sombrero del maestro pequeños recados, ya que éste, al ir a dar clase a aquella escuela, despreocupadamente colocaba el sombrero en el perchero, momento que aprovechaban las muchachas para sustraer los envíos. Nunca se dio cuenta de ello el santo varón, o por lo menos así nos lo demostró siempre.

No estamos ciertos si *Martinitos* se casó alguna vez o si tuvo hijos. Sí supimos de otra actitud que delinea su perfil de

hombre bueno. Le brindó su casa a un mozalbete sano, sensible y bondadoso y le costeó todos los estudios, incluso en la Academia de San Carlos. Después, ya hecho todo un pintor, lo acogió en su casa nuevamente dándole la oportunidad de que se abriera camino en la vida.

56 | Ignacio Rojas era el nombre de ese otro amigo bueno que no defraudó las esperanzas de su protector. A él le debimos conocer el hogar, el santuario, en donde pasó su vida *Martinitos*.

La casa estaba en una de las calles adyacentes al Cerro de Oviedo en Toluca, amplia mansión provinciana de dos pisos, antigua, adornada de macetas en plena floración, siempre oliendo a perfume. En la parte superior el gran estudio del maestro, espacioso, lleno de luz, con caballetes en varios sitios y una multitud de pinturas al óleo, al pastel, bocetos de futuros cuadros de magnitud, dibujos al carbón de maravilla y, sobre todo, libros grandes y espesos empastados en piel, conteniendo la historia del arte, pulquérrimos en sus ilustraciones a todo color en fino papel couché, que eran un entretenimiento extraordinario para nosotros en las quietas tardes de provincia, ante los grandes ventanales del estudio que dejaban ver muy cerca, el remate del cerro en donde la iglesia de juguete se destacaba en el azul diáfano cielo, mientras las campanas del templo de la Merced llamaban a los fieles al rosario.

Con Nacho Rojas, amigo sin par, que después heredó la clase del maestro en el Instituto y supo ser fiel a su pulcritud y puntualidad, pasamos muchas tardes en el estudio que, de vez en vez, era visitado por encopetados personajes de la metrópoli que llegaban a interrumpir, con sus juicios culteranos y sus opiniones de suficiencia, nuestro sublime gozar. Allí descubrimos a Miguel Ángel, arquitecto, poeta y pintor, quien a la edad de 13 años mereció este comentario de su maestro: "Este chico sabe más que

yo". Es admirable el cuadro, cuya alegoría de Dios dando con su mano al hombre el fluido sagrado de la existencia, se grabó indeleble en nuestra memoria. En aquellos libros que tenían imágenes fragmentadas de los frescos de la Capilla Sixtina y de todas las obras de arte, para apreciar mejor su valor, descubrimos a Rafael Sanzio, a Leonardo y a tantos otros genios de la pintura de todos los tiempos. Un día *Martinitos* faltó a clase. Nunca lo hacía. Extrañamos su queda voz acariciante y su lento ir y venir por las mesas de dibujo. La espera fue inútil. Después supimos de la muerte del maestro. Se fue silenciosamente como había vivido. Con él se fue también una etapa del Instituto en el arte. Magnífico retratista, extraordinario en la miniatura, genial en el dibujo a pluma. Un santo y un artista que no sólo enseñaba con las delicadas líneas del trazo, sino con la limpia conducta de su vida...

PROTASIO I. GÓMEZ
La virtud de la firmeza

Uno de los maestros de más clara inteligencia, de mayor personalidad, que dio gran parte de su vida y lo mejor de su talento al Instituto Científico y Literario de Toluca, fue sin duda alguna Protasio I. Gómez.

Era alto y fornido, casi atlético, los grandes ojos escrutadores, en los momentos escolares, protegidos por gruesos anteojos, sabían clavarse en actitud interrogante sobre sus alumnos, imponiendo respeto. Sobre los labios finos un espeso y bien recortado bigote. La voz gruesa, inquietamente lenta, con un tono de patriarca, penetraba en los oídos haciendo sentir su autoridad como la única verdad.

Culto, polifacético en la difícil gama del saber humano, sabía emplear sus conocimientos dándoles a sus cátedras una variedad erudita. Grandes manos morenas como de campesino, raras veces se alzaban para reforzar lo que la palabra quería expresar, con ella era suficiente, con el tono, las variaciones, los silencios breves. De notorio valor civil era el viejo maestro, quien supo sortear situaciones difíciles, tanto en la época de su formación como en su madurez, dando a su personalidad un aire extraño que imponía. Agudo de ingenio, cuando la diaria tarea había terminado y la vida para su equilibrio necesitaba en los dorados rincones de la intimidad un poco de charla. Allí en la dulce intimidad, sólo para

contados amigos, pulsaba la guitarra tocando piezas clásicas con muy buen gusto. En síntesis, don Protasio era una sensibilidad delicada, encuadrada en un carácter a toda prueba.

EL MAESTRO

62 |

Don Protasio –como siempre lo llamó el espíritu institutense– rompió sus ojos a la primera luz el 5 de septiembre de 1882 en un pueblo campesino, Capulhuac, cuando el país empezaba a agitarse por el prolongado mandato de don Porfirio Díaz en la presidencia. Sin embargo, el pueblo luminoso que huele a maguey y a flores silvestres no se conmueve, sigue su vida sencilla y en los días claros hace emerger entre campos recién sembrados de maíz, el Xinantécatl, en toda su gloriosa belleza nevada. En ese marco, el niño Protasio va estudiando la primaria, deambula serio y formal entre gente sencilla, labriegos que se levantan con el alba y regresan de sus faenas al ponerse el sol. Ese niño hará un apostolado del Magisterio y será un hombre relevante.

Poco tiempo después parte a la capital del estado para hacer sus estudios de preparatoria en el Instituto y, en 1903, es nombrado prefecto, aun cuando apenas tiene 21 años.

El poeta de las exquisitas expresiones y de la esmerada educación Juan B. Garza, es director del colegio. El joven Protasio obtiene el honroso título de maestro de Geografía Comercial en la Escuela de Comercio que funciona allí, a la vez que siempre en un afán de superación que lo preside toda su vida, continúa sus estudios para obtener el título de notario público. El honor de figurar tan joven aliado de ameritados educadores de la juventud, como Francisco Modesto de Olaguíbel, sagaz abogado e historiador; Anselmo

Camacho, ingeniero y matemático; Felipe N. Villarello, poeta y lingüista; lo debe a uno de sus maestros, el señor Schultz, que supo descubrir en el joven cualidades de educador.

La docencia del maestro ha de prolongarse largo tiempo. Será maestro durante más de cuarenta años, impartiendo geografía general y patria, económica y social, geografía histórica, así como los cursos superiores de geografía humana, física e introducción al derecho.

Recordar sus clases es sentir todavía el temor que infundía, la seriedad y disciplina estricta que hizo siempre prevalecer. Era la hora del atardecer. Algunas sombras iban adueñándose del recinto, amplio y frío. El maestro, en la semiobscuridad tardecina, parecía un titán poseedor de la ciencia. Las campanas de las iglesias que llaman quejumbrosamente. La tarde se pierde irremediamente en el vacío incendiado de la provincia. El murmullo de los pájaros que dicen su último adiós al día y la voz gruesa, inquietante, lenta del maestro, paseando su saber por todos los rincones del mundo con una erudición admirable. La atención de ojos juveniles que quieren conocer el universo en un mapa trazado en el pizarrón negro con trazos blancos.

El periodista Guillermo Dorch, con lúcida memoria, logra en un artículo biográfico dar una idea cabal de la personalidad del maestro en sus clases, dice:

“El campo de estudios era lo suficientemente amplio para poder darnos cuenta de su sapiencia y de sus aptitudes; de él aprendimos a conocer el sentido altamente humano de la Geografía, de la cual nos decía que no obstante ser una disciplina utilizada en el campo especulativo únicamente como parte del desarrollo intelectual nemotécnico, hasta ahora no se le daba el interés sociológico que lleva en esencia, pues para él la

Geografía era una ciencia cuyos principios descansaban en una serie de reglas para ser constituida posteriormente en un arte. Así se explica, nos decía, cómo el antiguo pueblo griego, entre el cual se destacó Eratóstenes, quien verificó algunas mediciones y mapas de la antigüedad, nos legó importantísimos conocimientos. Más tarde Estrabón, de noble familia, oriundo del Asia Menor, quien viajó por todo el mundo antiguo, compuso sus memorias históricas en unos 43 libros que se perdieron para la posteridad, y una geografía en 17 tomos que en su mayor parte han llegado hasta nosotros. Esta obra, de acuerdo con el decir de nuestro maestro, puede ser considerada como la enciclopedia geográfica de la antigüedad".

En otro párrafo, el periodista es más preciso y muestra otras facetas del maestro:

"Antes que Emil Ludwig escribiera su libro sobre el Mediterráneo, el maestro don Protasio nos hacía viajar en forma similar a la del autor citado. En alas del pensamiento nos sentíamos protagonistas juntamente con fenicios, árabes y caldeos, de esa gran epopeya que tuvo como teatro las aguas del Mar Mediterráneo, testigo impasible de una cultura arcaica.

"La historia de un océano exige a una vida humana, desde su nacimiento hasta su muerte, un curso épico. El mar al que todos los pueblos ribereños tienen la esperanza de dominar, es un premio por el cual se lucha en pleno clima dramático. Comparado con el río que se lanza al mar, avanzando entre rocas y desiertos, tenemos aquí el mar femenino, parecido a Elena, la de la antigüedad, la que pasa de un dueño a otro.

"Europa jamás hubiera existido como tal si una inmóvil masa de tierra africana hubiese permanecido unida a ese pequeño saliente de Asia que se llama Europa. El océano creó el movimiento por el cual los hombres surgieron a la luz del pensamiento".

Con brillantez y un admirable sentido pedagógico, don Protasio demostraba su gran calidad de maestro. A veces saltaba de repente el comentario ingenioso, la anécdota oportuna y una sonrisa discreta entre dulce y amarga atenuaba la tensión reinante, para después, volver a su adustez continuando la clase lenta, a veces desesperante.

Toda una época llenó la figura del venerable maestro a quien muchos responsabilizaron del fracaso de su bachillerato, ya que decían, a guisa de justificación, que jamás permitió que pasaran su materia si tenían en el examen el más mínimo error. Tal vez tenían alguna razón, pero no del todo. Era, cierto, sumamente estricto, pero sabía conocer a los alumnos y al que él juzgaba que no haría una carrera que prestigiara al Instituto y sirviera a la sociedad, en la primera oportunidad se lo decía con franqueza, casi con brusquedad. Por eso muchos prefirieron cambiar de escuela, interrumpir estudios, pero nunca se les ocurrió encararse a él con seriedad y con argumentos válidos o por lo menos, ganarse su simpatía con mayor dedicación al estudio; si lo hubieran hecho, su camino hubiera sido otro y hubieran descubierto al hombre con gran sentido humano cordial, sensitivo, solidario.

Personalidad tan notable tenía que ser algún día director del Instituto. Y así fue. Cubre un pequeño interinato, del 9 de enero de 1929 al 18 de septiembre del mismo año.

Para el año de 1934, los alumnos más destacados del plantel, debido a las constantes intervenciones equivocadas de los gobernadores del estado en los asuntos interiores de la escuela, empezaron a organizar movimientos serios que tenderían a lograr la autonomía.

Aparecieron en el escenario los primeros líderes con conciencia de clase, nutridos, la mayoría, en las doctrinas socialistas; entre

ellos recordamos a Ladislao Badillo y su grupo, en el que estaban Carlos Mercado, Guillermo Molina Reyes, Rodolfo Uribe Ruiz y tantos otros que siempre encontraron en don Protasio un consejero serio, legal y con un fresco entusiasmo para lograr el ideal que se realizó después: darle autonomía al colegio.

66 | A raíz de una huelga que se prolongó quizás cuatro meses, cuyo movimiento obtuvo el apoyo sin reservas de todas las escuelas del estado, de la mayoría de las federaciones estudiantiles del país, incluso de las de la Ciudad de México, el 8 de abril de 1935, vuelve a dirigir los destinos del centro docente, don Protasio.

Su gestión está señalada por grandes aciertos en todos los órdenes. Acorde con el espíritu que anima a los cuadros dirigentes del Instituto que desean que la cultura no sea patrimonio de privilegiados, sino que se lleve al pueblo para forzar su capacitación social, inaugura el maestro, por su propia iniciativa, la primera Academia Nocturna para Obreros, que funciona regularmente, durante algún tiempo, dentro del propio plantel.

Asimismo, progresista siempre, hace realidad el sueño de otro grupo de muchachos que con sus propios recursos construyeron la primera estación radiodifusora que funcionó dentro de un plantel educativo. No sólo aporta el dinero para perfeccionar los aparatos, sino que construyen en algunos salones, estudios a propósito, haciendo que esa primera estación cultural en el país (fundada antes que la de la Universidad Nacional Autónoma de México), trabaje regularmente con un gran éxito, varios años.

En el plan docente, la obra de don Protasio merecería capítulos especiales, dadas las reformas que emprendió a los planes de estudios para ponerlos acordes con la época: la implantación de nuevos sistemas educativos, reformas al edificio, a los laboratorios, etc. Su obra, en fin, se extendió a lo espiritual y lo material.

Fuera del colegio, a él se debe la catalogación magnífica de la Biblioteca Pública del Estado, hecha por el sistema decimal Melvil Dewey. Después de muchos meses de ininterrumpida labor culminó el trabajo, facilitando la consulta de la valiosa bibliografía, de la que creemos, es la segunda institución en su tipo, después de la Biblioteca Nacional.

Estas desvaídas facetas dan una idea de la atinada gestión de don Protasio, que termina por un suceso baladí, al parecer, y que no hubo manera de comprobarlo plenamente a pesar de nuestras investigaciones, pero que lo consignamos por deducciones que pueden comprobarlo. En él se muestra de nueva cuenta el carácter legalista y firme del maestro.

Se dice que el gobernador del estado recomendó a un alumno para que fuera inscrito, aun cuando no llegaba a la edad que marcaba la ley para su ingreso. Don Protasio, ciñéndose estrictamente a la ley, negó la inscripción del alumno, contestando a la réplica que el gobernador hiciera en el sentido de que podría habilitar con un documento oficial la edad del muchacho, más o menos con estas palabras:

—Si el señor gobernador está dispuesto a violar la ley que lo haga, puede hacerlo. Pero yo no la violaré, porque estoy aquí para cumplirla.

Esta actitud enhiesta del maestro originó que presentara su renuncia el 20 de julio de 1938.

Cuando deja la dirección del Instituto sobreviene la huelga estudiantil una vez más, ya con la conciencia clara en el ánimo de los líderes, de que era imposible que el Instituto siguiera manejándose al arbitrio de los políticos.

Sale don Protasio como pocos directores lo hicieron, apoyado por todos los alumnos, se va rodeado del cariño y el respeto de la juventud que desde entonces vio en él a un guía.

EL POLÍTICO

68 |

El Estado de México, al igual que todas las entidades del país, tomó parte activa en la Revolución Mexicana de 1910; lógicamente resintió ese movimiento en su régimen social, de tal suerte que en 1914 "se vivía en un gran desconcierto". Interrumpido el orden constitucional hasta la toma de Toluca por las fuerzas del general Francisco Murguía se estableció otra vez un gobierno que presidió el militar. Después, Rafael M. Hidalgo es el primer gobernador, que por una especie de plebiscito entre la población de Toluca se hace cargo del Poder Ejecutivo, aunque efímeramente, ya que tomó posesión el 1 de diciembre de 1914 y a escasos 14 días lo abandonó, para que el doctor Gustavo Baz lo sustituyera en el cargo en forma provisional, de diciembre de 1914 a octubre de 1915.

Al recuperar la plaza las fuerzas constitucionalistas y ostentar el nombramiento de jefe del Cuerpo de Ejército del Oriente, el general Pablo González da posesión al general y licenciado Pascual Morales y Molina como encargado del Poder Ejecutivo, durando en el cargo hasta el 22 de agosto de 1916 y, en esa misma fecha, por orden expresa de don Venustiano Carranza, se nombra gobernador provisional al general y doctor Rafael M. Cepeda, quien dura en el cargo hasta el 15 de enero de 1917; en esa fecha lo reemplaza por orden del mismo Primer Jefe, el general Carlos Tejeda.

El 5 de febrero de 1917 se promulga la Constitución de Querétaro, como culminación de la lucha por volver al país a los cauces constitucionales, interrumpidos desde el magnicidio de Huerta que asesina a Madero.

Bajo esta nueva situación, después de varios años, se convoca al pueblo del estado para que elija Gobernador Constitucional, resultando electo el general Agustín Millán, quien toma posesión

el 30 de junio de 1917 para un periodo de cuatro años, y hasta el 15 de septiembre de 1921.

Durante 1917, don Protasio es electo diputado local por el 4° Distrito Electoral que comprendía Tenango del Valle y sus municipios, honrosa distinción que lo hace entrar a la historia porque ese cuerpo, estudia, discute y aprueba la Constitución General del Estado.

|69

Desde luego se distingue por su espíritu combativo y la fuerza de sus argumentaciones. Su personalidad destaca como hombre de firmes convicciones. En los debates del articulado del importante documento que nos rige actualmente, participa aportando su madura experiencia, su talento y su sapiencia.

Demuestra además que es un político nato que ve claramente los fenómenos sociales y los explica con claridad, con base en su amplio conocimiento de la historia. Cierta sentido clarividente se adivina en sus ideas; se adelanta a los sucesos con una gran penetración y un firme sentido de las situaciones.

Un hecho ya narrado prueba lo anterior.

Cuando se opuso, siendo director del Instituto, al ingreso de un recomendado del gobernador, intuyó que la consecuencia de su posición sería la renuncia y a sabiendas procedió así.

Otros sucesos posteriores nos dieron a sus discípulos y amigos muestras patentes de esas cualidades, de su incisivo sentido político y de otra cualidad muy rara en temperamentos de ese tipo: su verticalidad de hombre que "se quiebra pero no se dobla".

Don Protasio fue, sin duda, la figura más destacada de la Legislatura Constituyente. Cuéntase que en aquellos días tormentosos de discusiones para dar fisonomía jurídico-constitucional al estado, en una de las sesiones, el representante de los intereses del gobierno local quiso imponer el criterio oficial a un artículo de

la constitución. Don Protasio, con singular valor civil se opuso a la maniobra y al replicar el representante popular opositor, para terminar su discurso dijo estas parecidas palabras:

—Usted tiene el poder político... si no se acepta nuestro criterio como representantes genuinos del pueblo, el señor diputado está en libertad de aconsejar a quien corresponda que venga un piquete de soldados y que nos aprese, volviendo así a los días del usurpador Huerta.

70 |

Este referido es denotador del valor civil del diputado por Tenango del Valle, de su fe en las instituciones y de lo necesario que era respetar la autonomía de los Poderes, base de toda democracia.

Desde aquellos tiempos no hemos sabido de un caso semejante en las diversas legislaturas que han pasado, y el solo hecho salva la dignidad de los constituyentes de nuestra entidad.

La sujeción del Poder Legislativo local a los gobernadores es un fenómeno común en casi todas las entidades del país.

Las legislaturas son formadas por el grupo político dominante en el poder; esos respetables cuerpos creados para ser trasunto magnífico de la voluntad popular, que debían tener independencia de acción para comprobar la legitimidad de su origen y el ejercicio de un régimen democrático, han sido con frecuencia cuerpos consultivos, en el mejor de los casos, y a veces ni eso, sino simples aprobadores de leyes elaboradas previamente por el Ejecutivo local. Salvo raras excepciones que han realizado por cuenta propia una obra encomiable legislando en favor del pueblo, interpretando fielmente sus necesidades y problemas.

El origen de este fenómeno, permítasenos la digresión, puede hallarse en la circunstancia de que los diputados locales, en su mayoría, no tienen origen popular, sino que son políticos

profesionales y a veces, ni eso, sino lacayos de poderosos, que después de un simulacro de campaña pre-electoral para ganar votos, llegan a la curul a servir sólo intereses oficiales. Esa situación puede tener también otro origen, que es el del nulo ejercicio de los partidos políticos de oposición en cada entidad, verdaderos "paleros" que venden criterios por una miserable tajada legislativa.

Cuéntase que tal fue el problema que representó en la Legislatura Constituyente don Protasio, que el gobernador, en las siguientes elecciones, ordenó que se fraccionara el Distrito de Tenango del Valle para impedir que el combativo diputado volviera alguna otra ocasión a la Cámara local.

El hecho de que el maestro, con grandes cualidades de legislador, proveniente del pueblo mismo, con envidiable popularidad en su distrito, no volviera jamás a ocupar una curul, puede dar plena vigencia al referido.

Creemos que en el futuro, dada la evolución que están experimentando las instituciones políticas, se llegará a la independencia de poderes en bien de nuestro régimen democrático y, sobre todo, al respeto del sagrado sufragio popular, sustentación de todo sistema político respetable.

AUSENCIA Y REGRESO

No fue —como pudiera pensarse— una figura solamente local. Sus virtudes se valoraron en otros rumbos. Siendo gobernador del estado el general Abundio Gómez, se ausenta de su entidad para servir al estado de Oaxaca en el año de 1922.

En aquella entidad, cuna del patricio don Benito Juárez, ocupa los cargos de abogado consultor de la Secretaría General

del Gobierno, oficial mayor también; presidente de la Comisión Agraria, director del Periódico Oficial y Síndico del Ayuntamiento de la Vieja Antequera, para ser más claros, de su capital Oaxaca.

72 | Su talento, capacidad, eficiencia y acrisolada honradez fueron las tónicas en cada una de las encomiendas. La importancia que se dio a su personalidad en un estado que no era el suyo salta a la vista cuando se sabe que se le confirió el honor de formular los proyectos de reforma a la Constitución de la entidad que lo acogió. Honor que se supone sólo se otorgaba a gente muy preparada y prestigiada, por lo que de ardua tiene la tarea de buscar nuevos rumbos en lo político, social y económico para una región tan importante como Oaxaca.

Cuatro años dura la ausencia de su tierra natal. En el año de 1926 vuelve a Toluca. Su querido Instituto lo acoge otra vez en su seno.

Vuelve a ser el mismo, sencillo y afable con sus amigos y discípulos predilectos; puntual como un inglés, se le ve diariamente acudir a sus clases de geografía en el Viejo Caserón y en la Normal para Señoritas; al mismo tiempo, por las tardes, viaja a Tenango del Valle, en donde desempeña el cargo de notario público. El otrora modesto prefecto de su escuela máter y ex jefe del Servicio Meteorológico, es ahora un personaje.

Por las quietas calles de la provincia camina el maestro, casi siempre serio y pensativo, mientras la gente lo saluda respetuosamente y sus alumnos dicen en voz baja: —Es don Protasio... un gran maestro y guía.

Y así fue. Una personalidad de singulares perfiles, un hombre que toda su vida profesó culto a la verdad y al saber.

Se extingue esa existencia laboriosa a los 63 años, el 1 de abril de 1945, cuando apenas tres días antes con toda lucidez y devoción impartía todavía sus cátedras. Un traicionero derrame

cerebral apaga la luz de su intelecto, causando una conmoción profunda en todos los sectores sociales de la ciudad.

El maestro Protasio deja una extensa obra escrita. Varios volúmenes de sus memorias y libros de geografía, que ojalá algún día vean la luz, porque serían una seria aportación al conocimiento de su tiempo y de su ciencia.

Un institutense ilustre también, el licenciado Adolfo López Mateos, ex presidente de la República, es director del Instituto cuando fenece don Protasio. Él se encarga de dar la despedida final al ameritado guía y maestro expresando que había sido un ilustre discípulo de la escuela positivista, hermano de Comte por el pensamiento y un brillante eco de la voz del ínclito maestro don Gabino Barreda...

JULIO BERNAL
Un artista frustrado

Don Julio Bernal era maestro del Instituto, educado para ser artista; sin embargo no lo era, pues el tiempo, los años, habían realizado su obra en aquellas manos que debieron haber sido en su juventud, largas, flexibles, quizás bellas manos de pianista.

Aún lo recuerdo enmarcado en el espacio de la clase de orfeón, su frente amplia, su nariz un poco tosca, sus bigotes blancos y teñidos por la nicotina del constante fumar en una pipa que tenía ya muchos años de batalla. Aquel rostro surcado por profundas arrugas me daba la estampa de uno de aquellos personajes que tanto me habían impresionado cuando leía a Dostoievski. No obstante su vejez tenía una energía de treinta años y una altivez en el parado, ensombrecida por la gravedad de su traje negro un poco deteriorado; tenía también un tono como de sombríos pensamientos retenidos, no confesados, en la voz.

Su severo semblante me impuso un gran respeto desde una tarde en que las luces del crepúsculo se esparcían tímidamente por todos los ámbitos del salón de clase. Me propuse ser uno de sus mejores alumnos porque empezaba a cultivar la música y la literatura y pensé que él sería una fuente propicia a primerizas investigaciones y también, porque tendría el placer de poder escuchar a solas las obras maestras de la música, que la disciplina de la enseñanza hacía matemático, frío, con una técnica de compromiso, cuando el maestro se entregaba a la clase para todos. Al efecto, procuré preparar mis lecciones de teoría musical con

esmero y el resultado no se hizo esperar. Al poco tiempo, después de la clase, me quedaba a platicar con él; y entonces, ya de cerca, me iba reconociendo a pesar de que tenía cataratas en los ojos, que su pobreza no le permitieron extirpar nunca.

78 | Entonces supe que detrás de esa circunspección ante la escolapiada, había una alma sensible, un agudo sentido musical refinado, un crítico lúcido, un espíritu dilecto que en las horas íntimas, tanto como yo, se estremecía y soñaba al escuchar la sonata *Claro de luna* de Beethoven o la *Marcha fúnebre* de Petrel, tanto más impresionante cuanto que la tocaba en la penumbrosa soledad del principio de la noche, en el salón vacío, cuyos pupitres se me antojaban ocupados, no por mis condiscípulos, sino por un público sapiente que premiaba con aplausos las amargas de aquel viejo enfermo, próximo a morir.

Su defecto visual hizo que las clases, merced al ejemplo de los alumnos que nos habían precedido en el curso, fueran desordenadas. Frecuentemente, mejor dicho, en cada clase, se producían ruidos extraños, risas fugaces, expresiones grotescas y, cuando don Julio, rayando en ira, abandonaba el teclado del piano para preguntar quién había sido el atrevido, el indisciplinado, contestábanle siempre con una mentira para hacer pagar a justos por pecadores.

Yo, a pesar de haberle cobrado estimación, no podía ser un delator ante mis compañeros. Me daba una profunda tristeza estar colocado en una situación de impotencia al no poder evitar las burlas de que se le hacía víctima.

Me conocía de lejos, por la voz y, tal vez porque muy seguido era yo el único que le daba la clase. Entonces notaba cómo aquel rostro adusto se coloreaba por un rubor casi imperceptible de satisfacción, para más tarde, recibir el pan diario del coraje que le producían los siempre irreconciliables.

Cuando se habla de la crueldad inconsciente de los adolescentes pienso mucho en un ocurrido que me dejó honda huella y que rebasó toda medida, originando varias expulsiones del colegio, suceso que me fue narrado por compañeros de años superiores. No se supo nunca quién, en un alarde de maldad, volcó tinta roja en el teclado del piano del maestro; quien tenía la costumbre, después de acompañar un coro, de afinarse los bigotes con ambas manos. Impregnados los dedos de tinta al tocar el piano se los pintó de rojo. Cuentan los que vieron la escena que su hijo, al verlo, prorrumió en expresiones alarmantes: —¡Papá, te ha salido sangre!

|79

La reprimenda que brotó de sus labios fue larga y con razón, llena de ira. Evocó sacrificios, privaciones de maestro, hasta que alguien musitó con miedo:

—Es tinta roja maestro... no es sangre.

Su coraje se descargó totalmente sobre los alumnos, entre frases entrecortadas por el dolor, la impotencia o la angustia; ya que había creído que la “sangre” provenía de sus dedos a causa de trabajar.

Cierta ocasión, por circunstancias especiales, tuve que faltar al colegio una semana. Después lo supe. Como mis compañeros se habían dado cuenta de la estimación personal que me tenía el maestro, cuanto desorden se producía en la clase, en señal de acusación pronunciaban mi nombre. Los primeros días don Julio prefirió callar, después, al repetirse “mis desórdenes”, desde su escritorio me lanzaba tímido frases de reprimenda. Para hacer

más perfecto el truco, al pasar lista, algún compañero que aún recuerdo por su incipiente malignidad, respondía por mí.

80 | Cuando regresé al fin de aquella semana de forzosas vacaciones, me presenté al maestro. A mis espaldas se había hecho una atroz propaganda que había dado al traste con mi prestigio personal. Me recibió con gran frialdad y, ese mismo día, alguien desde fuera lanzó a la clase una piedra que hizo gran estrépito y, al inquirir el maestro quién había sido el autor del desorden, un alumno dijo que yo, no obstante estar presente.

El atrevido, cuando salimos de la clase, tuvo que conocer la magnitud de mi coraje.

Con el objeto de hacer enojar al maestro alguien ideó un nuevo método. Esperábamos en uno de los patios del colegio el sonar de la hora de clase. Algunos se ponían de acuerdo y cuando don Julio, cabizbajo y pensativo, con ayuda de su bastón aparecía, de diversos ángulos se escuchaban estos gritos: —¡Feoo... Feoo!

Cuán enorme debe haber sido la tristeza y el coraje que sintiera el maestro, cuando al principio, creyó que se hacía mofa de su presencia. Realmente no era bien parecido pero ¿por qué gritárselo con crueldad?

Sobre todo, era un anciano. No podía identificar a sus burladores porque no veía desde lejos. Su sentido musical no era suficiente para que reconociera voces fingidas; la idea de hacer bromas de mal género no está dirigida a su fealdad física, sino simplemente, era un aviso burlista de que había llegado la hora de entrar a clase de solfeo.

A base de explicaciones logré rehacer mi prestigio ante el maestro y una tarde, después de haber escuchado sólo para mí las interpretaciones de diversas obras inéditas, perdidas ahora en el polvo de la tumba, que se debían a la inspiración de un maestro

de don Julio, interpretaciones al piano llenas de sentimiento con la emoción coloreándole el amargado rostro, no pude contener la expresión que desde hace días había estado estudiando para decírsela:

—Maestro, yo también tengo una obra.

La sorpresa fue grande. Debe haber pensado que tenía deseos de hacerle un chiste, pero no fue así.

Muchas tardes, con paciencia que aún me conmueve, escuchó una canción que la infinita nostalgia de una novia muerta me había sugerido.

Era un día nublado y misterioso,
el Sol sus rayos nos negó,
y la lluvia enlutaba las calles
y sola mi alma, muy solita yacía
llorando su pena...

Le entusiasmó la música y me corrigió la letra. Y como un presente a mi devoción por él, prometió escribírmela.

Pensaba yo, ¿cómo es posible que pueda escribir notas cuando apenas ve?

Cierto día me invitó a su modesta casa. Ya tenía preparados dos pizarrones. Las líneas paralelas blancas del pentagrama, pintadas con sumo cuidado, me emocionaron. Tomé la guitarra y canté la canción, él, la fue escribiendo pacientemente con grandes notas y signos. Cuando hubo terminado dijo con suma sencillez:

—Ya está...

Días después llamó un copista y cuando menos lo esperaba, ya casi al terminar los cursos, cuando nos quedamos solos en la dulce penumbra de nuestros coloquios en voz baja y de nuestra

similitud de sensaciones ante el milagro de la música, me dijo:
—Aquí tiene usted su canción, es un regalo que yo le hago...

Sentí una profunda conmoción, balbucí algunas palabras que deben haber sido deshilvanadas, ¡tanto era mi aturdimiento!

Llegaron los exámenes. La inquietud hizo presa de nuestros corazones. El maestro se despidió de mí en la última clase y me abrazó con ternura, recomendándome estudiar para presentar la prueba final de teoría musical.

82 |

Fui uno de los pocos que alcancé en esa clase, el codiciado PB y una felicitación.

Días después, cuando estudiaba el examen de matemáticas, me llamó el maestro y me dijo:

—Quiero que asista usted a mi clase de orfeón de tercer año de preparatoria, hoy a las seis de la tarde.

—Con mucho gusto maestro, respondí.

Pocas veces he llorado de alegría tan pura, de agradecimiento tan sincero, en silencio, con una ternura que se me ha perdido un poco en el batallar de la vida. Lloré como un niño.

El primer número para la calificación de los alumnos era esa canción que él se había aprendido a fuerza de repetírsela y más tarde por haberla perpetuado en el pentagrama.

Yo era un simple muchacho de segundo año de secundaria y quienes cantaban el producto de uno de mis primeros dolores juveniles, eran aquellos estudiantes serios, reposados, futuros médicos, ingenieros, abogados, que yo veía pasar por los corredores del plantel estudiando siempre y a quienes guardaba un gran respeto.

Cuando salió el maestro lo acompañé a su casa. Por las callejuelas oscuras de provincia platicamos de temas dulces y buenos. Era invierno. Hacía mucho frío ya. En una esquina, cerca

de su casa, estaba un grupo de mozalbetes platicando. Algo se dijeron entre sí y después escuché:

—¡Feoo... Feoo!

Mi ira no tuvo límites. Dejé al maestro, perseguí a los insulsos. Eran más jóvenes, audaces y corrían más que yo. No les di alcance.

Cuando volví a su lado jadeante, me dijo con intensa emoción:

—Muchas gracias... Muchas gracias. Pero no era para tanto...

LADISLAO S. BADILLO
Protomártir de la autonomía

Un joven de atrayente presencia era Ladislao S. Badillo. Bajo el pelo lacio –en el que un mechón se rebelaba siempre– la frente mediana amenazó con calzarse alguna vez. Ojos inquietos y penetrantes, sombreados muy de cerca por las cejas atrevidas. La boca un poco sensual armonizaba con la nariz roma, que evocaba sus tiempos de pugilista.

De continente delgado, ágil, flexible. Vestido con modestia siempre, parecía un trabajador de fábrica; sin embargo, era un intelectual y un ideólogo.

Aunque no fue un orador de voz tronante y de actitudes docentes, fue maestro de aquellos alumnos que no habiendo podido pasar el complicado curso de matemáticas se acogían en él para que los preparara, en las tardes color ladrillo del Instituto. Apóstol de la cátedra que nunca recibió estipendio por desempeñarla. Esa voz, delgada pero convincente –que sabía los secretos de la entonces exacta ciencia– en la tribuna se volvía grito, admonición, argumento irrefutable.

En aquel año 1934 en que lo conocimos, animó junto con una pléyade de estudiantes que siempre creyeron en él, una transformación universitaria que tendía principalmente a lograr que la escuela superior fuera al campo, al taller y dejara de ser recinto de privilegios, almacén de ciencia estática y sin proyección externa de contenido social.

Durante las noches de la primera huelga que vivimos con él y que fue para lograr que el gobierno local realizara reformas radicales al Instituto, colocándolo a la altura del tiempo y para alcanzar la autonomía que le otorgaría la oportunidad de modelar sus propios destinos, con sus propias ideas y sus propios hombres, solíamos, al calor de las fogatas encendidas en las azoteas del plantel, en esas veladas para custodiar el recinto evitando que cayera en manos de la policía que pretendía arrebatárnoslo, cantar las dulces canciones de Guty Cárdenas acompañados de evocadora guitarra, entre sorbo y sorbo de café de olla; mientras la noche estrellada de la provincia y el silencio nos rodeaba de solemnidad; inolvidables pausas que mucho tuvieron de gloria, de sacrificio y de ofrenda.

Ladislao S. Badillo fue el líder por excelencia. Sencillo, cordial, organizador magnífico, autodidacta con una buena cultura general animada por un declarado tinte de izquierdista; pero no de la izquierda oportunista y pujante de demagogia, sino con impulso de propiciar en el pueblo la superación en todos los órdenes, para alcanzar la justicia social, con ímpetu sincero.

Y lo demostró con hechos. Badillo organiza a los estudiantes para el reclamo de la autonomía de su plantel, tanto más necesaria cuanto los desmanes de un gobierno autócrata se hacían cada día más intolerables. Convince a grupos selectos de la Escuela Normal, les hace saber las aspiraciones a que tienen derecho y los incorpora al movimiento. Después habla con los maestros que por aquel entonces apenas intuían sus derechos y no tenían organización sindical de hecho, los convence y los suma también a la causa, poniendo las bases de su futura organización sindical.

Amigo de los obreros recibe de ellos también el apoyo y la simpatía y con esas poderosas fuerzas, por primera vez en la historia del Estado de México, con un solo frente, da batalla al poder público que no quiere reconocer la necesidad de una transformación social, educativa y política.

Acechado constantemente por las policías del gobierno, no se arredra. Organiza mítines en las calles, visita las escuelas y orienta mientras da ánimo. Constantemente acuerda con su grupo dirigente discutiendo la estrategia y la táctica a seguir, sin falsas posturas de sabelotodo, escuchando pacientemente todas las opiniones.

Tan fuerte y justo es el movimiento que todos los sectores del pueblo de Toluca, espiritualmente, lo hacen suyo. Dan ayuda a las muchachas de la Normal para que puedan elaborar los alimentos de las internas y de los que permanentemente hacíamos guardia en el Instituto, custodiándolo. Recibe la visita y el apoyo de los organismos nacionales y sus líderes conferencian con él, fortaleciendo las filas y trabajando en la Ciudad de México para que todo el país sepa de la justicia de las demandas.

Después de sesenta días o noventa, quién sabe, ante la firmeza de nuestra posición, el gobierno acepta pláticas en donde participan también los incipientes dirigentes magisteriales que ha creado el mismo movimiento.

Lo fundamental se logra y un día obreros, maestros, campesinos y el pueblo de Toluca, asisten al mitin de la victoria enfrente del Viejo Caserón. Día de júbilo, de alegría sin límites, de optimistas augurios y candentes discursos. No obstante, la traición acecha.

24 de mayo de 1936, allá en el pueblo de Jiquipilco hay una nube de tragedia. Badillo va llegando a la población, le corta el

paso un charro de ópera bufa, que quién sabe qué altos hilos mueven, pero que también, buen esbirro, tiene sus propios odios con quien no ha hecho más que servir al pueblo.

90 | Uribe Ruiz, compañero y amigo del líder, con magistral palabra narra mejor el momento culminante de esa vida toda pasión, entrega y bondad, que el 14 de febrero de 1909 viera la primera luz, y que aquel día sería sacrificada:

"Y en su hora cumplida, Ladislao S. Badillo se enfrenta al mito: la historia cumple sus más caros designios por los más extraviados caminos. Fatalista. Temerario. En actitud gallarda y simbólica, puesto que se encuentra de pie y debe mirar hacia arriba. Mas no, no es diálogo. Es, no podría ser otra cosa, un ataque a mansalva. No nos riamos de ese jocosos símbolo patrio, que dispara a su placer contra un hombre inerme, yerra lamentablemente y para salir del ridículo se ve forzado a echarse encima. Sólo entonces, atropellado por bestia y jinete. Ladislao S. Badillo recibe a quemarropa y a pie firme el impacto brutal, que al seccionarle la médula le hace por fin desplomarse como un trágico muñeco".

Desde ese momento empezó a extinguirse la vida de aquel gran líder que no ha tenido paralelo. Cinco días duró su agonía y el 29 de mayo de ese funesto 36, después de haber sufrido el tormento de largas horas de plena conciencia, casi crucificado, después del horrendo delirio de la fiebre, Ladislao el grande, el amigo, el dirigente, el hombre en toda la magnitud de la palabra, murió.

Ha de pesar siempre sobre la conciencia de los que tenían en sus manos la justicia en aquel tiempo, su sordera sospechosa ya que nada hicieron. El baldón más grande cayó en la conciencia oficial, caracterizándola en la historia. El crimen –no obstante ser patente el autor del delito, conocido por todos– quedó impune, ensombreciendo el recinto de la justicia provinciana.

Un periódico que se publicaba entonces en Toluca, el 4 de junio describe así el duelo general que embargaba a la población por la muerte de su malgrado guía:

"Hasta el día siguiente (después del 29) a las cuatro de la tarde, su cadáver estuvo expuesto en el Salón de Actos del Instituto, donde a la hora indicada tuvo principio una ceremonia fúnebre en la que tomaron la palabra representantes del sector estudiantil, del bloque de maestros, del cuerpo docente del plantel citado. Después, precedido por el estandarte de la Cámara de Trabajo, y bajo un sol que chorreaba plomo, el cortejo fúnebre se arrastró penosamente rumbo al Panteón General, seguían los restos del desaparecido, llevados en hombros por sus compañeros y parientes. Abatidos por la tragedia, los maestros, los obreros, los estudiantes, integraban el séquito silencioso, entre profusión de coronas y estandartes, el del Instituto y el de algunas organizaciones sindicales... "

|91

Nunca vimos un sepelio más concurrido y más solemne. Varios kilómetros iba recorriendo lentamente el cortejo como demostración patente de que la obra de Ladislao S. Badillo había sido comprendida y aquilatada por el pueblo todo, que con esa actitud le dio su más alta validez a la lucha por la autonomía universitaria.

En nuestra memoria y en la de todos los que vivimos aquella etapa de la vida, queda nítida la limpia figura del líder y nos punzará siempre la impunidad del crimen.

De vez en cuando, con profunda tristeza, acude a nuestra mente el canto querido de Futy que, Ladislao, ajeno a la tragedia que le esperaba, conmovido y nostálgico, cantaba con nosotros en las noches de huelga, mientras su voz doliente se perdía en el ámbito claro de la amada ciudad...

Di cabecita loca qué estás haciendo?,
sacude esa melena que me enamora;
no provoques mis celos con esa sorna,
di, cabecita loca, qué estás haciendo?

JOSUÉ MIRLO
El poeta del campo

Esta es la historia de un poeta, por tanto, es una historia triste. ¿Acaso ha habido poetas felices?, quizá en las fábulas. No ha sido feliz porque la felicidad debe ser hija natural de la justicia social y de la armonía humana, y en el momento en que vivimos estas son dos cosas raras, aunque de inapreciable valor.

Ese poeta, empedernido contemplador de paisajes; bonachón, ágil de pensamiento, sincero y franco; estrepitoso, callado, soñoliento, paternal, pasó muchas veces cerca de vosotros; su vestido negro se tocó con vuestros trajes. Otros le habéis estrechado la mano y puedo aseguraros que siempre fue con alegría, y también empuñando la copa rebosante, como un iluminado, retar a la mojjigatería, brindando por las musas y por los dioses del Olimpo. Sí, lo conocéis, usaba anteojos, quizá por tener los ojos muy pequeños, inquietos y maliciosos. Solemne en el andar como un cura de aldea; pero ¿cómo se transfigura cuando la voz pausada brota para decir sus versos!, entonces el rostro se ilumina, y en medio del silencio que sucede al poema, brota como cascada la risa amplia, sonora, pastosa y ágil del campesino franco. Sí, él es eso exactamente, un campesino, un campesino-poeta; lo conocisteis, se llama Josué Mirlo.

EL PRIMER POEMA

Sobre la vieja cordillera del tiempo, el siglo xx asoma su ropaje triunfal, niño aún, con los ojos de asombro, contempla con largas

miradas los seres y las cosas que por magia de su inmenso poder habrán de transformarse tanto que las edades anteriores no serán sino rudimentarios antecedentes de la culminación brillante: la era atómica.

96 | En el apuntar del siglo, el año de 1901, en una noche mecida con la armonía salvaje de los murmullos de la sierra, nace el 10 de julio, Genaro Robles Barrera, Josué Mirlo, en un poblado cerca de Toluca que el poeta ha descrito así: "Capulhuac, descansa "marrulleramente" sobre una loma que vigila con celo el cerro de Santa María Coaxusco; tiene dos ríos que pasan por sus goteras: al norte el río San Juan y al sur el de Jalatlaco".

Josué, después de su infancia en aquel "pueblo triste y huraño" de los crepúsculos que achataron sus narices en las vidrieras, llegó a Toluca.

En un valle transparente como vestido de quinceañera, al pie de una serie de elevaciones que desde el noreste empujan sus moles hasta levante, en caravana de proboscídeos de mayor a menor, extiende su aburrimiento la ciudad provinciana, celosa de tradiciones: Toluca.

El sureste atrevido ha incorporado casi a la vida citadina un cerrillo de leyenda, El Calvario, cuya cruz de piedra –según los decires– hace mucho tiempo fue destruida por un rayo, como castigo a los pecados de los colegas que se iban de "pinta" en el nebuloso despertar de la adolescencia.

Josué llegó en 1917 y tiene 16 años. Asiste a la escuela primaria. Su primer poema se publica en el periódico *Amado Nervo*, a raíz de la muerte del gran bardo nayarita, ocurrida en 1919.

La Alameda toluqueña fue testigo de esta primera salida a los campos de la lírica, que merece describirse con detalle:

Aquel día al salir de la escuela dejó al bullanguero grupo de escolapios. Solo, triste y cabizbajo en una banca del jardín pensó en la muerte del ilustre místico.

Sentíase transformado en una gran antena por donde penetraba la sinfonía de los pájaros y de la naturaleza disponiéndose al sueño... Sin saber cómo, extrajo de sus bolsillos un pedazo de lápiz, lo apoyó en el cuaderno, vieja torre de babel cultural. Surgió la idea y se fijó en el cerebro con ruda firmeza. El corazón palpité aceleradamente. El alma quedó suspendida en tremendo vaivén de amarga dicha. Le ardían las sienes.

Un hondo suspiro brotó de los labios secos y los ojos fijos se abrigaron con extraño fulgor. La mano siguió un impulso y el impulso se hizo verso aguijoneado por la enorme desazón del alma:

Murió el poeta de los versos de oro
Poeta que cantaba enternecido,
Poeta que cantaba entristecido,
bajo las blandas alas del amor...

EL TORBELLINO DE LA GRAN CIUDAD

1920. Josué estudia la preparatoria en la Ciudad de México. Vive en el barrio del Carmen en medio del bullicio de cervecerías siempre insomnes, de puestos de comestibles baratos, temible refugio de toda clase de seres, marco autóctono de bohemios y de idealistas. Como aquel sublime músico Silvestre Revueltas, amigo de las cafeteras y mentor de los aprendices de genios.

Se celebran los Juegos Florales de 1923 convocados por el Consejo Cultural de la Ciudad con motivo de la primavera.

Don Federico Gamboa, el gran escritor, preside el jurado. Josué estudia literatura con el maestro de la dulzura, de la infinita bondad, el cervantista don Erasmo Castellanos Quinto. A sugestión de una novia envía un poema y pone la dirección de la escuela. Allí llega la comunicación del triunfo, entre la alegría de sus compañeros y la mirada compasiva del maestro Castellanos. Lo llama "Canto a la primavera" y pone como subtítulo "Andante nocturno".

A los 22 años, en plena juventud, Josué embriagado por la naturaleza de la metrópoli, en un jardín solitario, produce el primer poema laureado que le hizo alcanzar la Flor Natural y 500 pesos en efectivo, compitiendo con los más claros talentos poéticos de aquel tiempo. Fino, elegante, manejando con rara soltura y propiedad el lenguaje y la metáfora moderna:

A mis praderas límpidas –cuando en las noches claras
se oye el balar de plata de los blancos luceros,
llega una virgen loca; en sus pupilas raras,
se hace largo el bostezo lila de los senderos...

El viento, que es un potro de vibradoras crines,
a la júbil viajera ofrece su ancho lomo,
mientras el horizonte amarra sus mastines,
que ladran porque vieron una nube de plomo.

Sobre el piafante bruto, la virgen se hace risa
para el álamo calvo que frunce el entrecejo;
en tanto que la noche degüella en la sonrisa
de los surcos escuetos, mi cantar blanco y viejo.

Después... la misionera deja un beso en los grises
labios de la campiña, cuyas matas son senos
que ofrecieron la savia de sus nobles raíces,
al Invierno que estuvo sobre cuerpos morenos.

Y aquel beso, fue un pájaro que hizo espigar sus trinos
en el cerebro diáfano de los amaneceres...
y por el dorso púgil de todos los caminos,
pasó un coro de risas, como bellas mujeres.

Esto es lo que conozco de la audaz Primavera.
Díjome así la luna que iba sobre el azul
caracol de la noche, oyendo zalamera,
galanteos del silencio, gran payaso grandull!...

Primavera de 1923

En este primer poema premiado ya apuntan las características esenciales que distinguirán su poesía: audacia en la metáfora, giros de lenguaje arrancados del campo, inspiración fresca.

La pintura de la primavera está llena de imágenes sugerentes. Aunque el poeta ha de irse modificando en sucesivas etapas, su camino será presidido por el mismo estilo.

Algunos articulistas al juzgar la poesía de Josué, han querido encontrar en ella reminiscencias (en el estilo solamente) del poeta uruguayo modernista o lo que se dio en llamar vanguardista, Julio Herrera y Reissig; sin embargo, otros —entre los que nos contamos— opinan que nuestro poeta sólo tiene algún parecido en la forma del manejo de la metáfora, ya que su poesía es de hondas raíces nuestras, folkloristas y respira un hálito notable de originalidad.

LOS AMIGOS

100|

En un clima social en el que apunta en la literatura un afán de constante renovación, la poesía de Josué Mirlo tuvo que ser muy apreciada. Él era también un renovador. Para un poeta joven que encanta con su sencillez y modestia y sabe otorgar admiración a las obras ajenas, no es difícil que se le abran las puertas de los selectos círculos. El vate vive agitadamente a partir de 1923, paseando su título de poeta laureado entre amistades valiosas con quienes funda el Ateneo "José Enrique Rodó", el docto poeta uruguayo que es, en esa época, el guía de la juventud de América a través de su bello libro *Ariel*, en cuyas límpidas páginas conforma un gran mensaje a los jóvenes, exhortándolos a romper los moldes espirituales estrechos para volver a la filosofía de la cultura grecolatina; y en el que los emplaza a abandonar los caminos del utilitarismo. Entonces, quien no conocía las hermosas parábolas de los *Motivos de Proteo* no estaba dentro de la corriente respetable de la juventud, estaba fuera de época. Principalmente el primer libro fue el breviario de cabecera de las nuevas generaciones, ávidas de transformación y del hallazgo de nuevas rutas.

Brillante trayectoria de aquel Ateneo en cuyas sesiones Josué charlaba y estrechaba amistad con destacados poetas, oradores, conferencistas, líderes, pintores, etc., entre los que contamos a Alejandro Gómez Arias, Ángel Salas; a futuros periodistas de fama como Gregorio Ortega; a políticos de ciernes como el ex presidente Miguel Alemán y don Gabriel Ramos Millán, Ángel Carbajal, José Muñoz Cota y Salvador Azuela.

Josué comparte su amistad también con César Garizurieta, escritor y humorista de altos vuelos y sublime suicida; con

Lamberto Alarcón, escritor y poeta, y con dos grandes bohemios y poetas, Martín Paz y Emilio Cisneros Canto.

La agitada vida social que lleva no le impide la dedicación a sus estudios. En 1925 obtiene el título de bachiller en Ciencias Biológicas y seguidamente ingresa a la Escuela Nacional de Medicina; poco después es nombrado practicante adjunto en el Hospital Morelos y viste ya la bata blanca del médico y ayuda a realizar operaciones.

Adquiere y cultiva amistades situadas en su nueva actividad, los doctores Alfonso Ortiz Tirado, a quien lo liga profundamente su afición al canto y a la música; Rosendo Amor, Samuel Villalobos, Clemente Robles, Manuel B. Trens...

Son deliciosas las veladas literario musicales de los estetas después de sus normales actividades de nosocomio. En ellas se escuchan la voz preciosa y varonil del Dr. Ortiz Tirado y los poemas evocadores de la tierra nativa de Josué Mirlo.

Una mujer, símbolo de la orientadora servicial y bondadosa, Soledad Ortiz, lleva al poeta con pretensiones de galeno por los caminos de la medicina en el hospital. Josué es llamado ya doctor por un grupo de enfermos a quienes atiende y no con poco éxito.

Coetáneamente pertenece a un grupo literario famoso, "El Pentágono", otro estímulo para su actividad; en ese cenáculo hace amistad con el literato y después político Héctor Pérez Martínez y con el compositor de Guerrero por excelencia, Agustín Ramírez. Incansable, ávido de aprender, asiste también a las líricas sesiones del llamado "Café de Nadie" y pertenece a la Liga de Escritores Revolucionarios, jóvenes audaces que pretenden cambiar el estado social del pueblo, dándole mejor pan, educación y categoría; allí conoce a Hernán Laborde y se liga a los que entonces eran los dioses mayores del movimiento llamado estridentismo que

fundara Manuel Maples Arce, circunstancias que le valieron asistir como delegado al Congreso Interamericano de Estudiantes celebrado en Guatemala.

102 | Al perder a su padre, todavía un niño, tiene su primer contacto con la muerte. El conocimiento de la orfandad parcial se hace completo cuando la pálida enlutada visita el mundo de su más caro afecto, por segunda vez. Ante la desazón del profundo dolor, en 1927, el pasante de médico tiene que trasladarse otra vez a su pueblo "triste y huraño", "tirado en el jergón de la pradera" Capulhuac. Su madre ha muerto.

Josué olvida la capital por un tiempo. Entretanto algunos de los amigos de la metrópoli hacen correr versión de que el poeta ha sido asesinado.

Salón de Mél, uno de sus más fieles admiradores, quiere comprobar la veracidad de la especie y hace un viaje al pueblo. Grata sorpresa al encontrar al amigo caminando por una calle polvosa, vestido a la usanza campesina, con guaraches y gabán, camina un hombre. No da crédito a sus ojos. Por fin, consciente de la realidad, abraza cariñoso al amigo como a un resucitado y ambos van a la casa pueblerina a departir largamente.

La pérdida de su madre tiene un fuerte impacto en el ánimo del poeta Mirlo. Lo invade el desaliento y por tal motivo jamás reanudará los estudios de medicina que interrumpe al tercer año de haberlos iniciado.

Al calor del amado recuerdo de su madre muerta, con el agujijón de su impenetrable soledad, sintiendo que el mundo está vacío; que en el futuro se acabaron los motivos de alegría, quizás juzgando inútil el don de la vida —como acontece con las almas sensitivas que muy temprano pierden a su madre— en esa segunda visita de la implacable enlutada, como un sentido homenaje,

con el deseo de perpetuar el recuerdo de la más santa de todas las mujeres, escribiré (ya con estilo bien definido, con lenguaje audaz, impresionante, que no deja de sugerir, allá en el fondo, una tristeza dulce llena de remembranzas) el singular poema "Madre", joya de la literatura de nuestro tiempo:

Ofertorio

| 103

Para ti que dejaste,
que astillara tu vientre
por tenerme en tus brazos...

Rezo lírico

...¡Y yo –gota de sangre– me perfumé en tu seno, como la gota de agua se perfuma en la flor...!

Salmo final

Primero, fui aquel sueño que hizo temblar tus curvas
de virgen en promesa; después (tú bien lo sabes),
me resumí en tu seno, como una primavera.

Y como el árbol joven que se afianza a la tierra
para ser un coloso, yo me afiancé a tu entraña,
con mis raíces ávidas,
y sorbí todo el zumo de tu vientre en sazón.

Desde entonces, mis nervios como antenas de plata,
se enjoyaron de claras resonancias marinas...!

A pesar de todo, el poeta tiene que partir de su tierra nativa, la de sus mayores. La soledad interior lo agujonea considerando inútil la lucha por el ideal. Hay que seguir el destino. Volverá algún día, para que un hada buena, santa matrona de pueblo lo cuide como a un hijo, su hermana; y el poeta, ante la partida a la gran ciudad otra vez sin plan, sin proyecto, casi a los bordes de la hiperestesia, ha de cantar así al terruño que abandona:

Capulhuac, me voy de aquí,
sonoro de paisajes y pinto de luceros...
¡Cuántas quimeras las que van de viaje
como góndolas blancas sobre el mar...!

ANÉCDOTAS DEL POETA

Muchas anécdotas se cuentan de la vida del poeta Josué Mirlo, sin embargo, ninguna lo pinta tan claramente –luchador en la gran urbe en donde el constante superarse tiene que ser la norma diaria para sobrevivir– como la que vamos a relatar.

Josué hizo buena amistad con el pintor Lilh Niha y por razones de paralelismo poético, con la esposa, la poetisa centroamericana Rosa Rodríguez López. Con escasos fondos, los tres tenían que ingeniárselas para cubrir sus más imperiosas necesidades; máxime que ninguno tenía, en el difícil tiempo de la preparatoria, entradas seguras. Los cuadros que pintaba Lilh no eran muy cotizados porque apenas estaba encontrando su camino en el arte; y por lo que refiere a los dos poetas, sus versos no eran materia de venta. El círculo de amigos, no obstante, tenía la alegría de la despreocupación juvenil y las veladas que pasaban eran deliciosas.

Cierta noche, después de la euforia que sigue a la velada poética en un grupo de amigos, se buscaron Lilh y Josué en todas las bolsas de sus trajes y no encontraron siquiera el dinero suficiente para pagar una merienda en café de chinos, en el pintoresco y alborozado barrio de la Casa del Estudiante —una especie de zona libre para los futuros profesionistas de la universidad— en donde abundaban las cantinas modestas, los puestos de antojitos y las cervecerías de a 20 centavos el tarro.

La solución: el pintor y el poeta decidieron hacer un negocio que se les había ocurrido. Caminaron a la cantina más próxima, escogieron a un cliente y mientras el pintor hacía una "cabeza" a grandes trazos de crayón, el poeta improvisaba —frente a una humeante taza de café— un verso dedicado al presunto protector.

Si éste quedaba satisfecho les daba cuatro o cinco pesos. Ante el éxito económico de la primera noche, en la que su trabajo terminó a las cuatro de la mañana, naturalmente sin que nadie pensara en la merienda, algún tiempo, cuando la escasez de dinero era fatal, siguieron ese método...

En las oscuras calles del barrio del Carmen era común ver al pintor y al poeta regresar a la madrugada, eufóricos a sus respectivas casas (Josué a su modesto cuarto de la Casa del Estudiante), no sin recibir, de vez en cuando, las bromas de sus compañeros que ya sabían de la forma en que completaban su economía para vivir.

Otra anécdota que denota el carácter del poeta es la que vamos a narrar y que ha sido muy difundida, aunque como sucede en estos casos, deformada sin malicia.

La presidencia del país era ocupada por un civil en plena madurez y cuyo programa audaz se habría de enfatizar en diversas transformaciones sociales: la industrialización del país como un recurso para transformar la estructura semi feudal; y en lo

educativo, aliento sin precedentes a la educación universitaria. La creación de Ciudad Universitaria, de más de un positivo acierto, fue un alarde de visión futura; y otros planes audaces en los capítulos de irrigación como las grandes presas, las carreteras. Se inicia el despegue de México hacia metas superiores. Ese varón era Miguel Alemán.

106 | Josué Mirlo trabaja en su pueblo natal en el apostolado más honroso, maestro rural, labor que desempeñó durante más de 20 años. Cierta día recibe elegante sobre que contiene una comunicación firmada por el secretario de Relaciones Exteriores. Después del natural estupor, el poeta lee que se le conmina a aceptar un puesto en el Servicio Diplomático.

El modesto maestro rural del humilde poblado El Colero se emociona, pero empieza a reflexionar: dejar el pueblo "triste y huraño tirado en el jergón de la pradera"; olvidar su vocación de maestro; ir a otros mundos, siempre enfundado en estrechos trajes de etiqueta; medir el lenguaje, a cada instante, y las actitudes y la conducta.

No. Eso no es para él, espíritu libre. Se entrevista con su amigo Rogerio de la Selva y saluda al presidente y después declina el honor de pasar a la historia como un Amado Nervo o un Altamirano. El hombre que ama la tierra nativa prefiere seguir cantándole, allí mismo, en la sencillez de la vida rural, actitud que contrasta con tantos falsos poetas que hubieran dado cualquier cosa por recibir tan brillante oportunidad.

No será la última vez que lo llamen. Nada duele más a los políticos que el sentirse desdeñados por alguien que no estima –como ellos– la altura de una posición. Después, el humilde poeta rural será llamado otra vez y a pesar de la insistencia de los funcionarios, compañeros suyos en la universidad, el caballero

de la metáfora, haciendo honor a su categoría de hermano de los dioses, despreciará los honores a que quieren someterlo los hombres. Ante el embarazo de la situación se verá obligado a aceptar que se le publique un libro, para no pasar como orgulloso o malagradecido...

En esta anécdota, más que en ninguna otra, espelnde como piedra preciosa el apego profundo a una vocación y la persistencia en una trayectoria; es una lección de firmeza de convicciones, de carácter y de incólume sentido del ideal.

| 107

LOS LIBROS

En 1928 es director del Instituto de Toluca el licenciado Eduardo Vasconcelos, espíritu fino e inteligente. Conocedor de la preparación de Josué lo nombra catedrático de literatura.

Un grupo de estudiantes selectos lo rodea y lo admira. Estiman su poesía y, al contrario de otros maestros, les agrada porque es sencillo, cordial y de parte con ellos amigablemente después de las clases, inculcándoles el amor al pueblo y la necesidad de una transformación social que rompa los moldes estrechos de la época, orientando la educación hacia fines más humanos, más prácticos; es decir, pregona el acercamiento de la cultura a las masas. El mensaje de *Ariel* parece iluminarlo en sus prédicas frente a una taza de aromático café o en las tertulias de los quietos jardines provincianos, que él se complace en evocar porque fueron el espacio de su primera salida a los campos de la lírica.

La más exacta de las ciencias, todavía entonces, Matemáticas, también le fue asignada para que la impartiera poco después. Un

poeta, espíritu libre por excelencia, sin fronteras de la especulación poética –por razones de vida– se introduce de repente al mundo exacto de las ecuaciones y los logaritmos.

108 | El hombre se adapta, estudia y enseña la materia con éxito. Sus alumnos, no obstante, de vez en vez, ovacionándolo le piden que olvide la abstrusa dimensión de la numerología para recrearse en el aire puro de la poesía, en sublime alarde de libertad para su inspiración cautiva.

Entre los jóvenes que lo alientan están el malogrado líder Ladislao Badillo, José Luis Ezeta, Rodolfo Uribe Ruiz, Guillermo Molina; todos ellos pertenecen a la liga de lucha contra el imperialismo yanqui y esto solo es suficiente para calificarlos. En las tiradas líricas de Josué –incipientes Prometeos–, rompiendo los moldes del clasicismo encuentran la identificación a su rebeldía y a la libertad que pregonan y por la que trabajan.

Tal es el entusiasmo que producen las palabras del maestro, nutrido en teorías sociales avanzadas que, ellos solos, editan su primer libro; un milagro de esfuerzo juvenil y de devoción sincera al artista. *Manicomio de paisajes* se titula y ningún nombre más apropiado dados los trazos de los poemas, casi todos ellos escritos en su tierra natal, Capulhuac; quizá por ello, respiran la frescura del campo que estalla en moldes nuevos, en atrevidas metáforas no concebidas antes por poeta mexicano alguno.

En la imposibilidad de insertar íntegros los más representativos, he aquí algunas cuartetos de ellos:

De "Poema trunco"

La luna socarrona, de codos en la cerca
del corral de la casa, observa que un greñudo

nubarrón, a hurtadillas, bebe agua en la pileta
perezosa que enseña su panza cristalina.

De "Nocturnal"

El silencio transita por las calles del pueblo
enmedio de una blanca polvareda de luna...
de vez en cuando un perro avienta su ladrido
que bota en las paredes.

| 109

De "Aguafuerte"

Embozados de luna, los flacos mimbres velan
el desnudo cadáver de la calzada blanca...
y el río, por más que corre, no evita que los astros
que son buenos acróbatas, se paren en su espalda.

Al estudiarse muy superficialmente la producción literaria de Josué Mirlo, se considera *Manicomio de paisajes* como su primera etapa, que él mismo llama la del paisajista. Es el hombre que contempla embelesado la naturaleza y la describe a través de su temperamento impresionado vivamente por los aspectos cambiantes del mundo externo y que maneja tales impresiones con rara fluidez y elegancia, dándole a la metáfora todo el fuego de la expresión del tema, en cuyo cuerpo admira la brevedad. Los paisajes han surgido como un milagro, son de firme trazo campirano y las imágenes encantan por su novedad. Casi todos los poemas tienen la misma intención de fondo, producir el deleite de la naturaleza en el lector, con la fineza de lo bien construido. Son 29 poemas a cual más de bellos.

La explicación de esta actitud poética la hallamos recordando que el autor, en aquel tiempo, vive en estrecha comunión con la naturaleza, en ella ha encontrado esos medios de expresión tan genuinos y tan fuertes.

110| La segunda época de producción está marcada por la aparición del libro *Cuarteto emocional*. La amistad estrecha que en 1938 cultiva el poeta con Octavio Sentís, secretario particular del gobernador, sirve para que se edite el libro en Toluca. Está constituido por el maravilloso poema "Madre" que poco después mereció los honores del oro, la plata y el bronce, porque su primera cuarteta fue grabada en medallas que se entregaron a niños de primaria triunfadores de un concurso organizado por el que esto escribe, en honor de las santas mujeres. En capítulo anterior se inserta íntegro; los otros tres se llaman "Amada", "El último viaje" y el intitulado "Hijo".

La muerte preocupa profundamente al poeta, lo mismo que en aquella ocasión en que hace su primer verso por el deceso de Amado Nervo; sólo que ahora es más preciso en sus ideas y el apuntar de su filosofía está más claramente delineado. Juzgue el lector por el texto de "El último viaje":

Algún día –no sé cuando– debo emprender el viaje
 por un largo camino que se tiende a mis pies...
 Será el divino tránsito de mi cuerpo y mi espíritu,
 a través de los siglos... por los siglos. Amén.
 Polvo a polvo mi cuerpo se irá desmoronando,
 en el largo camino que se tiende a mis pies;
 cada sol, cada luna, encontrará menguadas mis carnes
 de viajero sin patria y sin Edén;
 y cuando ya no tenga que darle al gran camino,

cuando el último polvo de mi barro se quede
en el vasto silencio de las cosas sin alma;
entonces, comenzará su tránsito mi espíritu altanero!
Lo han de mirar los siglos pasar como una fuerte
claridad de crepúsculo.
Su paso irá sembrando el perfume inviolado
de la Inconmensurable,
que florece en el punto
de la inmovilidad...!

Hemos ya narrado a detalle cómo nace el libro de Josué intitulado *Manicomio de paisajes*. El poeta que no quiso ser diplomático, el hombre enraizado tenazmente al terruño donde encuentra las mejores fuentes de inspiración, quiere conservar esa sencillez del campesino, esa ingenuidad en el ser y en el decir y esa modestia que le ha valido siempre tantos amigos. Pero tiene que aceptar una dádiva del poder, tal vez en contra de sus propias convicciones. Así nace *Resumen*, que es exactamente un libro de mayor volumen, pulcramente impreso, en donde está lo mejor de lo producido hasta entonces y algunos poemas nuevos, ilustrado por el pintor y grabador de fama internacional, Mariano Paredes.

Esto sucedía en 1946, año en el que virtud de las circunstancias, tiene que dejar el servicio del magisterio rural para trasladarse a México a impartir clases de castellano y de literatura en escuelas secundarias. Pero no abandona el terruño, cada viernes terminadas las clases, después de alguna cita fugaz con algunos amigos y no pocos admiradores que lo procuran, vuela a Capulhuac; a vestirse con el traje sencillo del labriego, a visitar a las gentes simples y a vigilar su heredad, en donde el cultivo del maguey y la venta del néctar autóctono completa su economía para vivir.

Pero volvamos al tema de los libros. El cuarto libro es también el símbolo de un esfuerzo limpio de algunos de sus admiradores ex alumnos del Instituto casi todos ellos. Fue editado en 1956 y lleva el sugerente nombre de *Baratijas*. Sus editores fueron José Yurrieta, Alejandro Fajardo y Rodolfo García.

112 | La nueva producción del poeta está incluida a la vez que los mejores poemas de sus otros libros. Esplenden en la obra como diamantes bien tallados, poemas como "El paranoico" y "Así voy por los hombres".

Sigue preocupando al poeta ya con firmeza, la filosofía. Quiere desembarazarse de la metáfora simplemente descriptiva para hacerla concepto hondo y trascendente; desea explicarse la vida y la muerte, razón de ser de sus tempestades internas. Es el periodo filosófico-subjetivo del poeta, que ha encontrado por fin, la forma de expresión más fuerte.

En el retiro obligado de Josué Mirlo en su pueblo natal, impedido para trabajar por la enfermedad de la vista, tiene listos para publicar los libros *Monigotes*, *Ensayos en prosa bárbara* y *Rosamar*.

Sufriendo las molestias de una ceguera parcial ha terminado ya el volumen titulado *Museo de esperpentos* y la novela corta *El reino de la muerte*.

Resumiendo este capítulo queremos decir que con *Manicomio de paisajes*, Josué Mirlo se da a conocer en el estadio de las letras de México con una personalidad bien definida. Sus primeros panegiristas, entre ellos, José Muro Méndez, insinúan que su técnica literaria tiene raíces en lo que se llamó neosimbolismo francés, movimiento que aparece en Francia en 1886 con sus más selectos representantes Mallarmé, Verlaine, Rimbaud, y a nosotros también nos parece que se nutre la poesía de Josué

del neorrealismo cultural moderno contemporáneo, que busca situar la vida en imágenes literarias y reflejarla, pretendiendo manifestar la "perdurable ternura del corazón humano". En ello puede hallarse algún paralelismo con el realismo de Faulkner, con la ingenuidad de Steinbeck o el cine de Rossellini y tal vez hasta con la pintura de Scotti.

Lo cierto es que en esa poesía neosimbolista campea un plasticismo pictórico que no estructura un solo motivo, sino que se derrama en vaguedad emocional.

Nuestro poeta, en contraste, no da su "plasticismo pictórico" en vaguedades emocionales, sino en motivos únicos que le dan un objetivismo sin paralelo en las letras americanas.

Solamente para dar una tónica del éxito que el poeta del campo ha tenido, consignaremos el hecho de que sus libros editados están agotados en las librerías. Para los buenos amantes de la poesía el poseer alguno de ellos significa un orgullo.

En otro aspecto, los libros y la ininterrumpida lucha por la vida del poeta constituyen dos facetas de lo que es el hombre moderno. Tal vez por ello, en Josué tiene cabal verificación aquel profundo concepto de un gran escritor que afirmaba que el arte que no tiene el contrapeso de una poderosa vida práctica, pierde lo mejor de su sentido humano y de su belleza...

EL DOLOR DE VIVIR

Pocos artistas han tenido la dicha de gozar la vida sin contratiempos. El destino parece saber que en el dolor, en la amargura, en el desamparo, en la soledad o en la incomprensión, está la mejor fuente de inspiración. En otros privilegiados seres se

han depositado dones que no son comunes a los demás hombres, y es patente que aquellos que han deseado poseer tales virtudes, ni con la más estricta técnica, ni con el más fino cultivo de la sensibilidad y del talento llegan a lograr el propósito. Es decir, en el arte, como en ninguna otra disciplina, son determinantes las facultades naturales. Lo innato es casi el todo.

114| Para la comprobación del primer acierto sobran los ejemplos. Allí está Beethoven rechazado casi siempre en sus más caros afectos, debatiéndose en la desesperación y el silencio de su incurable sordera, mientras las cascadas interiores de la música lo martirizan, pugnando por manifestarse exteriormente. Solo, hosco, introvertido como un Dios.

En ese mundo también se nos revelan los perfiles de otro ser en el que parece que todos los defectos físicos de la naturaleza se han cebado. Toulouse Lautrec, el genial dibujante y pintor que vive en la concupiscencia y en la disipación, rodeado de un ambiente que se mofa de su cuerpo maltrecho y de la fealdad de su rostro; él sin embargo, logra con su claro talento perpetuarse en la posteridad, sin importarle –a esa gran matrona sabia del verdadero valer– la ausencia de lo bello percedero en aquel infortunado hijo que ha sido repudiado hasta por su padre.

Las disquisiciones anteriores, el dolor y la amargura que nuestro poeta biografiado ha sufrido a lo largo de su existencia, no parecen ser sino el atributo natural a su propia grandeza de vate; la ofrenda a los dioses que lo hicieron su hermano menor, como lo estiman los antiguos griegos.

¡Qué gran error para él querer ser como el común de los mortales! Detener su tránsito en un hogar, formar una familia, contar con un espacio tranquilo en donde meditar, dando un remanso a su agitada vida para ordenarla, y sacar de ella todas las experiencias valiosas que

después le ayudarán a realizar la obra de arte más perfecta, mejor acabada y, tal vez, en esa paz, conformar mejor su mensaje.

El poeta se ha casado y no bien empieza a saborear los deleites de ese género de vivir apetecido, cuando en marzo de 1943 se apaga aquella sonrisa fresca, se esfuma la presencia de quien lo esperaba siempre como su inspiración, su fuerza para proseguir la lucha. Se ausenta para no volver jamás aquella vida que íntegramente se entregó a la suya con la sublime actitud de una predestinada.

| 115

Macrina, la novia, la esposa, la segunda madre, se han transmutado dejando tras de sí un hálito sagrado de lealtad, un perfume inviolado de delicadeza y sumiendo al esposo en la más honda desesperación. Entonces, el hombre da paso al poeta y busca refugio en su arte; así nace doloroso y conformista el poema que quiere perpetuar la memoria de la compañera.

Te hiciste primavera
por perfumar mi angustia desolada...
y solo en mis parajes
se me quebró la ausencia a tu partida,
y en mis recuerdos te quedaste ¡intacta!

Y al glorificar para siempre a la dama entrañable, el poeta se yergue sobre su desolación para decir:

Y ante el tropel de siglos, que en las playas de mi ensueño se asombra,

eres:
la luminosa flor
del Universo

donde se irisa Dios
como un cristal!

116|

Otra esperanza afanosamente acariciada ha quedado trunca. El anhelo de un hombre se mece en el ocaso como un péndulo trágico. Ese anhelo de perpetuarse en otra vida para ser el maestro, el guía en un deseo de perfeccionar los propios defectos en lo más acendrado, el hijo soñado, vuelve a aparecer maltrecho y destrozado rodeado de un silencio lúgubre. ¡Ni siquiera ese consuelo ha quedado! El de adivinar, en los ojos pequeños y vivos de un nuevo ser, el retoño de la amada muerta. Por eso, la soledad y el desamparo que siente el poeta son totales...

No obstante hay que seguir viviendo. El imperativo de ser, una vez hecho materia, movimiento e inteligencia, no permite un paso atrás, es una esfera que rueda por una infinita pendiente hasta el día en que ha de llegar al gran mar y quién sabe si ni allí logre encontrar la calma y la inmovilidad... La vida no es más que un camino largo o corto hacia la muerte.

Dos años y medio de tristeza y de recuerdos, que se alivian un poco en el vértigo de la bohemia en la gran ciudad indiferente, que sólo hace sentir calor en la alegría de las tertulias con los poetas. Pero la nostalgia del terruño lo obliga a ir a él cada semana llevando consigo a sus amigos a quienes brinda en su solariega casa pueblerina todo género de atenciones.

El poeta ha conocido a otra mujer sencilla, admiradora suya desde hace algún tiempo, su nombre le inspira el poema que se ha de convertir en regalo nupcial; ella se llama Carmen y el poema "El gran grito". Tiene los perfiles de la producción de su época definitiva:

Como una onda concéntrica
nacida
en las riberas del tiempo,
me llega este gran grito
que estalla en Universo:
¡CARMEN!
y toda la eternidad
se cimbra
en sus cimientos.

Breve lapso de felicidad que va diluyendo, sin perderlo, el recuerdo de la desgracia. Todo parece ya tan claro y tan fácil que el poeta se va acostumbrando, otra vez, a la transparente, a la sencilla y cotidiana ventura. Sí, realmente los días aciagos se fueron para siempre, máxime cuando Josué recibe el primer homenaje que le brindan los paisanos reconociendo sus méritos. En marzo de 1946 el Ayuntamiento organiza un acto y participan diversos sectores del estado y como colofón colocan una placa alusiva en la puerta del hogar: "En esta casa nació el poeta Josué Mirlo", reza la redacción. He allí un hombre feliz que sonrío a todos porque va a lograr ya uno de sus más caros anhelos, tener un hijo. El 29 de junio de 1946 se convierte en un día de júbilo. En la casa del poeta hay inusitado movimiento y la madre y el padre reciben parabienes. Tres días después el cielo se enturbia, los médicos hablan en voz baja y el retoño amado, que apenas logró hacer oír su llanto en la casa de sus progenitores, se va para siempre.

Desgarrado por el dolor, sin acertar a pensar siquiera el porqué del gran castigo del destino, se aísla de todos. Varios días deambula por su casa como un fantasma y la angustia que le oprime el pecho se transforma en poesía. Escribe entonces uno de

los poemas más sentidos, más impresionantes. "Preguntas", que tiene una dedicatoria que lo dice todo: "Para mi primogénito, Quijote amanecido en el Rocinante de la muerte".

118 |

Al pie de todas
mis ansias
formulo estas preguntas:
—¿Qué será?...
—¿Cómo será?...
Y un hálito imperial
de selva en brama,
cabalga
el rumor
de mis anhelos
que me suben,
desde mis raíces profundas,
como savia...

¿Qué será... que, ¿cómo será?...
Y las respuestas,
¡son los ahorcados péndulos
que rayan
con su bailar isócrono
el silencio!...

Y por segunda vez
pregunto:
—¿Qué será?...
—¿Cómo será?...

Y el hálito imperial
de selva en brama,
truécase
en vaho de sombras
y, mis anhelos,
tállanse
en dromedarios del desierto...
(Rumbo a mis ansias
trotan
la angustia, el temor
y el sobresalto...
y en las livideces
de mi crepúsculo interior,
resalta
la marcha
de mis tres caballeros
Taciturnos).

¿Qué será... que, ¿cómo será?...
Y las respuestas,
¡vuelven a ser la danza
de péndulos ahorcados
en la sombra!...

Y por tercera vez
pregunto:
—¿Qué será?...
—¿Cómo será?...
Y un viento lúgubre
con alas de murciélago

se cierne,
—como pájaro fantasmal—
en la ondulante
caravana
de mis anhelos,
en cuyas gibas,
cuaja
sus campanarios
el poniente...

¿Qué será... que, ¿cómo será?...
Y al par
de respuestas,
salidas
en borbollón
de las mandíbulas
pálidas de la muerte,
granar estos sonidos
en espigas
húmedas de mar:

—¡HIJO!... ¡MI HIJO!...

Pedro Dante Alejandro, la prematura vida que no pudo cumplir el anhelo del padre se convirtió en un símbolo y se hizo eterno en obra literaria imperecedera...

¿Acaso el poeta al bautizar a su hijo con el nombre inmortal del bardo italiano, inconscientemente pensó en las partes de la *Divina Comedia*, el Purgatorio y el Infierno, que él mismo había sufrido ya? ¿O tal vez pensó en que su hijo al crecer podría ser también

un gran poeta, capaz de superarlo, de llegar a las sublimes alturas como Dante o como Virgilio? Todo esto es posible, lo cierto es que el nombre bello en sí, fue lo único que le quedó al padre, del hijo, como una herida indeleble en el pensamiento y en el alma...

Los días pasan con zozobra, largos. Allí está cerca la dulce esposa que lo alienta y lo ama, ahora con una pasión más ardiente, porque los ha unido más el dolor que acaban de sufrir...

| 121

Pronto viene al mundo otro hijo para hacer menos duro el camino. Es una niña, blanca, con inquietos ojos claros. Los padres se sienten felices al oír el balbuceo de las primeras frases de la niña que empieza a andar con esa torpeza tan graciosa. Niña color de trigo, de miel, que anima todo el espacio que recorre y que hace gozar a los progenitores las sencillas pero inolvidables sensaciones de iniciar a un ser en la vida.

El poeta se mira en los claros ojos de su hija y empieza a reconciliarse con su sino, otra vez. Trabaja como maestro y parece haber recuperado la seguridad en sí mismo. De noche pule sus nuevos poemas, de día imparte clases de literatura.

En junio de 1953 vuelve el azar a mostrarse hosco, duro. Aquella ligera enfermedad de la esposa, Carmen, se torna grave, cuando apenas el poeta se está dando cuenta de lo que pasa y ha dispuesto las cosas para atenderla. De repente, rinde el último aliento sin que se pueda hacer nada. Se han cerrado para siempre esos bondadosos ojos y yertas están aquellas manos que tantas caricias prodigaran al poeta en sus momentos de desaliento.

El padre, el poeta, se sume en la más grave desesperación, mientras lleva contra su pecho a su hija de cinco años, cuyos inocentes ojos no aciertan a intuir lo que sucede. Salomé de Jesús Rosamar, la hija que ha perdido a su madre, y el padre sin esposa,

forman el cuadro de ese hogar una vez más deshecho por la tragedia, por el infortunio. En un rincón solloza una mujer buena, fiel, la hermana Herlinda, que una vez más se ha convertido en la madre que fuera antes.

—Papá, ¿por qué murió mi mamá?

122 | Una tarde la niña de cinco años de improviso pregunta a su padre, que mira a través de la ventana los campos de cultivo de su pueblo, Capulhuac.

Y en el poeta se rasga otra vez la herida antigua, sin que pueda responder al momento. Abraza a la hija y la hunde contra su pecho y en el pensamiento herido van aflorando los bellos versos de un nuevo poema:

—¡Papá!... ¿por qué murió mi mamá?

Y la pregunta
vertical,
se hunde hasta el pomo
en mi emoción desierta...
¡sólo al pie de la herida,
una indómita lágrima
me aúlla!

El poema prosigue impresionante para alcanzar una culminación magnífica así:

Para entonces:
¡ha frutecido en trinos
mi desierto,
y la respuesta

a la pregunta
de mi hija,
la sinfonizan
los luceros!...

EL POZO DEL SILENCIO

Embebido en su infortunio, el poeta no ha tenido tiempo de pensar en su salud. Se ha descuidado, como una respuesta a tanta congoja. Alrededor suyo, no obstante, va notando que los sonidos, las voces de sus amigos, los murmullos de la vida, se van haciendo más lejanos. Cierta ocasión tienen que aceptar la evidencia, casi está sordo. Su mundo interior se hace más solitario y, como consecuencia, se torna más introvertido cada día, sin rehuir por razón natural el contacto con la gente.

¡Qué tragedia para un poeta! El oído, órgano esencial para aquilatar la vida que lo rodea, fuente de inspiración, mundo de sugerencias, se le va perdiendo.

Esto no será todo. Al parejo sufre una afección ocular en un ojo solamente. Los recursos económicos con que cuenta le impiden atenderse con oportunidad. Sigue trabajando como maestro en México, procurando disimular sus dolencias u olvidándolas deliberadamente en ocasiones para poder departir con los amigos que lo procuran, y conservar las cátedras de castellano y literatura.

El fin de semana sigue su costumbre inveterada, vuela a Capulhuac, procura descansar y terminar sus poemas iniciados, pero no puede. Su fama ha corrido ya mucho y no cesan los visitantes. Unos van por simple curiosidad turística, otros, por gozar de su amena charla y de la hospitalidad de su casa.

En marzo de 1955 una escuela de Toluca, nacida con grandes sacrificios, animada por las figuras de maestros que más que eso fueron gladiadores de la supervivencia, agrupados en el plantel que lleva el nombre del inmortal del agrarismo y que perpetúa su grito "Tierra y Libertad", le ofrecen un homenaje y colocan en la puerta de la casona pueblerina otra placa de bronce.

124 | Siente menos tristeza cuando, aunque él lo quiera, sus amigos no lo dejan solo. Antes de la fecha anotada, le rindieron homenaje también la secundaria por cooperación establecida en Capulhuac, y en la Ciudad de México el grupo "Cafés Literarios", que repite sus homenajes. Los grupos literarios "Vértice", "Los Carolinos", la escuela Lázaro Cárdenas de Toluca, el cenáculo de discusiones libre "La Tribuna" también lo honran.

Medallas, pergaminos, menciones honoríficas, va acumulando el poeta, pero todos parecen ignorar que lo que más necesita es atención médica y cooperación económica, porque en 1961, mayo, ha perdido la visión de un ojo y tienen que operarlo de cataratas diabéticas.

Aparentemente quedó curado del mal, pero en agosto, después de un gran esfuerzo visual, se le desprende la retina del ojo derecho y a pesar de la operación realizada no pudo recobrar la vista; y lo más grave, el ojo derecho contagió al izquierdo y originó la ceguera total. Así llega a la vida del poeta la etapa más trágica.

Un poeta que tiene que mirar y escuchar para acumular sus emociones, el oído y la vista, sus órganos preciados, carece de ellos casi completamente. Se necesita imaginar por un momento la desesperación que debe haberlo embargado en los primeros tiempos, mientras la adaptación surgió. Tener que valerse de segundas personas para poder caminar, o ir al arreglo de sus asuntos, para un espíritu tan libre como el de Josué, es verdaderamente un suplicio que no tiene nombre.

En ese pozo sin luz en que ha caído el poeta, condenado a la inmovilidad o al reposo forzoso, nacen casi todos los versos que forman el libro *Museo de esperpentos*. Versos que destilan hiel, coraje, angustia, rebeldía, odio, dolor y ¡qué sé yo!, pero que son obras literarias de valor. Es el arte nacido del infortunio, como en los grandes espíritus de la humanidad. Es el canto con perfume de lágrimas y viento de tempestades interiores. Es la vida, la vida incompleta que grita, en un hombre que desearía volar.

| 125

Tiene que reeducarse. Josué tiene que aprender una nueva manera de ser y lo logra. ¿Que cómo escribe? Dicta a diversas personas el fruto de su inspiración, su sobrino hoy, mañana su hija, pero hay momentos en que la inspiración surge avasalladora, como un torrente y nadie está con él; entonces, tiene que fijar rudamente en el cerebro la producción para que no se olvide y esperar que alguien, más tarde, esté cerca para poder dictarla. Pero el caso es que mucho tiempo está solo y esos momentos son angustiosos; al decir del escritor José Muñoz Cota: "...pasa la mayoría del tiempo en una especie de sala –apenas entrando a la casa– pieza que no acaba de ser amueblada, pero que ya ostenta la vigilancia de un radio que se ha convertido en el cómplice de la sordera creciente de Josué".

La misma pluma hace una descripción muy afortunada de cómo vivió el poeta en sus últimos años.

"Hay algo en él contradictoriamente conmovedor, dramático, trágico: es hombre de baja estatura, ya entrado en años, pero erguido; cara redonda, mestizo, rasurado, con expresión asaz bonachona entre tranquila y sarcástica". Y más adelante, con infinita amargura, prosigue:

"Josué está ciego. La ciencia lucha todavía por salvarle un ojo siquiera, pero pasan los años y no ve nada. La sombra lo tiene

preso; a él, que ama la libertad, le ha puesto grilletes, a él que es retozón como un macho cabrío".

En esa obscuridad de hierro, muda, nacen poemas como éste, al que llama "Himno".

126|

Era la sombra
de espesa piel
viscosa y húmeda
que me lamía los ojos
acariciando mi ceguera.

Ni un coágulo de luz
como velero,
por mis oscuras
pupilas navegaba.

Y más adelante en una explosión de coraje; este grito que estremece:

¡Sólo la sombra
acuartelada!...

Una muestra de lo que pasa en su interior es este otro párrafo:

Mi sangre enloquecida
por la tormenta
desatada
en turbiones furiosos
corría desbocada
hasta mis ojos
para irrigarles vida!...

En otro poema, que dedica a un poeta desesperado prematuramente, a quien estimaba con unción, intitulado "En mi silencio", se siente más trágicamente el peso de su desgracia:

Heme aquí en mi silencio
curvado bajo el peso
de mi desgracia
que me hace
en el áspero
camino de la vida
¡una interrogación!
Nada veo que no sea
mi propio dolor
como horizonte.

| 127

Josué en su lóbrega soledad no ha dejado de pensar en la muerte, al igual que en aquel poema intitulado "El último viaje"; sólo que ahora es más preciso en los conceptos y más pesimista en "La cita", que dedica "A la muerte, mi última novia bien amada".

Crepusculaba el sol
la senda pálida
donde un inquieto
ciprés,
lanzaba su trino!...
Tú venías de la noche
repicando blancura
¡como un albor sonámbulo!...
Yo fui hasta ti
con mi ansiedad crecida:

—Me esperabas!... (dijiste)
 —¡Sí!... ¡mi bien amada!...
 y ávidos de ternura
 y sin reproches fuimos:
 dos gorgoritos
 de la tarde lila
 mientras crepusculaba
 el sol
 la senda pálida
 donde un inquieto
 ciprés
 ¡lanzaba su trino!...

De repente el poeta se enfurece. Ya no puede resistir el peso de su congoja, de su soledad y tal vez, de su hastío. Entonces, surge el poema vigoroso, iracundo, blasfemo, pero envuelto en la infinita belleza del drama:

Todos los turbulentos mares
 que rugen enjaulados
 en mis células,
 todos los encrespados ríos de sangre,
 todas las erizadas antenas de mis nervios,
 todas las tupidas selvas de mis músculos,
 y hasta las cordilleras
 impávidas
 de mi osamenta de odio,
 rompen sus espumarajos de rabia
 sobre el vientre aplastado de mis labios
 que se abren en palabras:

¡Vida, estúpida vida, te arrojamus al rostro,
como un escupitajo,
nuestro insulto!...

Después, en el paroxismo de la desesperación, el poeta llama a la vida "perversa y cruel" y dice que "a pesar de sus afeites", "trasciendes a letrina y a sudor de loba siempre en brama"; para que enseguida narre desde el nacimiento de la vida en un óvulo, hasta el ideal de la formación de "el primer hombre psíquico de una nueva y radiante humanidad ya con el pensamiento liberado ¡feliz de arder sin apagarse nunca!..."

| 129

Josué tiene la idea fija de la sombra, de la obscuridad, después de haber conocido la luz, pero no ha aprendido a soportarla. ¿Quién podría? Cuando pretende pararse para alcanzar algo y da traspiés, le sube hasta la cara la sensación quemante de su impotencia; más de una vez deben haber llorado sus ojos muertos al recordar sus tiempos de luz, cuando dueño de sus actos, a voluntad, se perdía en las callejuelas del pueblo y gozaba toda la luz que tienen los amaneceres y aquilataba toda la belleza de la tarde "con sus rebozos lilas". Vestido humildemente, como campesino de su tierra, mirando a las buenas gentes que pasaban y le saludaban con esa dulzura y parsimonia que tienen los indios para saludar. Más de una vez debe haberse acercado a la ventana de su prisión para pretender, con ansia infinita, columbrar algo de luz en sus cuencas, beber con sed insaciable algún resplandor que por milagro se filtrara a través de sus ojos enterrados y ¡qué decepción! Nada. Siempre la negrura, siempre la obscuridad; entonces canta a la sombra.

Sombra fatal
que me persigues

con inútil arrullo
al fin mujer;
te hiera que sea esquivo
a tu empeño tenaz
de hacerme tuyo.

130| Y en otro párrafo impresionante:

Negra frenética
que viene
hasta el obscuro lecho
en que me tienes,
a que yo te provoque
–al paroxismo–
tus estertores lúbricos
de histérica.

Cuando piensa más cabalmente en su trágico destino, dice así en "La cumbre":

¡Cómo atormenta deambular sin rumbo!...

Pero el poeta no se da, sigue luchando contra su ánimo que amenaza con destruirlo y al final del poema se yergue desafiante otra vez, grita con desesperación:

Estoy sobre el crestón
de pórvido
de la más alta cumbre
donde un espléndido

amanecer
me orea impasible
¡He vencido al dolor!

Y en esta última expresión puede sintetizarse la situación del poeta en aquel tiempo: ha vencido al dolor y ha logrado un poco de resignación y de calma. Tal vez tenga ya conformidad.

| 131

Pero se ha perdido la risa para siempre. Esa risa estruendosa y franca que escuchamos, que gozamos tantas veces, se ha esfumado de los labios del poeta, quizás para siempre. En su mundo de silencio, de orfandad de luz, sólo queda una llama cintilante de fe. El gran trágico espera.

De la urbe parte una última alegría que lo agota y lo anima. Un amigo y viejo compañero, don David Romero Castañeda, quiere homenajear al poeta ciego y lo logra con la publicación a sus expensas, de sus obras completas, primer tomo.

Es un libro precioso, de singular presentación con el mensaje del cariño imperecedero del hombre de bonhomía reconocida, don David, que anota al principio esta dedicatoria: "La presente edición es un homenaje que rinde David Romero Castañeda a su condiscípulo, amigo y paisano Josué Mirlo..."

Un día visitamos al poeta. Está sentado a la vera del "fresno tartamudo", rodeado de entrañables amigos que le hacen decir sus versos. Allá entre los nubarrones de su silencio férreo escucha nuestra voz. El afecto se desborda turbulento en aquel hombre condenado al limbo y al silencio. Su pecho se junta al nuevo y nos conmovemos hasta el llanto. Después, sin queja alguna, sin coraje, con un dejo de patriarca o de santo, vuelve a sentarse en su silla. Lo miramos y él siente que lo miramos y, como respuesta, con voz clara y firme dice:

Heme aquí en mi silencio
curvado bajo el peso
de mi desgracia
que me hace
en el áspero
camino de la vida
¡una interrogación!

132 |

Mientras tanto, "El silencio transita por las calles del pueblo en medio de una blanca polvareda de luna" y "...en la cercana fuente se desnuda la noche campesina..."

P. D. Josué Mirlo no morirá nunca. Tiene la vida eterna de los poetas; sin embargo, su corazón dejó de latir el 27 de diciembre de 1968.

MAXIMILIANO RUIZ CASTAÑEDA
Premio Nacional de Ciencias

El nombre del francés Luis Pasteur figura en la historia de la humanidad como uno de sus más caros benefactores. Ejemplo singular de entrega a las más altas causas, paradigma de perseverancia, amor al estudio y penetración científica.

Si sólo hubiera llegado –después de concienzudos trabajos– a la afirmación de que la generación espontánea es imposible y que todo ser procede de otro, de todas suertes, su consagración hubiera estado asegurada; y a pesar de ello, el número de sus detractores, hombres anquilosados en la ciencia tradicionalista, no hubiera sido menor.

Pasteur, de origen humilde, que logra superar esa condición a base de una lucha tenaz, de una laboriosidad a toda prueba, para llegar al más alto foro de su tiempo, doctor en Ciencias de la Academia Francesa, ostentando sin falsa modestia un cúmulo de descubrimientos, todos ellos en beneficio del género humano, es el ejemplo esplendente de la utilidad de una vida entregada íntegra a una tarea maravillosamente limpia y carente en absoluto de egoísmos. Arquetipo del hombre de ciencia apasionado de una obra que culmina, descubriendo las vacunas contra enfermedades antes incurables, contra el ántrax, la difteria, la rabia, etcétera.

Largo sería hablar de este hombre excepcional, todo pasión y entrega a la humanidad pero, por ahora, nos limitamos a esta incompleta aunque sincera panorámica de su vida.

En la medida de nuestro medio, con nuestras limitaciones, que son muchas, el Estado de México puede blasonar de tener también hombres de ciencia muy valiosos. Uno de ellos es el Dr. Maximiliano Ruiz Castañeda. En él se continúa la tradición cultural del Instituto de Toluca, como un hombre que ha puesto la ciencia al servicio de la colectividad.

136 | Nació en el pintoresco municipio de Acambay, Estado de México, pueblo agrícola por excelencia, el 5 de diciembre de 1898.

A edad adolescente ingresa al Instituto Científico y Literario de Toluca, donde realiza brillantemente sus estudios preparatorios. En el claro ambiente de la provincia quieta y acogedora, aprende la mejor lección de la vida: para llegar a las altas metas se necesitan dos condiciones esenciales, constancia y talento audaz.

Con su título de bachiller en Ciencias Biológicas emprende la marcha a la Ciudad de México y se inscribe en la Facultad de Medicina.

Llegan los días de las más difíciles pruebas. Penetrar en el "testí" hasta quedar agotado. Practicar sin descanso en los hospitales, venciendo aquellos sentimientos comunes en casi todos, al ver el cuerpo humano tal como es y tener que diseccionarlo para ir conquistando la ciencia.

Se recibe de médico. Pasan los años en la práctica de los conocimientos, aliviando el dolor humano. El Dr. Castañeda es estimado por sus pacientes por su firme sentido humanitarista, por su comprensión de los problemas morales que los aquejan.

Hay un momento en la vida de todo hombre en que el destino presenta la oportunidad de superarse y abre el camino para llegar a la meta soñada. El Dr. Ruiz Castañeda conoce al eminente bacteriólogo norteamericano Dr. Hans Finsser y desde entonces se hace el propósito de trabajar incansablemente a su lado para

perfeccionarse en la disciplina que más le atrae. Trabajan y estudian juntos en el laboratorio; un día alcanzan un gran triunfo. Es el 30 de mayo de 1931 y los dos hombres de ciencia logran producir la primera vacuna práctica en contra del tifo.

El Dr. Ruiz Castañeda no ha quedado satisfecho con los resultados y sigue estudiando. Hace nuevos experimentos en el laboratorio. Perfecciona la vacuna, la mejora, y entonces la ciencia médica lo premia poniendo su apellido al nombre de la vacuna: "Vacuna Antitífica Castañeda".

Este galardón del estudio, de la perseverancia y del amor a su profesión, la vacuna, es utilizada con gran éxito en la Segunda Guerra Mundial para ayudar a combatir la terrible enfermedad del tifo.

El Dr. Ruiz Castañeda hace estudios de bacteriología e inmunología en la Universidad de Harvard. Allí es nombrado instructor e investigador del plantel. Sus investigaciones lo llevan al descubrimiento de un nuevo sistema de análisis para determinar la fiebre de malta o brucelosis, que queda incorporado a los textos.

El prestigio del Dr. Ruiz Castañeda es valorado justamente en su patria en el año de 1947, al otorgarle el gobierno el Premio Nacional de Ciencias. El investigador laureado lo sabe en la República Argentina, en donde realiza nuevas investigaciones.

Los hombres de ciencia han dicho de la "Vacuna Ruiz Castañeda" que la técnica descubierta por el doctor Ruiz Castañeda, consistente en cultivar las rectiasis en la región vaginal del escroto del cuyo, hizo posible que por primera vez en el mundo se lograra preparar una vacuna contra el tifo exantemático, en condiciones higiénicas óptimas; ya que la única técnica empleada con anterioridad, la del Dr. Weigl en Alemania, basada en el empleo

del parásito agente transmisor, presentaba pocas seguridades de higiene.

La técnica del Dr. Ruiz Castañeda fue adoptada en sus campañas profilácticas en contra del tifo exantemático por todos los países del mundo.

ADOLFO LÓPEZ MATEOS
De la universidad al poder

Un pueblo humilde de ascendencia indígena, tal vez fundado por los aztecas. Al pie de los cerros de Atlaco, Grande y La Condesa reverberan los campos, el caserío se sume en un letargo perfumado de olores a manzano, a durazno, a peral, mientras en la migaja de la tierra fértil, la mata del maíz, la agresividad del maguey, dan al paisaje de clima templado un íntimo aspecto de estampa mexicana: es Atizapán de Zaragoza, "lugar de agua zarca" o "río de Tiza", como se interpreta en la nativa lengua.

Erigido en municipio el 3 de septiembre de 1874, guarda la serena belleza y mansedumbre que tienen muchos pueblos de la Mesa Central, con sus estrechas y sinuosas calles, sus casas características de adobe que, contraposición con algunas granjas modernas, dan la impresión de una época que se fuga y de otra que va apuntando, para forzar el afán de progreso de esa gente sencilla, hospitalaria y laboriosa.

El patrono del pueblo, San Francisco, extiende su jerarquía a las rancherías de San Mateo, Tecoloapan, Calcuaya y Madin; que en otras épocas se hermanaban en el júbilo de rumbosas fiestas religiosas y patrióticas, como la del 5 de mayo.

Atizapan está rodeado por los municipios de Naucalpan, Iturbide, Jilotepec, Tultitlán, Nicolás Romero y por el distrito de Tlalnepantla del Estado de México.

La cabecera y sus poblados deben llegar a los 30 mil habitantes, ocupados preferentemente en tareas agrícolas; pero sobre todo a la explotación del maguey de pulque, cuyos hijuelos son proporcionados para propagación en el estado, y que son seriamente estimados por su calidad.

142 | Un jardín diminuto en el centro de Atizapán. Un kiosco derruido y triste. Árboles añosos de gruesos troncos que proyectan agradable penumbra y, enfrente, la Presidencia Municipal y la escuela que son, juntos en el destino, el símbolo de la cultura y el gobierno. Al costado norte de la mustia plaza, una casa humilde, semidestruida, que los vecinos ven con respeto al pasar. Dicen que allí se albergó el general Ignacio Zaragoza antes de la gloriosa batalla que lo hizo famoso, circunstancia que da su apellido al lugar.

En una calle, antes camino polvoso de comerciantes y arrieros, vía de comunicación central del poblado, ahora cómoda y asfaltada carretera gracias a la influencia del turismo y que al entrar al pueblo se llama Hidalgo en honor del cura de Dolores, hay una casa soleada y limpia. En la fachada cuelga la alegría de una bugambilia que pone marco a la reja antigua. Es el número siete, dentro, un corredor soleado. Un naranjo que fructifica y, en su torno, habitaciones.

En este sitio nació el día 26 de mayo de 1910, Adolfo López Mateos.

LA PATRIA Y EL NIÑO

El clima en que abre los ojos al mundo Adolfo López Mateos no puede ser más característico y sugerente, 1910.

Todo un pueblo está despertando de su letargo de décadas para reclamar justicia. El iluminado de Parras Coahuila, Francisco I. Madero, al conjuro de su libro rebelde y viril *La sucesión presidencial*, organiza a los ciudadanos de México para arrebatarse el poder a un antiguo soldado que ha olvidado su origen y que ha creado una casta privilegiada mientras el pueblo se sume en la ignorancia y la miseria. A un soldado, Porfirio Díaz, que habló como estadista una sola vez, antes de caer, el 17 de febrero de 1908, al sostener una entrevista con el periodista norteamericano Creelman y decirle: "He esperado con paciencia el día en que el pueblo mexicano estuviera preparado para seleccionar y cambiar su gobierno en cada elección".

| 143

"Creo que ese día ha llegado..." Y reforzar sus palabras con éstas: "Cualquiera que sea el sentir o la opinión de mis amigos y partidarios, estoy dispuesto a retirarme cuando termine mi periodo actual, y no volveré a aceptar mi reelección. Tendrá entonces ochenta años".

Era el mismo hombre que había dicho: "Yo veré con gusto un partido de oposición en la República Mexicana. Si se forma lo veré como una bendición no como un mal", y a pesar de esos conceptos que tanta dignidad y altura entrañan, en 1910, hace toda clase de maniobras para retener el poder, queriendo convertirlo en un patriarcado.

Ese gobernante es el mismo que el día 26 de mayo de 1910, día en que nace Adolfo López Mateos, recibe un llamado de Madero, en plena campaña política para presidente de la República, quien le pide garantías para sus partidarios, ya que son hostilizados y encarcelados, recordándole que debe cumplir la promesa que le hizo personalmente, apenas el 16 de abril anterior.

Inútil será después que el Caudillo trate de distraer al pueblo con las fastuosas fiestas del Centenario, que más que regocijos nacionales por el advenimiento de la patria, son otra ocasión para que el pueblo sienta más hondamente la tremenda desigualdad que reina. Inútil será también que don Porfirio haga inauguraciones como la de los edificios de la Escuela Normal, de la Universidad Nacional, del Hemiciclo a Juárez. El pueblo toma alientos para lanzarse definitivamente a la conquista del poder, reclamando sus derechos usurpados.

Hay un momento que su gobierno ha construido y que en su obnubilación y terquedad se convierte en un error político al ser inaugurado en esa época la Columna a la Independencia, que a pesar de haber sido erigida con limpia intención por un autócrata, se trueca en el símbolo de la revolución naciente.

López Mateos nace cuando se están fundando los primeros partidos auténticos del pueblo, el Partido Nacional Democrático y el Antireeleccionista, mientras Madero recorre el país en su campaña y sus partidarios activan la fundación de clubes, teniendo como credo "Democracia y Sufragio Efectivo". Los científicos, los intelectuales de chistera, la oligarquía en el poder, halagan los oídos del antiguo Caudillo con falsos elogios y al ofrecerle saraos y banquetes también prepara un nuevo fraude al voto popular.

Muy raro es que habiendo nacido en esta época de profundos cambios sociales, época de transición, en que dos conceptos diferentes de la vida se oponen, Adolfo López Mateos, ya en su madurez, no sea un hombre ni violento, ni desordenado, ni sectarista; sino por el contrario, profundamente respetuoso del derecho ajeno, centrado, atento, cordial, avenidor.

La suerte preside también su origen. López Mateos "nace cuando empieza a derrumbarse una oligarquía secular: el Porfiriato,

con sus tiendas de raya, sus asesinatos de obreros y campesinos; el de la falsa aristocracia con vuelos imperiales todavía, el de los ataques a la libertad de prensa y de palabras; el de los virreyes en los gobiernos de estado".

Es el fin de una autocracia férrea de 34 años, que depositado todo el poder en un anciano de casi 80 años, cuyas glorias de gran soldado del 2 de abril se empañan en su memoria y le gritan en el corazón.

Nace Adolfo López Mateos cuando un pueblo se subleva al grito de libertad y democracia y reclama los más elementales derechos humanos. Esto dará origen a la Revolución mexicana y por ese origen, cabalmente Adolfo López Mateos, ha de ser algún día hijo predilecto de la Revolución.

Pocos días después del 26 de mayo de 1910, Madero era aprehendido y encarcelado el 7 de junio de 1910 en Monterrey, poniendo en suspenso los ideales de la causa. Don Porfirio, entre tanto, habría de estar recibiendo los halagos de su grupo, que después de pisotear los derechos del pueblo, lo ha llevado a la presidencia por séptima vez.

EL FRUTO Y EL ÁRBOL

Adolfo López Mateos nació en el seno de una familia modesta, cuyo mejor patrimonio fueron las virtudes características del hogar mexicano: templanza, amor a la verdad y al orden, claro sentido de la justicia y la honestidad.

Don Mariano Gerardo López y Sánchez, su padre, era oriundo de Tlaltenango, Zacatecas, de donde emigró hacia el centro del país en busca de mejores horizontes. Su madre, una

dama sencilla y noble, doña Elena Mateos de la Vega de López, había nacido en el estado de Guerrero y como todas las mujeres de esas tierras, era laboriosa y callada, dueña de una bondad sin límites. En la genealogía de López Mateos figuran caudillos de la Intervención francesa, don Juan A. Mateos, don José Perfecto Mateos, condecorado por altos méritos por don Benito Juárez y don Francisco Zarco Mateos, patricio de la Reforma, orador, y uno de los más preclaros talentos que redactaron la Constitución de 1857; así como, al decir del escritor Andrés Henestrosa, paladines como don Jesús González Ortega.

De esa pléyade de luchadores, dueños de grandes prendas cívicas, defensores de su patria, intelectuales y políticos, deben provenir algunas de las cualidades del futuro estadista.

Adolfo es el último de sus cinco hermanos. A través del tiempo morirán sus padres. Él se vinculará más a su hermana Esperanza, dama de gran cultura, inteligente, laboriosa, que fue secretaria del gran escritor Bruno Traven, porque en ella encontrara esa sensibilidad especial que caracteriza a los espíritus selectos y porque las aficiones de ambos irán parejas; aunque sin dejar de tratar con cariño fraternal a sus dos hermanos Mariano J. López Mateos y Elena López Mateos.

Desde su nacimiento, Adolfo López Mateos fue señalado por la presencia de lo inesperado. Así sucederá varias veces en su vida. En Atizapán de Zaragoza, cuando nació el nuevo vástago de la familia López Mateos, al cual nombran Adolfo, para conceder una petición de quien será su padrino, Adolfo Orzare, viene al mundo antes de lo esperado, ya que el descanso de la familia se vio interrumpido con la repentina delicadeza de la madre a quien, con sencillez campesina y cariño respetuoso, las familias nativas deben haber felicitado, deseándole para su

hijo, el mejor de los destinos, la mejor estrella para que guiara sus pasos.

En el seno de esa ejemplar familia de clase media, debe haber aprendido Adolfo López Mateos a amar entrañablemente a la patria; a sentir que la tarea diaria mientras más esforzada, más honra al hombre. A templar el carácter, a respetar los derechos de los demás tanto como el derecho propio y a hacer las cosas con mesura y cuidado y en el tiempo en que son requeridas.

UNA JUVENTUD DINÁMICA

Es en la niñez y en la adolescencia cuando se afinan las más recónditas inclinaciones del hombre. Una tónica dominante tuvieron estas dos etapas de la vida de Adolfo López Mateos: fueron trabajosas.

La iniciación de sus estudios primarios la hace merced a una beca concedida por la altruista Fundación Dondé. Esto hace pensar en escasez de recursos económicos, en penurias vencidas por el deseo materno de educar al hijo. El momento ha llegado y el niño lo corresponde con aplicación y buena conducta.

Entre los maestros que guiaron los primeros pasos del buen discípulo Adolfo, siempre recuerdo con especial predilección al maestro Luis Donateur.

El Colegio Francés, enclavado entonces en las calles de Puente de Alvarado, fue el escenario de sus primeros sueños, de sus inquietudes deportivas. Jugando fútbol y enfrentándose con valentía a algunos de sus compañeros usando los guantes de box, terminó rápidamente la educación primaria, obteniendo buenas calificaciones. Fiel en alto grado a la amistad, y gracias a

su amabilidad y simpatía innatas, allí hizo sus primeros amigos, muchos de los cuales lo han acompañado durante toda su carrera.

148 | Los cursos habían terminado, había llegado a su primera meta. Cuéntase que un día errando por las calles de Isabel la Católica, con la curiosidad fresca de quien quiere saber más cada día, oteaba en un depósito de libros. Alguien le habló ofreciéndole trabajo; Adolfo, entre sorprendido y alegre, aceptó la oferta. Fue un valioso contacto íntimo con la palabra escrita, actividad que con singular maestría ha de cultivar toda su vida. En la librería Selfa, en las calles de 5 de mayo, en cuyos altos, tenía su despacho un cambista, el todavía niño ganaba sus primeros pesos a la semana, recortando periódicos y llevando mensajes.

Allá, tras de las montañas irreales que se ven al oeste de la Ciudad de México, está una villa católica y limpia. La ciudad provinciana por excelencia, que mereciera elogios de la marquesa Calderón de la Barca en algún tiempo. Por sus recoletas calles caminaron soñando en un México mejor los combativos paladines de la Reforma como Ignacio Ramírez *El Nigromante* y don Manuel Altamirano: es Toluca de Lerdo, valle sereno de cielo limpio, cuidado celoso y ancestralmente por un volcán, el Xinantécatl, escenario trágico en tiempo de las guerras de Independencia, de la derrota del general Oviedo, cuya sangre bañó las calles del Jardín de los Mártires, su plaza principal, en donde se yergue el Palacio de Gobierno.

A Toluca llega Adolfo López Mateos a iniciar sus estudios preparatorios en el glorioso Instituto Científico y Literario del Estado, atalaya de liberales y de recia tradición juarista.

Entre los espaciosos corredores y los recios pilares, oyendo el canto tardecino de los pájaros en parvadas, encariñados con el lugar, el adolescente pasará estudiando como tantas generaciones

lo han hecho. Él estudiará más porque para costearse sus estudios ha buscado que lo nombren bibliotecario, y tendrá en sus manos y a su arbitrio el tesoro de los estantes, mientras por las ventanas se mira el paisaje agreste de los campos recién sembrados y se siente el silencio del antiguo convento.

Durante la semana permanece en Toluca, donde pronto forma un grupo de amigos con los que charla poco y observa mucho. Llegado el sábado, a buena hora, emprende la marcha a pie, algunas veces por la escasez de recursos, a la Ciudad de México para visitar a su madre, a quien tanto venera y ama. No importa la fatiga del camino de 76 kilómetros. No importan las penalidades, el anhelo es estar en el regazo materno, aun cuando el lunes se tenga que volver a la ciudad de las tardes soñolientas y de los portales espaciosos.

Hay gente que todavía recuerda que en aquel tiempo un grupo de excursionistas de la ESIME visitaron Toluca. Iban hacia Morelia. Conocieron a López Mateos y éste, contagiado del entusiasmo, los acompañó hasta aquella ciudad. El amor a la naturaleza fue creando en el joven institutense el amor al excursionismo, limpio deporte de contemplación de montañas nevadas y de paisajes de maravilla, en donde el espíritu se temple, la solidaridad humana se afina y se enseña uno a conocer y sortear a los enemigos y al peligro.

En plena juventud realiza otra hazaña en compañía de estimados amigos. Organizan una excursión a Guatemala y atraviesan a pie parte del territorio nacional, llegando a su destino donde son objeto de honores. Esto, que al parecer es un detalle inocente, costará al futuro político sufrir la más monstruosa intriga de que se tenga memoria, se le tachará en plena campaña política para la presidencia de ser de origen guatemalteco; y aun cuando

la investigación realizada por los más altos cuerpos oficiales del país lo limpian de sospecha, los enemigos emboscados, aquellos que para su amargura no pudieron figurar nunca en puestos de elección popular, siguieron esgrimiendo, en la sombra, ese argumento para menoscabar su personalidad.

150 | Aquella memorable excursión —que más valiera que no se hubiera realizado— duró 36 días, sorteando innúmeras dificultades, caminando de día y de noche por veredas y montes; sin embargo, este capítulo de su vida nos sirve para saber que ya en aquella época juvenil, Adolfo López Mateos tenía un carácter formado y no se dejaba vencer por los obstáculos.

Esa gran afición al escultismo lo llevará a ascender los picos y volcanes más importantes, desde donde contemplará la patria que tanto ama.

Algunos hechos dibujan con mayor claridad el carácter batallador de López Mateos.

Cierta ocasión cuando ya en Toluca trató al coronel Filiberto Gómez, a la sazón gobernador de la entidad, el mílite, conocedor de hombres, se percató luego de la inteligencia del muchacho y lo hizo su colaborador. Poco después, le dio un puesto de responsabilidad como agente del Ministerio Público en Tlalnepantla.

Se cuenta también que otra vez, después de pronunciar un discurso dando la bienvenida al coronel Carlos Rivapalacio, éste, admirado de la elocuencia del joven, le ofreció llevarlo a la Ciudad de México; ya en el camino surgió amena charla entre el político y el estudiante. Rivapalacio estaba por tomar posesión de la jefatura del Partido Nacional Revolucionario y le ofreció al joven la secretaría particular. La respuesta afirmativa hace que López Mateos se inicie en el azaroso camino de la política. Esto sucedía en el año de 1931, López Mateos tenía apenas 21 años, pero

su vida trabajosa lo había hecho empezar a madurar para llegar después a la Secretaría General del Comité del mismo partido en el Distrito Federal.

Desde entonces, dinámico y emprendedor, da un gran impulso a toda clase de actividades sociales, deportivas y culturales.

Sus actividades políticas le impedían seguir estudios durante el día; a esto se debe que haya ingresado después a la preparatoria nocturna.

Termina su carrera en la Escuela Nacional de Jurisprudencia en la promoción 1930-34. Su tesis se intitula *Delitos en contra de la economía política*.

Durante la campaña vasconcelista se singularizó como líder destacado, que expuso la vida en misiones peligrosas que se le encomendaron.

Sus compañeros de lucha aún recuerdan la ocasión en que al pronunciar un discurso en un concurso de oratoria, subvirtió el acto cambiando el tema señalado, lanzándose luego por los caminos de la política; fue tal su elocuencia que todos los concurrentes lo declaran vencedor, aunque no así el jurado.

APASIONADO AGRARISTA AMIGO DEL CAMPESINO

El espíritu renovador del general Lázaro Cárdenas se puso de manifiesto siendo presidente de la República, cuando después de concienzudos estudios, votó un decreto que sentó las bases de la reestructuración de la industria azucarera en el estado de Morelos, con la reorganización del ingenio de Zacatepec. Adolfo López Mateos, muy joven aún, fue designado para redactar las bases constitutivas de la Sociedad Cooperativa, punto de partida para

que legalmente se establecieran esos organismos de participación estatal, con grandes beneficios para los campesinos.

152 | La tradición familiar salta en la vida de López Mateos. La calidad del trabajo que elaboró hace recordar a su abuelo, el batallador zacatecano Francisco Román, quien en 1861 presentó al Congreso de Zacatecas –en una suprema visión del futuro– una ley agraria en donde como un iluminado, ya habla de "la acumulación de la propiedad rural y la riqueza en pocas manos".

El contacto directo con los problemas agrarios, con los humildes campesinos descendientes de Zapata, hacen que López Mateos estudie y profundice en ellos. A lo largo de su carrera estará atento a los asuntos de los campesinos de su patria. Indagará, consultará, visitará diversas regiones en donde la Reforma agraria tiene éxito, o en donde aún el hombre pegado a la tierra necesita orientación, estímulo, ayuda.

La tradición agrarista y revolucionaria de su abuelo es recogida por López Mateos con pasión y cariño y, en esa misma forma, ha de estimar el esfuerzo y la calidad del campesino mexicano, héroe de la batalla cotidiana por dar a la población del país lo más sagrado de la vida: el pan de cada día. Después redactará, como senador, concienzudo estudio analizando el problema agropecuario y poniendo las bases de una planeación definitiva.

ACTOR EN LA POLÍTICA NACIONAL

Poco antes de graduarse colabora con Enrique González Aparicio en el despacho jurídico del Banco Nacional Obrero de Fomento; gracias a su habilidad en el trato de los problemas obreros es

nombrado interventor en los Talleres Gráficos de la Nación, ostentando igual representación de la Secretaría de Economía.

En el Instituto de Toluca, años después, surgió una crisis que no pudo ser resuelta por ninguno de los directores que fueron nombrados cuando era gobernador Isidro Fabela. Entonces se pensó en Adolfo López Mateos. Éste no sólo inauguró en el plantel un nuevo trato de los problemas culturales estudiantiles y magisteriales, sino que se ganó la simpatía de los diversos sectores de la entidad y de los círculos del gobierno. Duró en el cargo dos años.

Conoce a Miguel Alemán, quien actuó como abogado de la señora Elena Mateos de la Vega Vda. de López, para conseguirle una pensión que le correspondía como nieta del chinaco José Perfecto Mateos.

Adolfo López Mateos toma parte activa en la campaña política de Miguel Alemán para la presidencia de la República, destacando por su brillante oratoria.

Al mismo tiempo se inicia la campaña política para elección de senadores. En el Estado de México juegan dos figuras relevantes, el ex gobernador del estado Isidro Fabela y Gabriel Ramos Millán. El primero, gracias a sus capacidades de gran internacionalista, fue designado para ocupar el puesto de juez de la Corte Internacional de Justicia, en consecuencia declina su postulación.

Los grupos políticos del Estado de México buscan la orientación de Isidro Fabela, quien se pronunció abiertamente por la candidatura de Adolfo López Mateos. La auscultación realizada entre los diversos sectores sociales de la entidad confirma la fuerza política de la candidatura de López Mateos.

Durante el ejercicio de su cargo de senador en el gobierno de Miguel Alemán, se le confieren misiones diplomáticas

importantes como la de ministro plenipotenciario en Costa Rica; va a un congreso a la Argentina; asiste como delegado mexicano a la Conferencia de Cancilleres de Washington y después a la Conferencia Económica y Social que se efectuó en Ginebra.

154 | Es oficial mayor de Gobernación don Adolfo Ruiz Cortines. López Mateos se acerca al funcionario y lo hace su amigo. Fue común ver a los dos personajes transitar por las calles de México visitando librerías y charlando ameneramente.

EL PARTIDO, EL MINISTERIO, LA PRESIDENCIA

Año de 1952, los grupos políticos del país se agitan buscando al sucesor de Miguel Alemán. Se corren versiones equivocadas. Por fin el austero don Adolfo Ruiz Cortines, para entonces ya en el cargo de secretario de Gobernación, lanza su candidatura a la presidencia de la República recibiendo un respaldo clamoroso de todos los órganos de la política nacional. Adolfo López Mateos es llamado para ocupar la Secretaría General del Partido Revolucionario Institucional. Poco tiempo después preside el Comité Coordinador de la Campaña y es representante del partido ante la Comisión Federal Electoral.

Coinciden las circunstancias, su talento y capacidad para que se le nombre presidente del Comité de Programa del Presidente Electo, Adolfo Ruiz Cortines.

El 1 de diciembre de 1952, Adolfo López Mateos es nombrado secretario del Trabajo y Previsión Social.

Desarrolla una labor brillante con base en una política de advenimiento entre patrones y obreros. Crea un clima de comprensión entre los dos sectores; a la vez, demuestra su lealtad a

la política del presidente Ruiz Cortines, evitando que el país sufra los trastornos de movimientos de huelga innecesarios. De la misma manera que trata con interés y justicia los asuntos de los obreros, lo hace con los patronales, ganándose con ello la aprobación de todos los sectores de la nación; sin menoscabo de conquistas tan justas como el derecho de huelga. Durante su gestión resolvió 61 171 conflictos.

A principios del mes de noviembre de 1957 llega a su fin la auscultación hecha entre todos los sectores sociales del país para que el Partido Revolucionario Institucional elija su candidato a la presidencia de la República. El consenso nacional favorece a Adolfo López Mateos.

En un acto de masas efectuado el domingo 17 de noviembre, Adolfo López Mateos es declarado candidato del PRI a la presidencia de la República.

Delinea –en la memorable ocasión– un programa de gobierno que tiende a la satisfacción de las necesidades populares, a base del desarrollo armónico de los recursos de todas las regiones del país, declarando solemnemente su hondo respeto a nuestra Constitución Política, porque en ella está expresada "una doctrina precisa y clara, en la que alcanzan justo equilibrio el ideal, la convicción y la realidad". A la vez, reconoce al "hombre como supremo valor de la historia, a la familia como entidad indestructible de la sociedad, y a la patria, como hogar común de todos y como tesoro de ideales y tradiciones que la integran y la hacen respetable en el concierto internacional".

Recalca que la solución de todos nuestros problemas radica en el esfuerzo común. Abundando en el concepto del por qué la industrialización del país es un objetivo económico fundamental que creará un mejor nivel de vida para todos. Precisa que todo

estancamiento es sinónimo de retroceso y al referirse a la población mayoritaria y a sus derechos, afirma con gran visión de estadista:

"El derecho de los ejidatarios a la tierra y los derechos de los obreros, constituyen dos realidades fundamentales de la Revolución y para nosotros serán indeclinables. Por ello, mantendremos en todo su vigor la Reforma agraria, el derecho de huelga y las normas tutelares del trabajo".

156|

Y sobre un problema que es preocupación de miles de campesinos expresa su preciso conocimiento:

"Los campesinos sin tierras constituyen una de las preocupaciones primordiales de toda conciencia revolucionaria mexicana. Pese a los esfuerzos de los gobiernos revolucionarios aún existen grandes núcleos de población cuyas condiciones de salubridad, económicas, culturales, cívicas y de seguridad social, son en extremo precarias; por ello, es imperativo para mí que se sigan aplicando en cada etapa de gobierno mayor esfuerzo y mayores recursos para que esos compatriotas alcancen en el menor tiempo posible los niveles de vida a que tienen derecho".

Finalmente, después de haber recorrido la gama de todos los problemas nacionales, dando soluciones adecuadas e interpretando el afán incontenible de progreso, de elevación moral y material que priva en la conciencia de los habitantes de la nación, hace esta declaración que nos señala su propósito inquebrantable:

"Hoy hacemos entrega de nuestra vida para luchar por el bien de la patria..."

Inmediatamente se deja sentir en todo el país un movimiento de unánime aprobación a la decisión del PRI y al programa de López Mateos.

El candidato presidencial inicia su gira de propaganda electoral en Chetumal, Quintana Roo, el 7 de diciembre de 1957.

Grandes conjuntos humanos se vuelcan en los mítines que se realizan en todo el territorio nacional, en 11 etapas.

La fe y el entusiasmo del gran pueblo de México se entregan a López Mateos definitivamente. El culto varón logra establecer una fuerte corriente espiritual entre él y el pueblo, nacida de la nobleza y altura de los propósitos. El pueblo, con la sublime intuición que lo caracteriza para conocer a los hombres buenos, responde con su absoluto apoyo.

La elocuencia del tribuno hace lo demás; vibra a las masas transportándolas hasta los linderos del más vivo entusiasmo. López Mateos es ungido por la confianza del campesino y de todos los sectores sociales.

La mujer, que por primera vez participa en una campaña presidencial como ciudadana, ofrece al presente desbordante de su pasión lopezmateísta, significando un suceso en la historia.

En una palabra, desde los tiempos del prócer de Parras, Coahuila, Francisco I. Madero, no se había visto tan rotundo renacimiento de la fe popular en un político.

La gira de propaganda electoral concluye brillantemente en la capital de su estado natal, Toluca, el 15 de junio de 1958.

El domingo 6 de julio del mismo año se realizan en todo el país comicios electorales para elegir presidente de la República, diputados federales y senadores. Una votación no igualada antes en suceso similar lleva al triunfo a Adolfo López Mateos.

El dictamen que califica la elección presidencial signado por la H. Cámara de Diputados, expresa en uno de sus párrafos:

"El patriótico y unánime interés que despertó la reciente campaña política, síntoma inequívoco de la superación cívica del pueblo mexicano, de su respeto a nuestras instituciones democráticas y de su empeño en contribuir al incesante adelanto

del país, se corroboró plenamente en la elección presidencial del 6 de julio, en la que acudieron a emitir su voto 7 485 403 electores, cifra que constituye la más amplia y fecunda manifestación de la voluntad popular en la historia de México".

158 | Adolfo López Mateos culmina brillantemente otra etapa de su laboriosa carrera ese 10 de septiembre de 1958, cuando la XLVI Legislatura del Congreso de la Unión en sesión solemne lo declara presidente electo de México.

Al ser visitado en su casa de San Jerónimo por la Gran Comisión de la H. Cámara de Diputados, el abogado de Atizapán dijo con honda convicción:

"Empeñamos nuestro esfuerzo para lograr el bien de la República, en el que concurren el supremo ideal de la justicia y el humano anhelo de gozar una vida de trabajo, cultura, salubridad, paz institucional y bienestar social".

El 1 de diciembre de 1958 México entra a un nuevo periodo histórico. Adolfo López Mateos toma posesión de la presidencia de la República, ungido por la confianza y fe de los mexicanos para realizar, en 6 años, una admirable obra de estadista.

JOSÉ LUIS ALAMO
La juventud que canta

Para amar a Toluca conscientemente no sólo es menester que nuestra cuna se haya mecido allí. No es razón suficiente que en su límpido espacio hayamos conocido la luz, descubierto el saber, saboreado la felicidad, sufrido la desventura, encontrado el amor o rumiado el fracaso.

Amar es comprender, y por eso es necesario que debiéramos haber penetrado —con ojos de asombro— a su atrayente historia, a su legendario proceder y, al ir recorriendo, corazón en suspenso, cada una de sus vicisitudes o de nuestros triunfos, sentir que, eminentemente humanos, el orgullo de nuestra oriundez nos alegre.

Tal como expresaba un historiador en su obra sobre Toluca, también se quiere a los edificios, a las piedras, porque en cada una de ellas pervive el recuerdo de nuestros antepasados, regidos todos —no obstante las absurdas categorías que la sociedad ha querido imponer a la constitución de nuestra naturaleza— por una vara común: la humildad en el origen, la modestia en el arribo. Estos nos hermanan como fraternizó a los que nos antecedieron; por eso, como Emerson que al referirse a los grandes hombres afirma: “Hacen sana y salva la tierra” y que en un afán de prolongación de sus virtudes ponemos sus nombres a las ciudades, a las escuelas, a las bibliotecas, etc., al añorar a los que se fueron, en una intención prístina, también deseamos hacerles el camino más llano, sin obstáculo, a los que vienen, para que sean mejores que nosotros, tal vez para que hagan cosas más apreciables y útiles.

Esta es la razón de ser de este esbozo biográfico que nos eleva, porque “honrar... honra”. Un homenaje sincero a aquel que estuvo tan cerca de nosotros, al poeta de nuestra generación que habló el lenguaje nuestro y participó de las inquietudes e ideales que alentamos, el poeta José Luis Alamo.

162 | En la posdata de una de sus más celebradas obras, “Epístola a Toluca”, dice inflamado de cariño y gratitud al solar nativo:

...Y tú, Toluca, amada, tú la bella,
 ¡Reina de los geranios y la nieve!
 Apártame un rectángulo de tierra,
 para que cuando llegue a su occidente
 mi corazón, ya silencioso pueda
 ¡dormir en tu regazo para siempre!

Recóndito deseo alumbrado cuando todavía sentía bullir en las venas el fuego de su juventud madura. Deseo que no se cumplió.

Quería que su vida se sellara en donde sus ojos vírgenes sufrieron la explosión de la primera luz en el año de 1918; bajo el cuidado de sus amados padres don José Luis Alamo Zúñiga y doña Manuela Jardón de Zúñiga.

Stefan Zweig, el sublime suicida que prefirió morir que asistir al derrumbe espiritual de su mundo, decía en un libro: “No vive menos quien vive más de prisa”; y esta frase podría ser la definición de la vida de Pepe Luis, quien, pese a la brevedad de su tránsito, dejó una obra bella, sentida, sincera, de poeta nato, espontáneo, natural...

Otro escritor decía que el soneto lo inventó Apolo para tormento de los poetas. José Luis nos da una pintura fiel de sus años de niño, acometiendo el género literario tan difícil, en su poema “El retrato”:

Ha venido a mis manos, inesperadamente,
el retrato de un niño –ese niño era yo–
la mirada tranquila, ni una sombra en la frente,
ni el más remoto augurio de la amargura de hoy.

Ajeno a mis fracasos íntimos del presente,
mi sonrisa tenía tan feliz expresión...
Mi nombre sí es el mismo; pero qué diferente...
¡pero qué diferente mi paisaje interior!

En un arranque súbito de rabia y de impotencia
contra la tiranía de Cronos, mi inclemencia,
despedaza la imagen del niño que era yo...

Me arrepiento al instante, al contemplar mi obra,
igual que un homicida me asalta la zozobra...
¡porque al niño de entonces, lo mató el hombre de hoy!

Y después en la Epístola es más preciso en la descripción de su vida
toluqueña, que destila sensibilidad, penetración y tristeza:

Me enamoré de ti desde la infancia,
cuando me sonreían las estrellas,
a la hora católica del alba.
Yo iba a misa de cinco con mi abuela,
–tiritando de frío por una calle larga...
salíamos de misa
–olorosos a incienso y a plegaria,
y mis ojos atónitos miraban la neblina
escalar en rebaños tus montañas.

El paso por el Instituto afina su sensibilidad. Soñador como era buscó almas gemelas. El bohemio que anidaba en él se inclinó a las tertulias intelectuales. Su calidad profundamente humana le ganó la estimación de los que lo conocimos.

164 | Zúñiga y Mirlo afirman en él sus calidades. El deseo de proyectarse hacia afuera es el motor de su primer libro, publicado en 1937, cuando apenas contaba 19 años; algunos de los 73 poemas fueron escritos a los 13 años. Son líricos en su mayoría y amorosos, como éste que respira diafanidad, tersura:

Novia de mi provincia, de mi provincia blanca,
como rayo de luna que besa tu balcón:
la de mirada tierna, la de sonrisa franca,
la de los quince abrilés en plena floración.

El amante joven y apasionado que siempre fue el poeta, la prematura tristeza, el dolor de los primeros escarceos amorosos, emerge con esta cuarteta:

Hoy que te siento ausente, mi corazón exhala,
los más tristes suspiros porque perdí tu amor.
Novia de mi provincia, mi novia colegiala,
quizá nunca comprendas lo cruel de mi dolor.

¡Quién no repasa en cada verso las sensaciones que experimentamos en la edad adolescente! ¡Quién no escribió así, alguna vez sobre el mismo tema!

En otro poema, el de la espera, el bardo es elegante, el ritmo es dulce, el colorido es rico y la descripción muy afortunada:

La princesa espera con tristeza grave
sobre el muelle suave
de un diván de raso.
Las horas
sonoras
anuncian su paso,
con las manecillas
viejas y amarillas,
de un reloj
de boj.

Se oye como brota
de un piano lejano,
la nota,
remota,
de un vals seductor.
La tarde declina...
Tras de la colina
se ha escondido el Sol.

En este fragmento del poema no sólo hay elegancia en el decir, sino fineza, etéreo ambiente. No obstante el poeta era casi un niño cuando lo escribió, ya se ven las grandes posibilidades de su talento.

Para un alma tan sensitiva fue todo un desgarramiento interior su partida de Toluca. El niño sencillo, afable, provinciano, se transformaría en un joven de atrayente presencia, pulcro en el vestir y en el decir.

Termina el bachillerato de Ciencias Sociales en la Escuela Central de México y las urgencias de la vida lo relegan a una oficina

de prensa en comunicaciones, a lado de Agustín García López y de Carniado, el poeta magnífico de “Canicas”. La paz provinciana, la lasitud del sueño, el encanto de la tertulia se fueron, pero no para siempre. La añoranza de la tierra embarga siempre al poeta; él desearía volver, pero no es posible.

166 | Un grupo de compañeros de trabajo, reconociendo sus méritos, edita una *Plaquet* que es un tributo de admiración. Engloba nueve poemas al cual más bellos. Las primitivas metáforas ingenuas, de provincia, se tornan diferentes. El poeta se va transformando a la vez que perfecciona su estilo, como en este “Té de las cinco”, en donde las imágenes ya son de un hombre de la metrópoli:

Terraza de un hotel. Lejos, la aldea
como blanco rebaño en la colina.
Sobre la mesa la vajilla china
y el té de fino samovar, que humea.

Dice después:

Una mujer sensual me coquetea,
su mirada, erótica y felina,
más bien que acariciarme me dardea;
mientras su angorra que se arremolina
frotándose en su carne venusina
con sus senos turgentes, juguetea.

Las impresiones que el poeta recoge y describe pertenecen a la gran urbe, el tono es sensual. Ha hecho su efecto la agitación de la vida, los jugueteos del amor toman otro cariz.

No puede sustraerse a ciertas facetas de la ciudad y entonces, ¿por qué no?, intensamente vivido, nace este poema detonador, con aire profano:

Este amor que refugia sus euforias
en los fugaces tálamos proscritos;
que se cita en las sórdidas callejas
de los barrios humildes; este idilio
que se esconde del día y de la gente;
¡Es más amor que los amores ilícitos!

| 167

La belleza de un deseo no confesado se abre paso entre la aparente vulgaridad del tema, para elevarlo:

Tú nunca me darás una cosecha,
porque sólo abonamos tus terrenos baldíos...
y yo, desde la cárcel de nuestra cobardía,
te escribo este poema que más parece un grito:
este amargo poema que nos llora
¡Como si fuera un hijo!

En este tiempo los grandes rotativos de México acogen sus poemas y los publican, dándole mayor prestigio y el paso a organismos literarios diversos. La amargura de dos matrimonios fracasados, con producto de dos hijos que adora, a pesar de su afán de poseer un hogar tranquilo en donde pueda dedicarse a la creación, es compensada por la vida. Los “Cafés Literarios” le otorgan honores, en sus certámenes obtiene una Flor Natural, una Rosa de Plata, dos Liras de Plata y algunos diplomas. En los Juegos Florales de 1960 en Morelia, obtiene el primer lugar en el tema libre; es ya poeta laureado.

Las tertulias poéticas que tanto añoraba se han continuado, ahora alternando con los más conocidos vates y son un aliciente para continuar su creación, que va reuniendo con gran paciencia en su libro póstumo *De los veneros íntimos*. Vive ya a lado de su querida madre a quien, sus amigos poetas y él, llaman con el dulce nombre de “Paloma”. La santa viejecita cura las heridas que la fina sensibilidad de José Luis recibe casi a diario. Temperamento hiperestésico, sufriría constantemente en la gran lucha diaria de la gran ciudad, en donde la competencia de talentos es terrible.

Sin embargo, cuando regresa a su hogar y siente la cariñosa mano de su madre, en esos blancos momentos, encuentra la comprensión a sus desazones; a tantos esfuerzos realizados sin encontrar estímulo en su trabajo, porque a veces, le parecía que su calidad de poeta, era un defecto que lo mantenía estático en su puesto, cuando él, dinámico, hizo todos los esfuerzos para progresar. Esta es la tragedia de muchos espíritus selectos cuando se enfrentan a la gran urbe.

José Luis era un padre ejemplar, jamás abandonó a su esposa, le proporcionó siempre todo lo necesario y el más profundo, el más limpio cariño a su hijo Pepe Luis, dulce muchacho que ansiaba el domingo para irse con su padre a Chapultepec, a Toluca amada, y olvidar así, la prematura tristeza que causa a los niños la separación injusta de los padres, sin culpa de su parte.

Pero el destino lo pone a prueba para templar su fortaleza. Un día su idolatrada madre, Palo, la más sincera compañera de su vida solitaria, se fue extinguiendo como un cirio de altar. José Luis se tornó hosco, severo, apartado, su dolor no tuvo límites; pero lo más grave, perdía su fe en la vida. Como sonámbulo iba a sus labores para después regresar a la casa vacía a abismarse en los recuerdos de su madre muerta, y a terminar el libro inédito en

donde figuran poemas realmente impresionantes, como aquel que describe el dolor de que en cierta ocasión le hubieran prohibido ver a su hijo.

En su escritorio de comunicaciones muchas veces lo encontré triste; sin embargo, bastaba que advirtiera el calor de la estimación que se le profesaba para que se erigiera de su desaliento y volviera a ser el mismo, servicial, educado, ingenioso, inteligente.

Cierta ocasión, cuando la férrea disciplina burocrática le da una tregua, estamos en el lugar al que algún escritor calificó como el refugio de los desdeñados y de los inconformes. Un nuevo proyecto lo anima. Nos lee las primicias de un poema de largo metraje que enviará a los Juegos Florales de Acapulco 1963, cuyo tema único es el mar.

Un hombre de la altiplanicie, de Toluca, ciudad cerrada a los encantos del gran mar; que no tiene costas, que en contraposición con el puerto es fría, glacial. Un varón que apenas si conoce algunos puertos fugazmente, pretende hablar sobre tema tan difícil en torneo con los mejores poetas del país. Pero existe un antecedente, que se menciona con frecuencia y eso lo anima, las gentes que poco o nada han conocido el mar, son los que han hecho las mejores obras literarias sobre él. Gozamos del privilegio de escuchar las estrofas, en donde luce la sinceridad del poeta: el reconocimiento a su origen, hombre de cumbres, contemplador de nieves; surge en la primera cuartera, la paradoja literaria:

Bajé de las montañas
para cantar al mar;
de las montañas, símil de lo inerte
al mar, teoría eterna de la movilidad.

Y ardorosamente inspirado, con el precioso auxilio de la gran imaginación que siempre tuvo, José Luis habla después de la brisa, de la mujer, ¡la mujer siempre!, en sublime comparación con las olas y entra de lleno en la difícil descripción en el primer tiempo de su “Sinfonía del mar”.

170| El poema va surgiendo fácil, como cascada limpia; es fuerte, segura, impresionante, la descripción que habla de una tempestad marina: “Y, en una apocalíptica sinfonía de truenos... cruje el cielo y desplomándose en el mar”, dice. Y después, echando mano de un viejo capitán marino, hace la más original historia de la humanidad; síntesis magnífica de la trayectoria humana: desde los fenicios, primeros comerciantes marinos, la hazaña de los persas con Darío y Ciro, para continuar con Sócrates, Homero, Pericles y Platón.

La firme y amplia cultura del poeta destella en cada verso y, después de la Edad Media “en que el sol del progreso se nubló”, desemboca en el descubrimiento de América con Colón. La narración, engarzada en impecable ritmo, en elegantes metáforas, en giros del lenguaje realmente originales, nos indica que estamos, sin hipérbole, frente al talento maduro del gran poeta José Luis Alamo.

¿Presintió su próximo fin? Quién sabe, pero en este párrafo del poema hay reminiscencias de despedida:

Hasta la vista, mar, ya me despido,
 pero antes de dejar
 tu paraíso azul, quiero decirte
 que ha de venir la edad
 en que seas el vínculo de todas las naciones
 a las que, en un abrazo colosal

—que borre estigmas y odios y egoísmos—,
has de unir con los lazos de la fraternidad...

¡Qué hermosas frases! Son las de un hombre bueno que pronuncia la palabra “despedida” y al decir, “antes de dejar tu paraíso azul”, se presiente que se refirió al mundo. Tiene este párrafo todo el valor de un testamento, porque en él palpitan las ideas más bellas como el ideal de todos los hombres: la fraternidad universal.

| 171

Y el final llega sin esperarlo, sin desear que llegara, cuando habla del hombre de Dios, de Cristo, en recuerdo quizás de su fe católica toluqueña que nunca lo abandonó; e impresiona cuando en la magnífica culminación dice, a manera de profecía:

Nuestros ojos, hoy ciegos a todos los milagros,
algún día verán,
otra vez al Divino Rabí de Galilea
sobre tus mansas aguas caminar.
Para todos los hombres de la tierra
las huellas de los lirios de sus pies trazarán,
en las trémulas carnes de tus ondas,
rutas de amor y paz.

Pacifista, amante de la concordia, de la colaboración entre los hombres; éste fue el último mensaje de Pepe Luis.

La añoranza del mar se vuelve realidad. Ha ganado el primer premio en el concurso y con todos los honores le es entregado. Está feliz, allá frente a las aguas azules de Acapulco, soñando otra vez en Caleta y en la Quebrada, mientras las olas vienen y van como la propia vida. Sería la última vez que estaría tan feliz y que vería el mar al que tan extraordinariamente cantó.

Es el 29 de marzo de 1963. Pepe Luis llega, como siempre, puntual a su oficina. De repente siente un dolor en la garganta y rápido va a ver un médico. De esos inconscientes, fríos, irresponsables. A pesar de la insistencia del poeta, lo trata con descortesía y le da cualquier cosa. ¡Qué tremenda irresponsabilidad! ¡Qué estupidez de ese bastardo de Hipócrates que no supo que el paciente se estaba muriendo!...

A las 5 de la tarde, como en aquel poema de García Lorca, cuando iba camino a otro sanatorio en donde lo atendieran, murió asfixiado.

En la sala de una casa de la colonia Narvarte yace el féretro de un hombre bueno, de un intelectual, de un poeta. Silencioso, aturdido, con los ojos arrasados de lágrimas, un niño de 7 años no acierta a comprender lo que pasa y da vueltas alrededor de los restos de quien lo amó; mientras nosotros, volvemos a pensar en el último deseo no cumplido del bardo, a la vez musitamos a modo de oración:

Y tú, Toluca amada, tú la bella,
¡Reina de los geranios y la nieve!
Apártame un rectángulo de tierra
para que cuando llegue a su occidente
mi corazón, ya silencioso pueda
¡dormir en tu regazo para siempre...!

P. D. Alumnos de la Facultad de Ingeniería (UAEM) conmovidos, después de leer esta semblanza, promovieron ante el Gobierno

Estatal y la Legislatura, trasladar los restos del poeta a su tierra natal; lograron su noble propósito. El poeta tiene un lugar en el Panteón de los Hombres Ilustres de Toluca.

PRÓCERES DEL INSTITUTO, de Clemente Díaz de la Vega, se terminó de editar en octubre de 2019. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Dirección de Publicaciones Universitarias de la UAEM.

Editor responsable:

JORGE E. ROBLES ALVAREZ



Próceres del Instituto hace un recorrido por la historia universitaria detallando los perfiles de quienes se dedicaron al Instituto Científico y Literario de Toluca antes, durante y después de su transformación a Universidad Autónoma del Estado de México. Narra, especialmente, la historia del espíritu universitario que se gestó con una casta especial de mexiquenses.

La edición de esta obra forma parte de las celebraciones del 75° Aniversario de la Autonomía Universitaria, y se confirma como una herencia sólida para las presentes y futuras generaciones.

Clemente Díaz de la Vega nace en Zacualpan, Estado de México en 1920. Historiador y cronista insigne del Estado de México, además de escritor, periodista e intelectual del Valle de México. Fue redactor fundador de *El Sol de Toluca*. Tiene numerosas contribuciones y distinciones, entre las que resalta la fundación de la estación de radio del ICLA. Ganó la Presea “José Ma. Cos” por artículos de fondo, comentarios y publicaciones de divulgación cultural en 1997.

SDC

AUTONOMÍA
UAEM
75°
ANIVERSARIO